

Cuentos escogidos



# Tres cuentos de Francia

George Sand / Honoré de Balzac / Alejandro Dumas



Se

Lectulandia

Aparecen en esta edición tres cuentos escritos por otros tantos autores franceses del siglo XIX: George Sand, Honoré de Balzac y Alejandro Dumas (padre), narradores de primera fila y de muy diferentes estilos literarios e incluso vitales.

Sin embargo, las diferencias existentes entre estas tres obritas y entre sus respectivos autores son los elementos que nos ayudan a ilustrar a la perfección los componentes formales que estructuran el cuento tradicional.

AA. VV.

# **Tres cuentos de Francia (ilustrado)**

**Cuentos escogidos - 15**

ePub r1.0

**Titivillus** 02.12.2022

Título original: *Le géant Yeus, La filandière, y La bouille de la comtesse Berthe*  
AA. VV., 2005

Traducción: Elena del Amo & Yolanda del Castillo & Yolanda Chaves

Ilustraciones: Jorge Werfelli

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

Aa

*Cuentos escogidos*



**TRES CUENTOS  
DE FRANCIA**  
**GEORGE SAND / HONORÉ  
DE BALZAC / ALEJANDRO DUMAS**

ilustraciones de  
**Jorge Werfelli**

# INTRODUCCIÓN

*El cuento popular, el transmitido de forma oral de generación en generación, aparece probablemente en los albores de la humanidad, en pleno paleolítico, si juzgamos por los pueblos naturales que han sobrevivido hasta nuestros días y que por lo general poseen un acervo de historias relacionadas con su peculiar mitología, su cosmovisión, o bien, menos utilitarias, sirven simplemente para recreo de quienes las escuchan de boca de un competente narrador. La aparición del cuento de autor —aunque éste no sea conocido— se remonta a las primeras muestras de la literatura escrita, y, por consiguiente, ve la luz en el antiguo Egipto, al lado de las expresiones iniciales de una lírica que encuentra en el amor un tema ya nunca más abandonado.*

*Desde entonces hasta hoy, el cuento es una forma narrativa caracterizada ante todo por su expresión breve y por presentar una trama lineal exenta de complejidad. Además, normalmente los elementos básicos de su composición, acción, espacio y tiempo presentan una concentración muy acusada. Esta estructura diferencia tanto al cuento de la novela —una creación literaria de aparición mucho más tardía— que en realidad resulta imposible pasar del primero a la segunda por ampliación o desarrollo del tema.*

*A estas características estructurales del cuento se añaden otras, menos esenciales, que aparecen a menudo en él —no siempre o necesariamente—, todas o parte de ellas, y en mayor o menor medida, desde las más primitivas muestras. La primera de esas características es sin duda la fantasía, de diferente grado e intensidad según que el destinatario del relato sea un público infantil o adulto; en cualquier caso, mientras que a la novela se le exige credibilidad en la presentación, desarrollo y desenlace de las situaciones y en la descripción de los caracteres, es norma aceptada que el*

*cuento puede prescindir de la lógica común. La segunda peculiaridad reside en un cierto afán moralista, destacable ya en las grandes recopilaciones orientales de cuentos y que en la actualidad se muestra a veces revestida de crítica social; y la tercera consiste en un extendido gusto por lo popular, que aflora con frecuencia en este tipo de narraciones, aunque nada tengan que ver con la tradición.*

*Cabría aún hablar de una cuarta nota presente en el cuento: la ironía. Si bien no cabe atribuirla en exclusiva —como es evidente— al relato corto, ocurre que el distanciamiento que el predominio del factor imaginativo permite al autor, faculta a éste para jugar con el humor en mayor grado al admitido, por regla general, en narraciones extensas, de más compleja y acabada composición. La ironía corrosiva y demoledora de Swift o Voltaire, por ejemplo, su cáustica mordacidad, difícilmente encajaría en el contexto de una novela, donde la exigida veracidad de las situaciones y el análisis psicológico de los personajes no dejarían espacio a la presencia de un factor humorístico llevado hasta ese extremo.*

*En el presente volumen se ofrecen a la atención del lector tres cuentos escritos por otros tantos autores franceses del siglo XIX, narradores de primera fila que no cultivaron con prioridad este género —de tan ilustre tradición en el país galo, patria de Lammens y Perrault, entre otros— y de muy diferentes estilos literarios e incluso vitales.*

*Sin embargo, este trío de obritas ilustra a la perfección la teoría expuesta en las líneas precedentes sobre los componentes formales que estructuran el cuento.*

## **George Sand: como una novela**

*La primera de las narraciones aquí presentadas lleva por título El gigante Yeus, y se debe a la prolífica pluma de George Sand. Amandine-Lucie-Aurore Dupin, el verdadero nombre que oculta el pseudónimo masculino, protagonizó una existencia más propia de la ficción literaria que de la realidad. Nació en Nohant, una pequeña localidad de la Francia central, el 1 de julio de 1804. Por parte de padre descendía de una familia aristocrática emparentada con príncipes. Su abuelo era el mariscal Mauricio de Sajonia. Sin embargo, su madre apenas había logrado llegar a ser una humilde*

*modista, y su abuelo materno subsistía vendiendo pajarillos en las orillas del Sena. Tan dispar procedencia no pudo por menos que ejercer una gran influencia sobre su vida desde los primeros años. Su padre, un oficial de caballería, murió en 1808, al caerse del brioso corcel que había llevado a Francia desde España, tras servir durante unos meses en el ejército napoleónico de ocupación. Aurore Dupin entendió muy pronto que debería cuidar de su madre con una dedicación y un celo más masculinos que femeninos. El paso del tiempo la reafirmaría en esta decisión, pues paulatinamente fueron creciendo las diferencias entre su madre y su abuela paterna, quien ya se había opuesto con todas sus fuerzas al enlace de su hijo con una mujer de tan bajo origen social. La futura George Sand acabaría rompiendo con su abuela.*

*Aurore Dupin creció en pleno Romanticismo, un período caracterizado, entre otras muchas cosas, por el ansia de libertad y sinceridad, por el predominio del sentimiento sobre la razón, por el gusto por las emociones, por la ardorosa entrega a las experiencias más excitantes. Un impetuoso huracán de pasiones recorría Europa. Por su carácter, ella podría haber sido definida como la perfecta romántica: era vehemente, impulsiva, independiente, sentimental. Pero conviene matizar en seguida que la época veía con buenos ojos esas características —estaban ciertamente de moda— entre la mitad de la población europea: los hombres; para las mujeres se deseaba una actitud pasiva que las relegaba más bien al papel de musas de apasionados caballeros con cierto sentido heroico y trágico del devenir humano. La originalidad de Aurore Dupin —y su escándalo— consiste en que, anticipándose a los movimientos feministas que surgirán en Europa mucho más tarde, reclama el mismo protagonismo que el concedido por la sociedad a los hombres. Aún adolescente, comenzó a usar el atuendo masculino —algo casi impensable entonces— para montar a caballo, y acabaría por utilizarlo de forma común.*

*Tras un corto y desgraciado matrimonio con el barón Dudevant, del que tuvo dos hijos, se instala en París y comienza a escribir. Dotada de una sorprendente fertilidad para las letras, generosa, leal con sus amigos, exaltada en sus afectos, inteligente y sensible, George Sand —desde 1831 éste será no sólo su pseudónimo, sino el apelativo por el que todos la nombran— escribirá novelas como Lélia, El pantano del diablo, Francisco el expósito, La pequeña Fadette, El marqués de Villemer, etc., viajará por Italia, Suiza y España, conocerá la bohemia parisienne, simpatizará con el naciente socialismo, se rodeará de amigos y admiradores como Sainte-Beuve,*

*Flaubert, Taine, Renán y Zola, y amará exaltadamente a varios hombres. De 1833 a 1835 estuvo unida sentimentalmente a Alfred de Musset, y desde 1837 hasta la muerte del pianista, a Chopin, con quien pasó una temporada en Mallorca.*

*Sus ideas políticas la llevaron a significarse en la revolución de 1848. Como consecuencia de ello pasó algún tiempo en Nohant, convertido en refugio campestre. Los últimos años de su vida transcurrieron en este lugar, en el que había nacido y al que quería de un modo especial por asociarlo con sus más gratos recuerdos. Sin embargo, viajaba con frecuencia a París para participar en tertulias literarias y mantener el contacto con sus amigos. Preocupada por la suerte de los más humildes, se interesó por las costumbres y problemas de los campesinos, y sus últimas novelas se desarrollan en ambientes rústicos. Convertida ya en una apacible anciana, encontró junto a sus nietos la paz y la felicidad que en vano había buscado tan ansiosamente en su juventud y madurez.*

*Hasta su muerte, en 1876, compuso también obras de teatro y escribió cuentos —actividades que ya había realizado anteriormente— para los niños que la rodeaban, cuentos como el que ahora nos ocupa.*

## **El gigante Yeus**

*Lo primero que llama la atención en El gigante Yeus es su calidad literaria. La Sand pertenece al nutrido grupo de escritores del siglo XIX que consideran al cuento una obra corta —lógicamente: esto lo define ante todo — pero no menor. Se aprecia en seguida que la autora ha puesto en la confección de este relato el mismo cuidado que en la creación de una de sus obras extensas.*

*La conjunción de una forma pulcra y un desarrollo argumental esmerado y medido hacen esencialmente grata la lectura de esta narración, en la que la nota más destacable es el deseo moralizador de la autora.*

*En efecto, no se trata de una historia escogida al azar o que pretenda ante todo entretenér, aunque sin duda lo consigue por los méritos apuntados. Muy al contrario, todo en ella se subordina a una intención: la de proponer al lector un modelo de conducta. A través de las peripecias de un protagonista que logra una posición económica y social aceptable tras*

*conseguir con su solo esfuerzo superar una situación que le había obligado a mendigar, George Sand expone su fe en determinados valores, como el amor y la solidaridad en la familia, pero sobre todo su convencimiento de que un hombre, si está dotado de una fuerza de voluntad inquebrantable, puede enfrentarse a un medio hostil, y triunfar, no importa cuán grandes sean las dificultades a vencer. Es ésta una idea asumida con entusiasmo por los hombres y mujeres del siglo XIX, una idea subyacente a cualquier ideología decimonónica, una idea enraizada en el optimismo general determinado por la aparición y desarrollo del maquinismo y de una técnica que se manifestaba entonces como desprovista de límites en cuanto a alcanzar ventajas y comodidades para la humanidad entera.*

*En esa centuria se está muy lejos de los problemas ambientales, los conflictos internacionales de índole global y la consecución de un armamento capaz de exterminar la vida en el planeta que sufrimos en nuestra época, y que han extendido a partir de la mitad de este siglo un pesimismo vital que todo lo envuelve. En cualquier caso, la autora no pretende tanto expresar literariamente una convicción como transmitirla de forma que, instalada en la mente de los jóvenes, sirviera como un instrumento válido ante los contratiempos que pudiera reservarles la existencia.*

*A este afán moralizante subordina la Sand otro elemento de la mayor importancia en su producción cuentística y en esta narración: la fantasía. En otros relatos, la romántica imaginación de la autora se desenfrena hasta el punto de dificultar la identificación de un posible propósito moral. En El gigante Yeus, éste quiere ser tan claro, que el elemento fantástico, desde luego presente en el relato hasta el punto de aparecer en su título, no debe estorbar. Así, el protagonista contará alguno de los sucesos como no habiendo entendido claramente si pertenecían a la esfera de la realidad o bien a ensueños explicables por su soledad y el agotamiento producido por su obstinada dedicación a una tarea titánica. Esta forma sutil de introducir la fantasía se resuelve en una magistral ambigüedad, que es uno de los mayores logros de un relato en el que la presencia de la naturaleza constituye otra de las notas importantes que no puede dejar de ser comentada.*

*Al contrario que otros contemporáneos suyos, George Sand se halla muy lejos de sentir hacia la naturaleza un vago sentimiento idealista: la conoce realmente y la ama, y ese conocimiento y ese amor se ponen de manifiesto aquí de un modo tal, que el entorno natural donde Miquel Miquelon se esfuerza por cambiar su destino aparece descrito escueta pero eficazmente*

*con toda su dureza, la propia del medio montañoso en su nivel alpino. No hay idealización alguna. Pero, a la vez, el desigual combate del hombre contra la dura oposición que le presenta el ambiente se nos muestra con tan equilibrada comprensión, que la naturaleza deja de ser protagonista para convertirse en coprotagonista de este relato, al que la evidente carga ejemplificadora no resta nada a su delicada belleza.*

## Honoré de Balzac: comediante y humano

*El segundo cuento de este volumen se titula La Hilandera y es obra de Honoré de Balzac, uno de los novelistas más importantes de todos los tiempos por la magnitud y trascendencia de una producción, que sigue interesando e influyendo en nuestras días.*

*Honoré de Balzac nació en Tours el 20 de mayo de 1799, en el seno de una familia acomodada. Su madre, una bella burguesa parisense, trató siempre con despego a Honoré. Durante toda su vida prefirió ostensiblemente a otro hermano del escritor y fue muy dura con éste. Acreedora estricta —en sentido literal— de su hijo, hasta la muerte de él jamás le demostró amor alguno.*

*Desde los ocho a los catorce años de edad, Honoré cursó estudios, en régimen de internado, en un colegio de Vendôme, y en todo este tiempo ni una sola vez estuvo en su casa. Posteriormente estudió en París y cursó la carrera de abogado. Pronto sintió la llamada de las letras, y, dispuesto a llegar a ser un gran escritor, se independizó de su familia, se instaló en una humilde buhardilla y, por suerte para él, conoció a la mujer que sustituiría a la madre atípica proporcionada por la naturaleza: Laure de Berny, veintidós años mayor que Balzac. La relación entre ellos tenía mucho de materno-filial, aunque era desde luego más amplia, por cuanto la Berny protegió económica y afectivamente a un Balzac que, ambicioso y ansioso de lograr cuanto antes la mejor situación social posible, emprendió negocios —una editorial, una imprenta, una fundición de caracteres— que acabarían en el más estrepitoso de los fracasos. Las deudas no le abandonarían nunca más.*

*Su primera novela, Los Chuanes, apareció en 1829. Desde entonces hasta su muerte, en un período de unos veinte años, Balzac escribió cerca de noventa novelas, y dejó otras inconclusas, aparte de narraciones cortas,*

*dramas y artículos. Esta creación literaria sobrehumana no le impidió desarrollar una vida social intensa, viajar, tener aventuras galantes e intentar varios negocios acabados en desastre. Reservaba las noches para escribir, tomando, para mantenerse lúcido, interminables tazas de café. El éxito le sonríe a partir de la publicación de La piel de Zapa, en 1831.*

*Su numerosa producción le reporta grandes beneficios económicos, pero él, convertido en un dandy, despilfarra el dinero rodeándose de los mejores lujos. En 1842 concibió el proyecto de agrupar el conjunto de sus novelas bajo el título de La comedia humana. El plan preveía la composición de 137 novelas, divididas en tres grupos: Estudios de costumbres, Estudios filosóficos y Estudios analíticos. Balzac no conseguiría culminar su propósito.*

*En 1832 recibió la primera carta de una apasionada admiradora, la condesa polaca Evelina Hanska. Mientras sus mejores novelas, El cura de Tours, El médico del pueblo, Eugenia Grandet, Esplendores y miserias de las cortesanas, Papá Goriot, etc., eran editadas, Balzac viajó al extranjero para reunirse en varias ocasiones con la condesa. Cuando ésta enviudó, en 1841, él planeó llegar a casarse con ella. Así, aceleró el ritmo de su producción para alcanzar una posición económica digna de la aristocracia. Compró una nueva casa y la amuebló con tal lujo que se arruinó.*

*Desde 1846, Balzac estaba prácticamente agotado. Por fin, en marzo de 1850 contrajo matrimonio con Hanska en Rusia. La pareja viajó a continuación hasta París en etapas cortas, tratando de no perjudicar la salud del escritor, ya muy dañada, y se instalaron en la capital gala el 21 de mayo. Desde entonces, el escritor guardó cama. Murió el 18 de agosto de 1850.*

## La Hilandera

*El subtítulo de este relato, Cuento a la manera de Perrault, ya indica que Balzac pretendía crear una historia en donde la fantasía se adentrara en el terreno de lo mágico y en la que aparecieran reyes, princesas, pobres y hadas. De todo esto hay aquí, desde luego. Pero ¿por qué crea un cuento con este corte tan clásico un escritor de novelas realistas por las que desfila la sociedad francesa de su tiempo como contemplada con la lupa del biólogo? Ante todo, por dinero. Esta afirmación carece de cualquier matiz peyorativo,*

*y no debe extrañar. Por dinero, fama y consideración de la sociedad a la que pertenece escribe Balzac sus obras más extensas e importantes, y no sólo él. Pero es que, además, el auge que en Europa y Norteamérica toman las publicaciones periódicas a partir del Romanticismo determina a la vez el apogeo del cuento, que por su extensión constituye la pieza literaria más adecuada para ser publicada en diarios y revistas. Si, salvo excepciones, estas narraciones breves no aportan a sus autores la misma fama que obras de teatro o novelas, la remuneración es, en cambio, más rápida y considerablemente más alta en relación al esfuerzo necesario para realizarlas.*

*El fin claramente utilizado permite paradójicamente un mayor distanciamiento al creador respecto a lo creado. Y nada ayuda tanto a ese distanciamiento como la ironía. Así, apenas iniciada la lectura de este cuento, destaca no el estilo, como en el anterior —el de Balzac es un tanto descuidado—, sino el hecho de tratarse de una historia contada en clave de humor.*

*Este humor se traduce ante todo en una crítica social. Balzac no ha olvidado aquí su oficio de investigador de los vicios y defectos de su sociedad, y en La Hilandera comienza por describirnos un reino imaginario tan diminuto en todas sus dimensiones, tan minúsculo en sus pequeños problemas, que en seguida comprendemos su cualidad de espejo respecto a los países reales europeos, mientras nos viene inevitablemente a la memoria el Liliput de los viajes de Gulliver. Las semejanzas no son demasiadas, sin embargo. La ironía de Balzac, a través de una crítica moderada, sólo trata de proporcionar gracia a una narración cuyo rasgo más interesante no salta de inmediato a la vista: se trata de su carácter autobiográfico, una peculiaridad nada frecuente en los cuentos.*

*No obstante, al proponerse dar cuerpo a una fábula al modo de las compuestas para un público infantil, parece que Balzac no ha podido evitar rememorar su propia niñez, y en La Hilandera encontramos un argumento esencialmente referido a un niño que sufre el desamor de su madre.*

*El cuento no pretende transmitir enseñanza moral alguna, sino mostrar de forma entretenida la suerte de ese protagonista que tras llevar con paciencia, pareja a su deseo de entenderlo, el desapego materno, acabará siendo felizmente ayudado por las hadas. Un final de cuento al que el autor de La comedia humana no podía aspirar, y por eso se recrea en imaginarlo aquí como reflejo de sus frustraciones y obsesiones.*

## Alejandro Dumas padre

*La tercera narración de este volumen es una auténtica rareza, pues su autor, Alejandro Dumas padre, no cultivó este género, quizá porque su imaginación, plenamente romántica, se desbordaba en gruesas novelas tan conocidas e interesantes para el gran público como, por lo general, faltas de verosimilitud.*

*Hijo de un general, Alejandro Dumas nació en Villers-Cotterets, localidad del norte de Francia, el 24 de julio de 1803. Fue ayudante de notario y, ya establecido en París, se colocó como copista —actividad esta para la que le dotaba especialmente su buena caligrafía— en la cancillería del duque de Orleáns. Dedicaba las noches a la lectura y el estudio, y de este modo completó su formación. Apasionado por el teatro, pronto escribe sus primeras obras, que fueron bien acogidas. En 1829 se estrena Enrique III y su corte, y consigue un éxito memorable y su consagración como autor teatral.*

*En 1831, Antony obtiene una acogida similar. Durante algunos años continúa escribiendo dramas y comedias, La torre de Nisle, Kean, etc.*

*Alcanzó tanta celebridad como su vanidad, ciertamente inmensa, podía desear. A partir de 1832 cultiva también la novela. En este campo, y siguiendo las huellas de Walter Scott, a quien admira, escribe historias repletas de intrigas y lances truculentos, pero también sumamente amenas y pintorescas, consiguiendo crear auténticas novelas de aventuras que aun hoy se siguen editando y obteniendo el favor de un público numeroso, como demuestran estos títulos: Los tres mosqueteros, Veinte años después, El vizconde de Bragelonne, El conde de Montecristo, etc.*

*Dumas plagiaba sin ningún pudor y se rodeó de colaboradores que formaron junto a él una especie de productora literaria industrial. Consiguió así una fortuna considerable que dilapidó en prodigalidades y lujos ostentosos. Editó algún periódico, pero en esta actividad fracasó.*

*En 1851, huyendo de los acreedores, marcha a Bélgica, donde permanece una temporada. Entre 1860 y 1864 estuvo en Italia y trabó fuerte amistad con Garibaldi. Siempre creyó haber contribuido eficazmente a la unidad italiana. Aunque sus obras seguían apareciendo y recibiendo la mejor acogida por parte de los lectores, en los últimos años de su vida tuvo que ser auxiliado económicamente por su hijo natural Alexandre, también escritor, circunstancia que obliga siempre a citar a los Dumas adicionándoles los*

*sustantivos padre o hijo. Su vida sentimental no pudo ser más agitada, quizá algo inevitable en un temperamento tan vitalista e impulsivo como el suyo.*

*En 1870, y en el curso de la guerra franco-prusiana, Alejandro Dumas, ya enfermo, se refugió en casa de su hijo en Puys, cerca de Dieppe, y allí falleció el 5 de diciembre de 1870.*

## **Las gachas de la condesa Berta**

*El humor, el bueno y sano humor campea en este cuento, ideado por su autor para un público infantil, como dejan traslucir los directos «queridos niños» con que Dumas se dirige en varias ocasiones a los lectores.*

*Fantasmas, duendes, caballeros, castellanos y castillos —los elementos fantásticos tan propios del género— desfilan por una historia muy condensada en cuanto a su acción y el lugar donde se desarrolla, pero no en cuanto al tiempo, que abarca el de varias generaciones. A la última pertenecen los protagonistas jóvenes, buenos y hermosos con los que puedan identificarse los lectores, pero la verdadera heroína del relato es la bondadosa condesa Berta, con su promesa, comprometedora para sus descendientes, de ofrecer al pueblo una vez al año unas gachas, en realidad un verdadero banquete.*

*Con estos elementos, Dumas, que poseyó como pocos el secreto de narrar historias subyugantes, compuso un cuento ciertamente divertido. Por lo demás, aquí no aparecen las enrevesadas intrigas de sus novelas de aventuras: todo es lineal y ello está justificado. Los buenos lo son mucho; los malos son malísimos y se merecen sustos, castigos y ridículos. Y los buenos, ayudados por los elementos mágicos y sobrenaturales, triunfarán plenamente.*

*En este punto nos reencontramos con el factor ejemplificador que definíamos como peculiar del cuento, o al menos de gran parte de este tipo de narraciones. Pero en éste no se trata en absoluto de manejar hábilmente una anécdota para transmitir unos valores al lector, sino que únicamente se desprende una moraleja. Moraleja procede etimológicamente de moral, como diminutivo con un matiz tenuamente peyorativo, y se refiere a la enseñanza que se puede extraer de una fábula o una anécdota. Estamos muy lejos aquí, pues, de nada parecido a una tesis, o incluso de la lección que sutilmente*

*proporciona George Sand en el primer cuento de este volumen. ¿Y cuál es la moraleja de Las gachas de la condesa Berta?: la necesidad de ser fiel a las promesas hechas: quienes las cumplan serán premiados; quienes las incumplan serán, o se expondrán a ser, castigados.*

*Algo ingenuo, sin duda, pero a la trama más sencilla del cuento clásico corresponden a menudo moralejas bastantes inocentes, y así ocurre en esta original creación pensada para un público infantil y juvenil de ese fabulador extraordinario que se llamó Alejandro Dumas padre.*

ALBERTO MARÍN

**George Sand**

**El gigante Yeus**

# I

uando vivía en la encantadora ciudad de Tarbes, todas las semanas veía ante mi puerta a un pobre impedido llamado Miquelon, sentado de lado sobre un asnillo y seguido por una mujer y tres niños. Yo siempre les daba algo y escuchaba sin impaciencia la lamentable historia que Miquelon relataba bajo mi ventana, porque concluía invariablemente con una metáfora bastante sorprendente en labios de un mendigo. «Buenas gentes —decía—, socorred a un pobre que ha sido un honrado trabajador y que no ha merecido su desgracia. Yo tenía una cabaña y un pedazo de tierra en la montaña; pero un día en que trabajaba de firme, la montaña se desplomó y me dejó como me veis. El gigante se echó sobre mí».

El último año de mi estancia en Tarbes noté que, desde hacía algunas semanas, Miquelon no acudía a buscar su limosna, y pregunté si estaba enfermo o había muerto. Nadie sabía nada. Miquelon era de la montaña, vivía lejos, si es que vivía en alguna parte, algo bastante dudoso. Procuré informarme, me interesé especialmente por los hijos de Miquelon, que eran los tres muy guapos. Había observado que el mayor, que ya tenía doce años, era muy fuerte, parecía orgulloso e inteligente, y por lo tanto hubiera podido comenzar a trabajar. Reproché a sus padres que no hubieran pensado en ello. Miquelon había reconocido su error y me había prometido no prolongar demasiado aquella escuela de la mendicidad, la peor de todas. Le había ofrecido mi colaboración y la de otras personas para que estudiara en una escuela o trabajara en una granja. Miquelon no había vuelto.

Quince años más tarde, mucho después de haber abandonado aquella hermosa región, volví a ella de paso y, como disponía de algunos días, no quise abandonar los Pirineos sin haberlos explorado un poco. Con gran alegría volví a contemplar los bellos lugares que en otro tiempo me habían encantado.

Uno de aquellos días, yendo de Campan a Argelez por un camino desconocido para mí, me aventuré a pie a través de los valles encajados entre los contrafuertes del pico del Midi y los del Mont-Aigu. Pensaba que no iba a tener necesidad de guía: creía que los torrentes, cuyo lecho no tenía más que seguir con mis piernas o con mis ojos, serían los hilos de Ariadna destinados a conducirme a través de aquel laberinto de gargantas. Era joven aún, nada me detenía: por eso, cuando subí hasta el maravilloso lago de Ouscouaou, me dejé llevar por la tentación de explorar la cresta rocosa al otro lado de la cual iba a encontrar otro lago y otro torrente, el lago y el torrente de Isaby, y, por lo tanto, los senderos que descienden hacia Villongue y Pierrefitte. Pensando que siempre estaría a tiempo de tomar aquella dirección, giré a mi derecha y me metí por un estrecho desfiladero que bordeaba, elevándose, un sendero cada vez más escarpado.

Allí me encontré frente a un apuesto montañés, que vestía un limpio traje de lana oscura, con el cinturón rojo alrededor del cuerpo, la boina blanca sobre la cabeza y las alpargatas de cáñamo en los pies. Como no podíamos seguir sin que uno de los dos se hiciera a un lado, ciñéndome a la pared que formaban las rocas, me aparté para dejar pasar a aquel hombre, que parecía más apresurado que yo; pero, mientras se quitaba la boina cortésmente, se detuvo en lugar de pasar adelante y me miró con singular atención. Yo lo examiné también, pensando que no era la primera vez que encontraba su mirada, aunque no podía recordar dónde y cuándo había visto su cara.

—¡Hombre! —exclamó de pronto alegremente—. ¡Es usted! Le he reconocido inmediatamente, pero usted no puede acordarse... ¡Perdón! Yo iré delante; sígame, a dos pasos de aquí el camino es más ancho; quiero que me cuente cómo le va. ¡Estoy contento, muy contento de haberle encontrado!

—Pero ¿quién es usted, amigo mío? —le dije—. Por mucho que trato de recordar...

—No hable ahora —replicó—. Ha tomado un sendero peligroso; usted no es un montañés. Hay que mirar dónde se pone el pie. Sígame; conmigo no hay peligro.

Efectivamente, el sendero se hacía cada vez más escarpado; pero yo era joven y gran conocedor de la naturaleza y no necesitaba ayuda. Cinco minutos más tarde, el sendero describió una curva y penetró en una de esas gargantas salvajes que terminaban en forma de estrella en el macizo de Mont-Aigu. Allí había bastante espacio para caminar uno al lado del otro, e insistí a mi compañero para que me dijera su nombre.

—Yo soy —me dijo— Miquel Miquelon, el hijo mayor del pobre Miquelon, el mendigo que iba a verle los días de mercado a Tarbes, y a quien usted daba siempre limosna con tales muestras de afecto que me agradaba mucho, porque en ese desdichado oficio uno es humillado con frecuencia, lo que resulta peor que ser rechazado.

—¿Cómo? ¿Es usted, muchacho, aquel pequeño Miquel? Es verdad, reconozco sus ojos y sus hermosos dientes.

—Pero no mi barba negra, claro. Vuelva a tutearme, por favor, como antes. No he olvidado que usted me apreciaba de verdad. No era usted rico, lo sabía, y sin embargo me habría pagado una escuela; pero mi pobre padre murió muy pronto, y desde entonces han pasado muchas cosas.

—Cuéntamelas, Miquel; parece que has salido de la miseria, y me alegra. Sin embargo, si puedo hacerte algún favor, mi disposición es la de siempre.

—No, gracias. Después de tantas penalidades, ahora todo va bien. Aunque sí podría hacerme un gran favor.

—Di.

—¡Venir a cenar a mi casa!

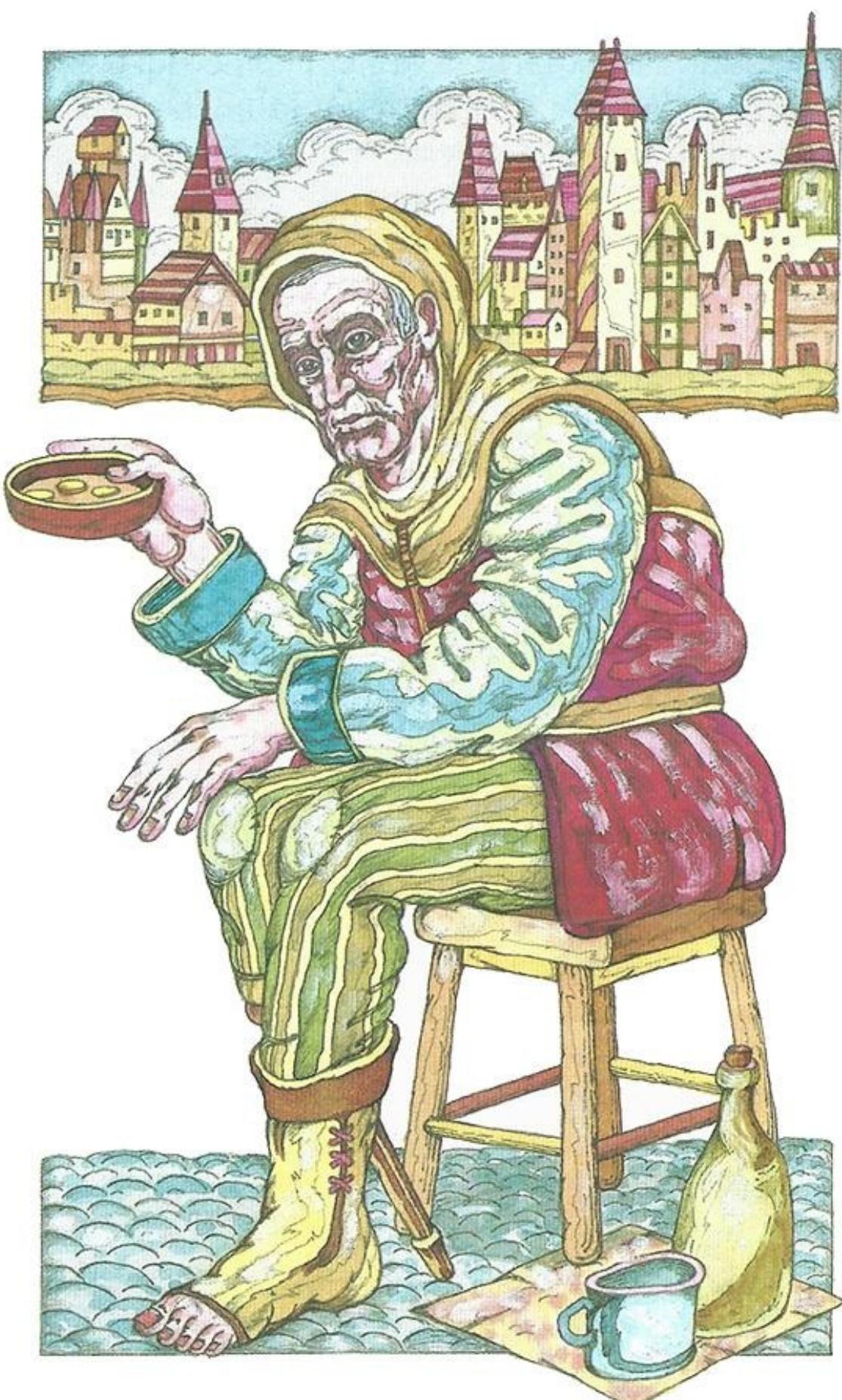
—Con mucho gusto, si no está demasiado lejos de aquí, y si puedo llegar esta noche a Argelz, o por lo menos a Pierrefitte.

—No, ni pensarlo. Mi casa no está muy lejos, pero sí un poco arriba; son ya las cuatro, y bajar de allí cuando se haya puesto el sol, no, es demasiado peligroso. Ya veo que tiene usted buena vista y camina bien; pero no me quedaría tranquilo. Será mejor que pase la noche en mi casa. ¡Vamos, hágame ese honor! Se encontrará a gusto. Es pobre, pero limpia. ¡Oh! Demasiadas viviendas miserables he padecido durante mi infancia como para no amar mi propiedad. Además, no se morirá de hambre: maté una gamuza aún no hace ocho días; la carne está a punto. Venga, se lo ruego. Si rehusa me dará un disgusto como no se puede ni imaginar.

El buen Miquelon era tan sincero, tenía una cara tan agradable, que acepté de todo corazón, y habría aceptado lo mismo si hubiera tenido que acostarme en su cama y cenar la leche agria y el pan duro de las cabañas.

Mientras caminábamos, le hice algunas preguntas; rehusó responder.

—Estamos entrando en lo más penoso de la montaña —me dijo—; no debemos charlar, no es cómodo ni prudente. Cuando estemos en casa le contaré mi historia completa, que es bastante extraña, ya verá. Ahora pise donde yo piso, o mejor (yo no tengo grandes los pies) póngase mis alpargatas sobre sus botas; no está usted convenientemente calzado.



—Y tú, ¿irás descalzo?

—Caminaré mucho mejor.

Me negué, insistió; me resistí y le seguí, un poco picado en mi amor propio. Debo confesar, sin embargo, que tuve suerte de escapar sin accidente. Escalamos a pico taludes abruptos, descendimos por barrancos resbaladizos. Atravesamos nieves que ocultaban pulidos guijarros que rodaban al pisarlos. Lo peor era seguir las laderas turbosas por senderos trazados o, mejor dicho, destrozados por los rebaños.

Por fin, tras una última escalada más fuerte, salimos de pronto a una bella pradera recorrida por un ancho camino que serpenteaba entre verdes colinas dominadas por contrafuertes de audaz diseño. Estábamos en el corazón, o más exactamente, en las clavículas de la montaña, en las regiones misteriosas que limitan los grandes escarpes, donde nos hubiéramos podido creer en los dulces valles de una tranquila Arcadia de no ser porque aquí y allá una cortadura en la muralla permitía ver un glaciar a la derecha o un abismo profundo a la izquierda.

—Ahora que hemos llegado a la cima —me dijo Miquelon—, podemos hablar. Estamos en mi casa, este vallecito me pertenece por completo. No es ancho, pero sí bastante largo, y la tierra es buena, la hierba deliciosa. Mire, puede ver allá abajo mis cabañas y mi rebaño. Aquí vivimos una parte del año, y en invierno bajamos al valle.

—¿Por qué hablas en plural? ¿Tienes familia?

—No estoy casado. Mis dos hermanas pequeñas están conmigo; todavía no vivo con el suficiente desahogo como para tener mujer e hijos antes de que ellas hayan encauzado su vida. Llegará, desde luego, pero sin prisa; vivimos en paz. Le presentaré a aquellas niñas que usted conoció en la miseria. ¡Dios mío! ¡Ellas también han cambiado! Pero antes fíjese en lo bonitas que son mis vacas.

—Es verdad: hacen honor al pasto; sin embargo, no debe ser nada fácil conseguir que bajen de aquí.

—Por el contrario, nada más sencillo. Al otro extremo de mi pequeña hacienda hay un sendero que he logrado hacer transitable. El otro, en el que le encontré a usted, no es el bueno; había que seguirlo o dar un rodeo demasiado grande.

—Yo caminaba al azar; pero tú, tú ibas a alguna parte y te lo he impedido, ¿no?

—Me alegro mucho, pues hubiera sacrificado cualquier cosa al placer de verle; el asunto que me llevaba a Lesponne puede esperar a mañana.

Habíamos llegado a un cercado, el huerto de la vivienda. A decir verdad, las verduras no eran muy variadas, creo que no había más que rábanos; a esa altura, el clima es demasiado frío para otra cosa; en cambio, las plantas silvestres eran muy interesantes, y me dije que les echaría un vistazo a la mañana siguiente. Miquel me apremiaba a que entrara en su casa, la cual, en medio de aquellas cabañas de tablas destinadas al ganado, tenía todo el aspecto de un verdadero hogar. Estaba construida en piedra rojiza, con una sólida techumbre cubierta de delgadas lajas de pizarra a modo de tejas; podía desafiar los dos metros de nieve que la sepultarían durante el invierno. En el interior, macizos muebles de pino y dos buenas habitaciones muy caldeadas. En una de ellas, las hermanas dormían y preparaban la comida; en la otra, Miquel tenía su cama, una verdadera cama, sin sábanas, es cierto, pero con mantas de lana muy limpias, un armario, una mesa, tres banquetas y doce libros en una estantería.

—Me gusta comprobar que sabes leer —le dije.

—Sí, he aprendido un poco con los demás, y sobre todo solo. ¡Cuándo hay voluntad! Pero permítame que vaya a buscar a mis hermanas.

Me dejó solo tras haber echado al fuego un brazado de ramas de pino, y me puse a mirar los libros, curioso por saber en qué consistía la biblioteca del antiguo mendigo. Para mi sorpresa vi que eran traducciones de obras de gran calidad: la *Biblia*, la *Ilíada* y la *Odisea*, *Os Lusiadas*, *Orlando furioso*, *El Quijote* y *Robinson Crusoe*. En realidad, ni una sola de estas obras estaba completa; su estado de deterioro atestiguaba sus muchos servicios. Algunos pliegos en rústica contenían la leyenda popular de los cuatro hijos de Aymon, diversas versiones españolas y francesas sobre el tema de la Canción de Rolando y, finalmente, un pequeño tratado de astronomía elemental, muy estropeado pero completo.

Miquel apareció con sus hermanas Maguelonne y Myrtle, dos buenas mozas de dieciocho y veinte años, admirablemente bellas bajo sus capuchones de lana escarlata, y muy pulcramente endomingadas para recibirme. Después de haber guardado las vacas, se habían arreglado en mi honor; no hicieron de ello ningún misterio, pues carecían de coquetería. Tras renovar nuestra antigua relación, aunque la mayor sólo se acordaba vagamente de mí, una de ellas se apresuró a poner el pernil de gamuza al fuego, mientras la otra disponía la mesa y colocaba los cubiertos. Todo estaba muy limpio, y la comida me pareció excelente; la carne, en su punto; los quesos, exquisitos; el agua, pura y sabrosa; el café, bueno —porque había café—; era el único excitante que se permitía el dueño; jamás bebía vino.

Encontré a las hermanas sencillamente encantadoras y muy sensatas. La mayor, Maguelonne, presentaba un aspecto franco y decidido; Myrtle, más tímida, tenía una dulzura conmovedora en la mirada y en la voz. Más ocupadas en servirnos que en llamar la atención, hablaron poco, pero todas sus respuestas fueron prudentes y graciosas. Cuando quitaron la mesa:



—¿Está cansado? —me dijo Miquel—. ¿Quiere dormir o prefiere conocer mi historia?

—No estoy cansado. Cuéntame tu historia; la espero con impaciencia.

—¡Pues bien! —replicó— se la voy a contar —y volviéndose hacia sus hermanas—: vosotras la conocéis de sobra.

—No la conocemos bien —respondió Maguelonne.

—Es decir —añadió Myrtle—, depende... La conocemos de una forma; pero de la otra..., jamás la cuentas como nosotras quisieramos.

Mis asombrados ojos pidieron a Miquel la explicación de aquella contestación tan confusa; y él, dirigiéndose a Maguelonne:

—Explica eso a nuestro huésped —dijo—. La pequeña no se expresa mal; pero tú, como eres la mayor, hablas mejor.

—¡Oh!, no sabría explicarlo —exclamó Maguelonne ruborizándose.

—Seguro que puede —le dije—. Le ruego que lo cuente, y le prometo interrumpirla si no lo entiendo.

—¡Muy bien! —respondió un poco confusa—. Se trata de lo siguiente: mi hermano no cuenta mal las cosas cuando las dice como son para todo el mundo; pero cuando las dice como las ha visto y como las entiende, entonces es más divertido, y hay días en que no nos cansamos de escucharle. Dígale que hable con toda confianza; seguramente tendrá en la punta de la lengua fantasías como las que lee en los libros.

Rogué a Miquel que se dejara llevar por su imaginación, ya que la imaginación debía de jugar un importante papel en su relato. Reflexionó un instante mientras atizaba el fuego, miró a sus hermanas con bondadosa y dulce sonrisa y, con un brillo en los ojos y animado el semblante, habló así.

## II

—Hay en la falda del Mont-Aigu, a cien metros sobre nosotros —se la enseñaré mañana—, una meseta apoyada en un contrafuerte rocoso y cruzada por un arroyuelo, como ésta en que estamos, con magníficos pastos cuando la nieve se funde. Hace más frío y el invierno es más largo, eso es todo. Esa meseta tiene un nombre singular: se llama la meseta de Yeus. ¿Podría decirme qué significa ese nombre?

Tras haber reflexionado un instante:

—He oído decir —le respondí— que muchas montañas de los Pirineos habían sido consagradas a Júpiter o Zeus, que es como se pronuncia, según creo, el nombre de Zéous...

—¡Eso es! —replicó Miquel alegramente—. Ya veis, hermanas, que no me he inventado nada, y que personas instruidas me dan la razón. Ahora, amigo mío, dígame si recuerda la frase con que siempre terminaba el relato mi pobre padre cuando pedía limosna.

—La recuerdo muy bien: «El gigante —decía—, se echó sobre mí».

—Entonces podrá comprender. Mi padre era un poeta; había sido instruido por los viejos pastores españoles en los altos pastos de la frontera, y aquellos hombres tenían ideas, historias, canciones que ya no son del tiempo en que vivimos. Todos sabían leer y algunos conocían el latín, pues habían estudiado para curas; pero, o no habían aprovechado los estudios, o habían cometido alguna falta contra el reglamento, o bien se habían comprometido en asuntos políticos: el caso es que se trataba de una raza casi perdida, y en nuestra tierra ya no se creen las cosas que enseñaban, sus secretos y su ciencia. Mi padre creía en todo eso, y como tenía una imaginación desbordante, me educó en esas ideas. Así pues, no se extrañe de que aún las conserve.

»Vine al mundo en esta casa, es decir, en el emplazamiento que ocupa, porque entonces era una simple cabaña como la que alberga a mi ganado. Mi padre era propietario de una parte de este cercado, al que llamaba *su* cercado. Más arriba está el cercado de Yeus, adonde algunas veces me llevaba para decidir, según la cantidad de nieve, si debíamos prolongar o abbreviar nuestra estancia en la montaña. Entonces, siempre que pasábamos ante el gigante, es

decir, ante una roca muy alta que, vista de lejos, tenía el aspecto de una enorme estatua, hacía la señal de la cruz y me ordenaba que escupiera, dándome ejemplo. Constituía, según él, un acto de buen cristiano, puesto que el gigante Yeus, que daba nombre a la meseta, era un dios pagano, es decir, un demonio, enemigo de la raza humana. Durante mucho tiempo, el gigante, así interpretado, me dio miedo; pero, a fuerza de escupir al aire cuando pasaba junto a él y viendo que sufría los insultos sin rechistar, llegué a despreciarlo profundamente.

»Una mañana —tenía yo entonces ocho años, me acuerdo muy bien—, hacia mediodía, mi padre trabajaba en nuestro pequeño huerto; mi madre y mis hermanas —Maguelonne, que ya sabía ordeñar y cuidar las vacas, y Myrtle, que empezaba a andar— se encontraban al final del cercado con los animales; yo estaba batiendo la mantequilla a dos pasos de la casa. De pronto, un estruendo como el del rayo se abate sobre mí, una ráfaga de viento me derriba y caigo aturdido, alelado, como muerto, aunque no sufría ningún daño. Así permanezco inmóvil durante un buen rato sin entender lo que me sucede.

»Unos gritos horribles me despiertan. Me levanto y, aunque me encuentro frente a la casa, ya no puedo verla: está desplomada en el suelo, aplastada bajo piedras enormes que, empujándose unas a otras, empiezan a moverse y a rodar hacia mí. Me doy cuenta de que se trata de un alud, y huyo, fuera de mí, sin saber a dónde voy. Llego junto a mi madre y mis hermanas, que me llamaban con gritos de desesperación.

Me vuelvo entonces: el desprendimiento ha cesado; el gigante Yeus ya no está en su contrafuerte rocoso; se ha abatido sobre nuestra casa y cubre con su masa dislocada nuestro huerto y la mayor parte de nuestro cercado.

»Entonces mi madre dijo:

»—¿Y tu padre? ¿Dónde está tu padre?

»—¿Mi padre? No lo sé.

»—¡Maldición! ¡Lo ha aplastado! ¡Quédate aquí, cuida a las pequeñas! ¡Voy corriendo!

»Y mi pobre madre echó a correr hacia aquellas masas todavía tambaleantes y amenazadoras. Era completamente imposible no seguirla. Pongo a las niñas en lugar seguro, les prohíbo que se muevan y corro a través de las piedras buscando y llamando a mi padre. Debo decir en honor de estas dos chiquillas que al principio fingieron obedecerme, pero que un momento

después corrían, como yo, por entre los escombros, buscando y llamando a nuestro padre lo mejor que podían. De cuando en cuando cesábamos en nuestras voces para escuchar; la búsqueda duraría aproximadamente una hora; por fin, escuché un débil quejido, me abalanzo y encuentro a mi pobre padre tendido bajo una mole de la que no podía librarse. No había sido literalmente triturado gracias a un azar poco corriente: la roca formaba una bóveda sobre su cabeza y su cuerpo. El golpe le había roto los huesos de la pierna y del brazo derechos; por eso no podía levantarse y salir. Había realizado tantos esfuerzos inútiles y dolorosos que se había agotado y se desmayó al vernos. Nos acercamos a retirarlo de allí. Mi madre estaba como loca. ¿Qué hacer con un hombre medio muerto en aquel desierto donde ya no nos quedaba ningún cobijo, ni un poco de tierra que no estuviera cubierta de escombros, ni un mueble sin romper?

»Maguelonne no perdió la cabeza; me mostró las cabañas del cercado, es decir, de la zona de suelo vegetal que está allá abajo, y empezó a correr como una gamuza en esa dirección.

»Me di cuenta de que iba a buscar ayuda y me puse a recoger ramas para hacer unas parihuelas. Cuando acudieron los habitantes de las cabañas de abajo, sólo tuvieron que atarlas convenientemente y el herido fue transportado a su casa con toda prontitud. Llamamos al médico, y mi padre recibió los cuidados precisos; pero había pasado mucho tiempo: la inflamación había aumentado, el brazo se había curado mal y la pierna estaba tan destrozada que fue necesario amputarla. Así fue como aquel buen hombre cayó en la miseria y tuvo que abandonar su trabajo, comprar un asno y mendigar por los caminos con su familia. En lo más profundo del valle teníamos una casita para pasar el invierno; pero la mayor parte de nuestras ganancias procedían de nuestras vacas, y ya no contábamos con lo necesario para alimentarlas. Tuvimos que vender las dos que nos quedaban; las otras tres, espantadas por el hundimiento del gigante, habían muerto despeñadas en los precipicios.



»Mi madre aborrecía la mendicidad. Hubiera querido buscar algún trabajo en la ciudad y tener a mi padre al amor de la lumbre; pero él no podía soportar la idea de estar quieto, y consideraba la exhibición de su desgracia como una especie de trabajo, ante el que no podía retroceder, para alimentar a su familia. En verdad era una especie de trabajo el estar constante e incesantemente en los caminos. Para mi madre, que debía cuidar y a menudo llevar en brazos a la pequeña, aquello resultaba bastante penoso; para mí, que sólo tenía que conducir y cuidar al asno, constituía una vida de ocio y holgazanería. Estaba también la tentación de ser malo y la posibilidad de convertirme en bandido; pero ya le he dicho que mi padre era poeta, y utilizo esta palabra porque, en aquel tiempo y sin saber todavía lo que significaba, se la oí a personas respetables que le escuchaban, asombradas de su lenguaje y de sus ideas. Usted se hallaba muy ocupado y no tuvo ocasión de preguntarle; se hubiera sorprendido de su talento como los demás.

»Gracias a la inteligencia de mi padre he permanecido en el buen camino. Me enseñaba a su manera hablando conmigo, y me hacía ver las cosas

grandes y bellas, de modo que, cuando percibí que el mal pasaba a mi lado, me pareció feo y pequeño y le volví la espalda. Es verdad, sin embargo, que mi padre hubiera podido enseñarme a leer y que no se ocupó de ello. La vida de continuos desplazamientos no induce al esfuerzo, y yo no quería tomarme el trabajo de estudiar. Debe usted saber que después de su accidente mi padre se había vuelto muy nervioso, y ya no tenía la calma necesaria para enseñarnos. Nos instruía por medio de historias, canciones y ejemplos, de tal manera que mis hermanas y yo poseíamos muchos conocimientos sin saber las letras. Nuestra pobre madre no sabía más que nosotros.

»Recorriamos la montaña durante la estación de las aguas. Íbamos a Bagnères de Bigorre, a Luchon, a Saint-Sauveur, a Cauterets, a Barèges, a Eaux-Bonnes, allí donde hay extranjeros ricos. En invierno bajábamos a Tarbes, Pau y los grandes valles. En este oficio, recibiendo mucho y gastando poco, porque éramos pobres, en pocos años ganamos más de lo que habíamos perdido. Entonces mi madre, que tenía mucho orgullo, trató de persuadir a mi padre de que ya no teníamos derecho a explotar la caridad pública, que yo estaba en edad de ganarme la vida y que ella se comprometía, con la ayuda de Maguelonne, a mantener al resto de la familia trabajando de lavandera. Mi padre no la escuchó. Le había tomado gusto a la vida errante, no tanto porque fuera lucrativa, sino porque le divertía y le hacía olvidar su desgracia. Yo pensaba como mi madre; pero tuvimos que ceder, y aquella vida habría durado más si mi pobre padre no hubiera cogido una pulmonía de la que murió pocos días después. A todos nos produjo una profunda tristeza.

»Aunque no hubiera permitido que cumpliéramos nuestros deseos, era tan bueno, tan respetable y tan tierno que le adorábamos.

»Después de la desgracia, volvimos a Pierrefitte, y mi madre, que había preparado allí una pequeña vivienda, me llevó aparte y me dijo:

»—Hijo mío, te voy a explicar nuestra situación. Tu padre nos ha dejado algo. Los pobres como él no hacen testamento; ha tenido confianza en mí, permitiéndome actuar como crea que es mejor en interés de sus hijos. Debes saber que poseemos, entre nosotros cuatro, alrededor de tres mil francos. He hecho dos partes iguales, una para mí y tus hermanas y la otra para ti.

»—Eso no es justo —le respondí—; sólo tengo derecho a una cuarta parte.

»—No es cuestión de derecho —replicó ella—. Se trata de tus necesidades, de las que debo preocuparme y de las que soy mejor juez que tú. Mi trabajo está asegurado. Las niñas me ayudarán, y saldremos adelante con

la pequeña reserva que guardamos; pero tú eres un muchacho, y te corresponde ganarte la vida honradamente. No debo alimentarte y mantenerte; eso sería tanto como empujarte a la maldad y a la holgazanería. Procura abrirte camino; te voy a dar cien francos para que puedas buscarte ocupación y elegirla bien. Es justo que más tarde, cuando te hayas abierto camino sin nuestra ayuda, seas recompensado con una parte mayor que la de tus hermanas. Cuando cumplas veintiún años sabes que puedes volver aquí a buscar cuatrocientos francos. Si yo hubiera muerto, a pesar de todo podrás hacerte con esa suma, pues la voy a poner a tu nombre, y, además, tus hermanas, cuya buena disposición conoces, comprenderán y aprobarán lo que hago.

»Abracé a mi madre y a mis hermanas llorando, y, con mi mejor ropa al extremo de un palo que llevaba al hombro y mis cien francos en el bolsillo, me fui; muy triste por abandonar a mi familia, pero resuelto a cumplir con mi deber.

# III

»Hasta ahora —continuó Miquel— le he contado las cosas como son; ahora le pido permiso para contarlas como se me aparecieron a partir de ese momento, es decir, a partir del instante en que me encontré solo en el mundo, entregado a mi suerte a la edad de quince años.

»Mi madre me había dado una dirección, me recomendó que fuera a visitar a unos parientes y a otras personas que se interesaban por nosotros y que me darían buenos consejos y me ayudarían en caso de necesidad; pero yo tenía una idea infantil si usted quiere, pero muy arraigada en mi cerebro. Quería contemplar de nuevo nuestro pobre cercado abandonado, nuestra cabaña destruida, el lugar en que había visto a mi pobre padre atrapado, debatiéndose bajo la roca. Tan a menudo me había hablado de aquella catástrofe, tantas veces había vuelto a contar los detalles de aquella historia en su gráfico lenguaje para llamar la atención y despertar el interés de las gentes, que no la había olvidado ni lo más mínimo. Creo que incluso recordaba más cosas de las que había observado, y que tenía muchos pájaros en la cabeza... Por lo demás, ya comprobará usted lo que había en esa cabeza; no hay necesidad de anticipar las cosas.

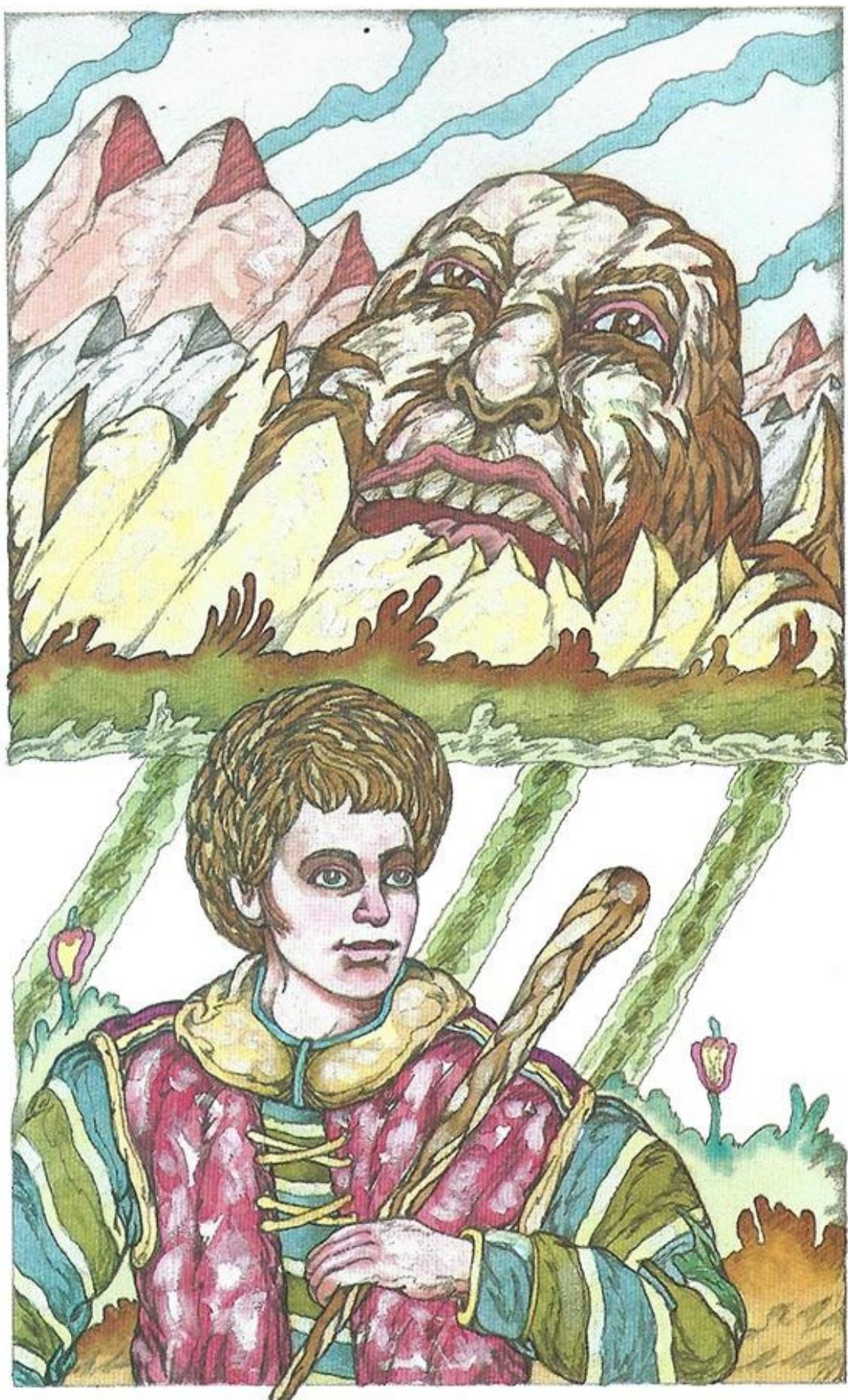
»Caminaba en línea recta hacia Mont-Aigu. Habíamos ido y vuelto tantas veces en nuestro peregrinaje de mendigos, que sabía muy bien dónde me encontraba; pero, cuando abandoné las tierras del llano, me extravié al instante, ya no recordé nada. Trepé al azar y después de recorrer muchos caminos equivocados me encontré por fin en nuestro cercado, reconocible por las ruinas aún recientes que lo cubrían. Seguía siendo nuestra propiedad; ni nosotros habíamos pensado venderla ni habíamos imaginado que nadie nos la comprara. Ya no tenía ningún valor. Todo lo más hubieran servido como pastos los espacios entre las piedras; no valía la pena y suponía mucho gasto instalarse allí de nuevo.

»La reciente pérdida de mi padre había reavivado la tristeza de mis recuerdos, y cuando contemplé al coloso roto en mil pedazos, pero inmóvil, indiferente y como triunfante de nuestra desdicha, monté en cólera:

»—Horrible gigante —grité—, estúpido animal de Yeus, quiero vengar a mi padre, quiero insultarte y maldecirte. Muchas veces, cuando era pequeño, escupí al aire al pasar junto a ti; ahora que soy mayor y que te tengo tendido a mis pies, quiero escupirte a la cara.

»Y fui buscando entre las piedras caídas lo que podía ser la cabeza del gigante. Creí haberla encontrado, creí reconocer la roca hueca bajo la que mi padre estuvo sepultado, y que se abría como una gran boca que tratara de morder la tierra. Le asesté un palo con todas mis fuerzas, y entonces oí una voz sorda que rugía como un trueno subterráneo y que decía:

»—¿Eres tú? ¿Quéquieres de mí?



»Me entró tanto miedo que eché a correr, temiendo un nuevo alud; pero volví al cabo de un rato. No había escupido y quería escupir en la cara del gigante, aunque me engullera, y lo hice resueltamente sin que pareciera notarlo.

»—¡Está claro —le dije—, sigues siendo un cobarde! ¡Muy bien! ¡Quiero hacer que ruedes por el torrente para que te rompas del todo!

»Y empecé a empujar aquella enorme roca y a tratar de moverla. Perdí el tiempo y las fuerzas y, cuando comprobé que no adelantaba nada, intenté hacerla añicos lanzándole otras piedras. Tuve al menos la alegría de descubrir que no era una roca muy dura, y que los golpes le hacían incisiones que yo tomaba por lesiones y heridas. Cuando me cansé, quise contemplar de cerca las ruinas de nuestra cabaña, y me sorprendió encontrar un pequeño rincón en el que podía cobijarme en caso de lluvia; aquel hueco había sido cerrado por un lienzo de pared construido no mucho tiempo atrás por algún cabrero, pero abandonado tras una estancia más o menos larga porque no había huellas en la hierba que crecía, alta y abundante, en torno a las ruinas. Como el sol se ponía, decidí pasar allí la noche. Cogí algunas piedras, tapé con ellas la entrada para no ser sorprendido por los lobos y, sentándome en lo que quedaba del piso, me puse a comer un pedazo de pan que llevaba en el talego. Después, como estaba cansado y harto de tanta soledad, me tumbé para dormir; pero tenía fiebre a causa del camino y la agitación; además había perdido la costumbre de aquel gran silencio de la montaña, que no se parecía a nada y que ni siquiera era capaz de interrumpir el ruido de los torrentes. No me encontraba a gusto, y aunque yo no fuera muy alto, me volvía a un lado y a otro sin encontrar forma de estirarme, pues el refugio era demasiado pequeño. Decidí sentarme en cuclillas y, como me faltaba el aire, quité una de las piedras que había amontonado para protegerme, y miré hacia afuera para matar el aburrimiento.

»¡Cuál sería mi sorpresa al comprobar que todo había cambiado en el cercado desde que había salido la luna! Ahora estaba completamente verde, completamente poblado de hierba y, aunque tenía todavía algunas rocas aquí y allá, no eran ni más grandes ni más numerosas que un pequeño rebaño de ovejas.

»Me quedé tan helado que salí de mi refugio para tocar la tierra y la hierba con mis pies y asegurarme de que ya no me encontraba entre escombros, que pisaba la bella pradera de siempre y que no estaba soñando. Me alegré aún más de lo que me sorprendí cuando de pronto, al volverme, vi detrás de mí, alto como una pirámide, al gigante, cuya base ocupaba todo el fondo del

cercado a mi izquierda. Al principio me pareció como antes, cuando se erguía al borde del cercado de Yeus, que estaba sobre el nuestro; pero a medida que lo miraba cambiaba de apariencia: su base se estrechaba como una vaina, su cuerpo adoptaba un aspecto humano, su cabeza se perfilaba como una bola. Sólo le faltaban los brazos y, cuando le hube mirado mejor, comprobé que los tenía, solamente que pegados al cuerpo, sin movimiento. Era una verdadera estatua, pero tan alta que no podía ver su cara.

»Debería haber sentido miedo ante aquello; pues bien, piense lo que quiera, pero sólo sentí cólera. Mi primer movimiento fue coger una piedra y lanzarla contra el gigante. No le di; le lancé una segunda que rozó su pierna y una tercera que le alcanzó en pleno vientre y produjo un sonido como si hubiera dado en una gran campana de metal, a la vez que un grito ronco, furioso, salvaje pareció salir de su pecho, repetido por los ecos de la montaña. Mi cólera aumentó y le acribillé con las piedras que me habían servido de protección. Cada vez más diestro y más certero, acerté por fin a alcanzarle en medio del rostro; su cabeza cayó al instante y vino a parar a mis pies. Me lancé sobre ella e intenté destrozarla con mi palo; pero me detuvo una voz aguda que procedía de aquella cabeza monstruosa y que dejaba escapar una risa seca como la de un viejecillo desdentado:

»—¿Eres tú, animal —le dije—, el que tiene esa forma ridícula de reír o de llorar? Voy a hacerte callar; espera un poco.

»Y ya iba a redoblar mis golpes, cuando la cabeza desapareció y apareció de nuevo sobre los hombros del gigante sin que yo hubiera podido ver cómo se las había ingeniado para recuperarla. Me puse furioso. Volví a atacarle a pedradas. Le di en el brazo izquierdo; el brazo cayó, pero volvió a su sitio en el instante en que acerté al brazo derecho, que también se desgarró. Entonces le ataqué a las piernas, a sus horribles piernas unidas, y el coloso se resquebrajó por su base y se tendió cuan largo era en el suelo, roto en mil pedazos: en ese momento comprendí que había hecho la mayor tontería del mundo, porque la bella pradera había desaparecido de nuevo bajo los restos del gigante y las primeras luces del día me mostraron el triste cercado engullido y polvoriento, tal como lo había encontrado la víspera.

»Estaba tan cansado, tan rendido por la rabia puesta en aquel combate que había durado toda la noche, que me dejé caer en el mismo lugar donde me encontraba y me dormí tan profundamente como si yo mismo me hubiera convertido en piedra.

»Cuando el sol, ya alto y cálido, me despertó, pensé que había tenido un sueño terrible, y me puse a reflexionar a la vez que comía un poco de pan y

recogía algunas bayas de arándanos. Mi sueño, si lo era, debía significar algo; pero ¿qué? Por más que buscaba un significado, no lo encontraba. Ahora bien, había una cosa de la que no cabía dudar; el gigante podía aparecer cuantas veces quisiera y yo no había tenido ni tendría jamás miedo de él. Le odiaba por el daño que había hecho a mi padre y sólo tenía una idea: vengarme de él y humillarle tanto como fuera posible.

»A plena luz comprobé que todas las cosas a mi alrededor estaban tal y como las habíamos dejado ocho años antes, que la casa estaba totalmente en ruinas, fuera de servicio, y la pradera cubierta por una montaña de rocas, de grava y de arena, y que no había modo alguno de sacarle ningún provecho. Además, el hielo de la meseta de Yeus, que nunca descendía hasta nosotros, había abierto un camino el invierno anterior. Se veía su huella a lo largo de la roca, pues la caída del gigante había excavado un amplio cauce por donde el hielo se deslizaba hacia nuestro terreno con la nieve, y esta circunstancia era una nueva causa de devastación.

»A pesar de tantos motivos de desaliento, una idea fija me bullía en la cabeza. Quería recuperar mi propiedad y echar de ella al gigante. ¿Cómo? ¿Por qué medios? No lo sabía, pero lo deseaba.



»Febrilmente, cogí algunas piedras y las puse unas sobre otras tratando de descubrir un espacio aunque no fuera más grande que mi cuerpo. Quería comprobar si la arena alcanzaba mucha profundidad y si el suelo podría recobrar su antigua fertilidad. Me sorprendió encontrar que la hierba era muy abundante en los lugares en que la piedra no la cubría. La hierba era incluso muy vigorosa, pero se pudría con la humedad, ya que las aguas no tenían salida y formaban charcos y pequeñas ciénagas.

»Como la tierra era húmeda y ligera, pude introducir en ella mis manos profundamente y asegurarme de que aún era fértil, susceptible de producir satisfactoriamente si se saneaba por medio de canales adecuados.

»En una hora despejé aproximadamente un metro. Descansé un instante y volví a mi trabajo con renovado ardor. Al atardecer examiné mi obra: había limpiado alrededor de seis metros de terreno. Es verdad que se trataba del lugar de hierba menos abundante y de piedra más menuda. Pero qué más daba, pensé. ¿A qué otra cosa podía dedicarme?

»Tenía un hambre terrible: descendí al cercado de Maury, que se encontraba más abajo y está habitado casi todo el año. Sus cabañas habían cambiado de dueño. Yo ya no conocía a nadie, ni nadie me conocía; pero poseía dinero y, aunque por la cena y la cama no me pidieron nada, quise pagar los gastos. No deseaba ser una carga, teniendo como tenía la intención de quedarme allí unos días.

»El tío Bradat, mayoral de los rebaños del cercado, era un anciano bondadoso que, al acogerme con suma generosidad, quedó admirado de mi idea, aunque yo me guardé de descubrirle el fondo del asunto.

»—¿Buscas trabajo aquí? —me preguntó—. Desgraciadamente, hijo mío, tengo toda la gente que necesito y no puedo emplearte.

»—No busco trabajo por ahora —le dije—; lo tengo; tengo también algo de dinero para ir tirando y, como veo que podría tomarme usted por un vagabundo que quiere esconderse en la montaña con la idea de hacer o de ocultar alguna fechoría, voy a decirle ahora mismo quién soy. ¿Ha oído hablar de Miquelon?

»—Sí, es un hombre conocido aquí, porque la meseta de arriba que se llamaba, según dicen, la Verderette, recibe ahora el nombre de cercado de Miquelon después del accidente sucedido a aquel pobre hombre. Yo sólo llevo aquí cuatro años; me lo han contado.

»—Pues bien, aquel pobre hombre era mi padre, y el pobre cercado es mi propiedad. Yo me crié en ese lugar. No lo había vuelto a ver desde que tenía ocho años y he experimentado una alegría triste al encontrarme otra vez en él. He pasado allí la noche anterior y quisiera volver mañana y posiblemente pasado mañana.

»—Si es así —dijo el anciano—, permanecerás en mi casa durante esta semana y más, siquieres, y no tendrás que pagarme nada, pues soy tu deudor.

»—¿Cómo?

»—Lo que oyes. A menudo he mandado a mis cabras a pacer en tu cercado sin derecho alguno; lo cierto es que, al estar abandonado, pensé que no hacía daño a nadie si no dejaba que se perdiera la poca hierba que allí nace; es muy poca, pero, en fin, es algo, y me dije que si alguien venía a reclamar, yo estaba dispuesto a pagar lo que habían comido mis animales. Ya que estás aquí, estupendo; quédate y guarda tu dinero. Estoy muy contento de pagarte lo que te debo.

»Tuve que aceptar. Me hizo un sitio en la mesa y en la paja, junto a sus muchachos. Estaba cansado, dormí bien, y al amanecer me puse en camino hacia mi cercado, con un trozo de pan y otro de tocino para pasar el día.

»Aquella jornada sólo trabajé con la cabeza. Quería calcular, cosa imposible, cuántas horas de trabajo me harían falta para despejar mi cercado. Si hubiera sabido, como sé ahora, hacer números sobre un papel, mi empresa no habría sido totalmente desatinada; pero sólo sabía hacerlos en la cabeza, y eso me llevó mucho tiempo. Sin embargo, no me las ingenié demasiado mal: medí pacientemente con mi palo la superficie del terreno y, grabando los números con la punta de mi cuchillo en una roca blanda, inventando signos para reemplazar a las cifras, por ejemplo una cruz sencilla para el 100, una cruz doble para el 200, y así sucesivamente, llegué durante aquel día no a saber, pero sí a suponer sin demasiado error las medidas de mi propiedad a lo largo y a lo ancho. Durante los días siguientes traté de calcular cuánto tiempo necesitaba para hacer el trabajo fácil. Calculé dos años, a cinco meses de trabajo por año, pues la nieve no permite más. Luego, traté de calcular la duración del trabajo difícil, y para eso fue preciso acometerlo.

»Pedí a mi anfitrión un mazo de hierro, y empecé con los fragmentos mayores. La roca calcárea no era demasiado dura y realicé aquel trabajo de caminero sin pensar en el cansancio. Me sentía feliz y orgulloso de hacer trizas el gran vientre del gigante. Quería lograr lo que me había propuesto a lo largo de aquella jornada; lo hice. Entonces me sentí tan cansado que decidí no descender y pasar la noche allí mismo para estar preparado a la mañana siguiente.

»Apenas acababa de dormirme bajo mi simulacro de cobertizo, cuando fui despertado por el gigante, que esta vez se paseaba tranquilamente a sus anchas. Antes de observarle con más atención, miré al suelo y lo vi completamente limpio y cubierto de su hermoso verdor. Todavía había un poco de claridad, el ocaso estaba aún rojo y las nieves perpetuas de las alturas se elevaban totalmente rosas en el cielo azul. Me puse a observar al monstruo, cuyos pasos hacían temblar la tierra; no parecía haber reparado en mí y yo no dije ni pío, pues quería descubrir sus intenciones. Estaba decidido a no actuar a tontas y a locas como la primera vez y a comprobar si se iría por su propio pie, pues ahora tenía la facultad de caminar. Debía de estar harto de los golpes que le había dado durante el día.

»Efectivamente, quería irse, e intentó subir a la meseta de Yeus; pero no sabía cómo hacerlo; en lugar de dar un rodeo, pretendía escalar lo más rápidamente posible y seguir el mismo camino que otras veces había tomado para descender. No había dado dos zancadas a lo largo de la escarpadura,

cuando cayó de rodillas, dio con la nariz en el suelo y rugió y gritó con voz terrible:

»—¿Es que nadie va a venir a ayudarme a subir a mi casa?

»En dos saltos me puse junto a él y tomado su espantosa mano asida a un saliente de la roca:

»—Vamos a ver —le dije—, sabes perfectamente que soy tu amo; ¡obedéceme, toma otro camino y vete!

»—Bueno, levántame —respondió—, ponme a tus hombros y llévame allá arriba.

»—No estás bien de la cabeza, no podría ni siquiera levantar uno de tus dedos; pero te agitaré violentamente...

»—¿No puedes dejarme tranquilo, pequeño? Me encuentro bien aquí, me quedo. Sólo quiero dormir boca arriba; ayúdame.

»Le di una patada en los riñones y, al volverse, me mostró su grande y feo rostro cubierto de un líquen blancuzco. Viéndolo a mi merced, sentí que se reavivaba el odio que llevaba conmigo y no pude resistir la tentación de hundir mi palo en su garganta. No pareció notarlo, pero una vocecilla imperceptible salió de aquella caverna que le servía de boca y, al prestar atención, oí que aquella voz decía:

»—¡Oh, muchacho perverso que desgarras mi tela y has estado a punto de aplastarme!

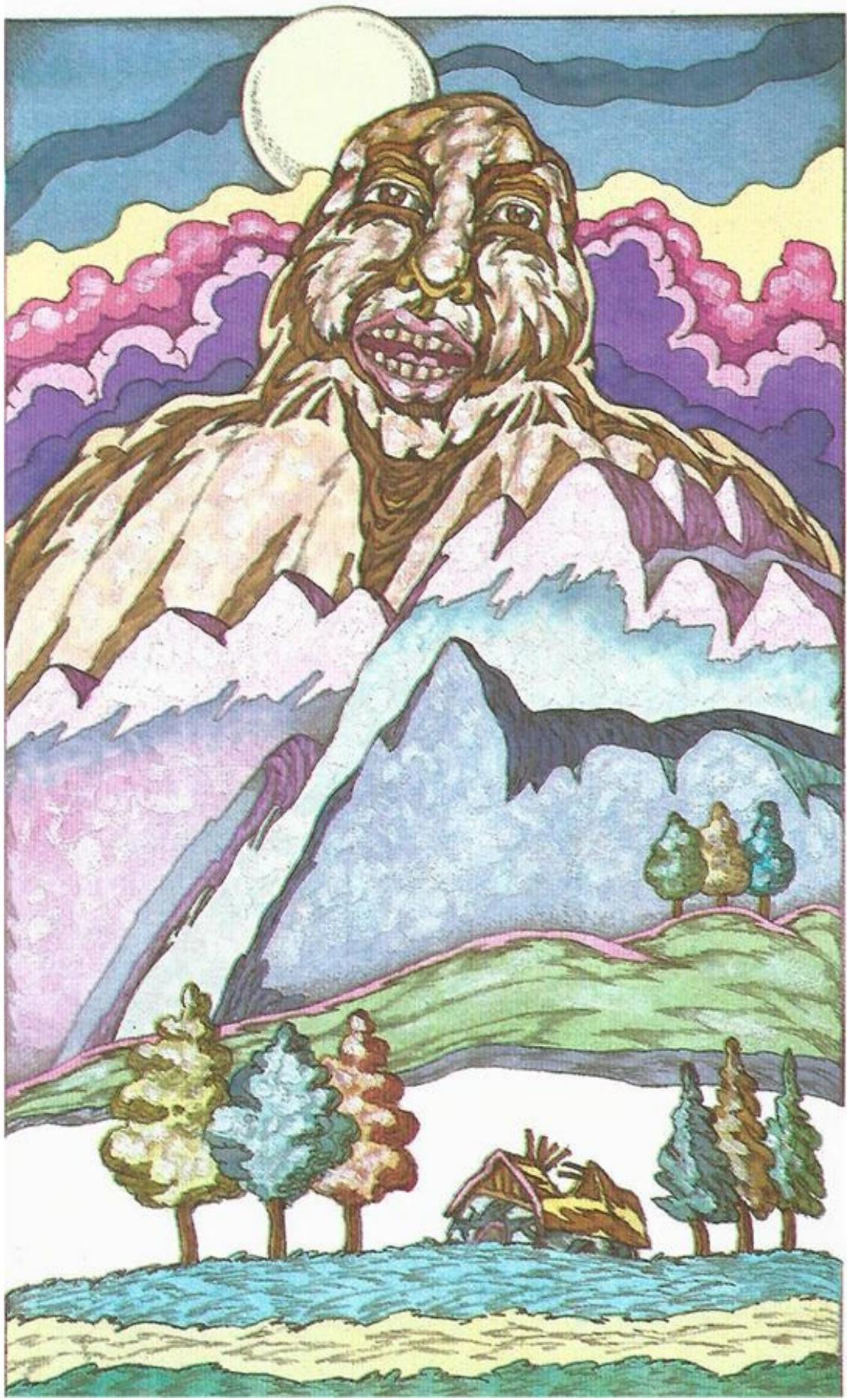
»—¿Quién eres? —dije retirando mi palo con precaución y acercando la oreja a la boca del gigante.

»—Soy la pequeña araña de los musgos —respondió la voz—. Desde que existo, vivo aquí; trabajo, hilo, cazo. ¿Por qué me molestas?

»—Vete a hilar y a cazar a otra parte, amiga mía; el mundo es muy grande para ti.

»—Podría decirte lo mismo —replicó—. ¿Por qué importunas a la roca que me pertenece? ¿No hay otro sitio para tu persona?

»En ese momento el gigante, al que seguí haciendo cosquillas con mi garrote, estornudó y lanzó a la araña lejos de él, mientras que, impelido como un huracán, caí de la roca abajo.



»Cuando esto ocurrió, me puse a pensar. Ya que la pequeña araña había vivido durante toda su vida en la garganta del gigante, y allí hubiera vivido siempre si yo no la hubiera espantado, ¿por qué no me las arreglaba yo también para vivir junto a mi enemigo, sin exigirle que se fuera a otra parte? ¿Acaso no estaba bien allí, tumbado boca arriba, con los pies apoyados en los bloques que habían sido su pedestal y el cuerpo en posición adecuada para impedir el deslizamiento de la nieve? Volví a subir y me acerqué a una de sus grandes orejas, porque mi voz debía parecerle tan débil como me había parecido a mí la de la araña:

»—¿Crees —le dije— que estás bien ahí? ¿Quieres quedarte?

»—Sí —respondió con terrible voz que parecía salirle del estómago—; me quedaré si me preparas un lecho.

»—¡Ah, vamos! ¡El señor desea un lecho! —repliqué echándome a reír—. ¿Un lecho de plumas tal vez?

»—Me conformaré con un buen lecho de arena; pero debes hacer un hoyo para mi cabeza, un hoyo para cada uno de mis miembros y sobre todo un gran hoyo para mis riñones, para que pueda dormir sin miedo a resbalar. Vamos, rápido, acomódame y procura que me encuentre a gusto; si no, volveré a tumbarme sobre tu prado, donde, excepto cuando me molestas e intentas torturarme, no me encuentro nada mal.

»—Muy bien dicho —dijo una voz humana a mi lado—. Lo más razonable sería dejarlo ahí y acomodarlo de la mejor manera posible. Serviría de dique a los hielos y, además, no existe otro lugar en que te resulte menos molesto, porque devolverle a su antiguo emplazamiento ni lo sueñas, y no tienes derecho a sacarlo del cercado por otro procedimiento.

»—¿Cómo? —repuse sin querer saber quién me hablaba así—. ¿Que no tengo derecho? ¿Acaso él tiene derecho a apoderarse de mi terreno?

»—No tenía sino el derecho del más fuerte —replicó la voz—; pero tú no lo tienes, porque la ley es más fuerte que el hombre y si te libras de tu enemigo echándolo sobre tus vecinos, éstos te lo impedirán o te castigarán.

»—¿Y si lo arrojara al abismo?

»—No hay abismo que no sea de alguien, y, además, en el fondo de estos abismos hay un río, propiedad común, cuyo curso no puedes detener o desviar. Debes quedarte con tu gigante y ya que ese trozo de montaña te pertenece, ahí es donde debes llevarlo piedra a piedra. De ese modo, en lugar de molestarte, te será útil.

»Iba a responder que no era necesario trasladarlo, pues él se había echado allí por su propia voluntad, cuando en mis ojos se hizo la luz y vi que estaba

sentado ante la chimenea, en la cabaña de mi viejo anfitrión, y que era él quien hablaba conmigo.

»—Vamos —dijo—, hablas como un muchacho que soñara despierto; sin embargo, aunque dices cosas extrañas, tienes muy buenas ideas. Vamos a cenar; has llegado tarde, pero te he esperado, y charlaremos tranquilamente antes de dormir.

»Ya no sabía dónde me encontraba y me senté muy avergonzado sin decir nada. ¿Había soñado mientras volvía a la cabaña, había discutido con el gigante, me había hablado la pequeña araña, me había puesto el gigante sus condiciones y había cometido la estupidez de contárselo todo al señor Bradat? ¿O, por el contrario, todas esas cosas me habían sucedido a la puesta del sol, y el gigante, que a buen seguro era mago, me había transportado a la cabaña de Bradat sin que me hubiera dado cuenta de nada?

»Cuando hube comido un poco:

»—¿De qué estábamos hablando hace un rato? —pregunté al anciano pastor.

»—Pero ¿estás dormido? —respondió—. ¿Ya no lo recuerdas? Te cansas demasiado en ese peñasco. Eres muy joven para hacer solo un trabajo tan enorme.

»—¿Cuánta gente piensa usted que haría falta para conseguirlo?

»—Depende del tiempo que quieras emplear. En dos estaciones, creo que doce buenos obreros lo lograrían.

»—¿Doce? ¿Está seguro? Creo que yo solo...

»—¡Deliras! Hacen falta doce por lo menos, y en muchos sitios habrá que utilizar barrenos para hacer saltar las grandes rocas.

»—¿Utilizar barrenos? —exclamé—. Esa idea me gusta. Sí, sí, prenderle fuego bajo el vientre..., así tendrá que irse.

»—Sin duda, porque no se irá por las buenas.

»—¡Le digo que se irá! Es un perezoso que no quiere moverse o un imbécil que no sabe lo que hace; pero cuando sienta la pólvora...

»—Es una roca: se partirá; pero, a pesar de todo, habrá que hacer una especie de terraplén con los pedazos, y eso costará mucho dinero. ¿Acaso eres rico?

»—Tengo cien francos.

»Bradat se echó a reír.

»—No es bastante —dijo—; necesitarías por lo menos diez veces más.

»—Algún día lo tendré.

»—¡Pues bien! Espera ese día.

»—¿Entonces, usted cree que no sería una locura querer arrebatar mi propiedad al gigante?

»—¡Diablos! La tierra es cosa buena y santa; cuando se posee, es un crimen renunciar a ella. Dios no ama al que la abandona pudiendo disputársela al hielo y a la piedra.

»—¡Es decir, a los malos espíritus! ¡Muy bien! Se la disputaré a ese demonio bruto y cruel que quiso matar a mi padre y que me ha destruido la casa. Él me convirtió en un mendigo errabundo durante mi infancia, mientras el muy bruto, el muy idiota dormía su pesado sueño en nuestros prados. Se irá, ¡se lo digo yo! Le aborrezco demasiado como para soportar su presencia, ahora que empiezo a ser un hombre, y si gasto lo que tengo y lo que espero tener, si mi propiedad no vale lo que me va a costar, ¡no importa! Hace siete años que detesto a ese gigante. ¡Emplearé, si es necesario, otros siete en castigarle y echarle de allí!

»—Eres un muchacho extraño —dijo el anciano pastor—. ¡Cómo te excitas! No me parece mal; ya veo que querías a tu padre, que tienes orgullo y valor; volveremos a hablar de tu idea. Si pudiera ayudarte..., pero soy demasiado pobre y demasiado viejo.

»—Puede ayudarme: véndame su maza de hierro.

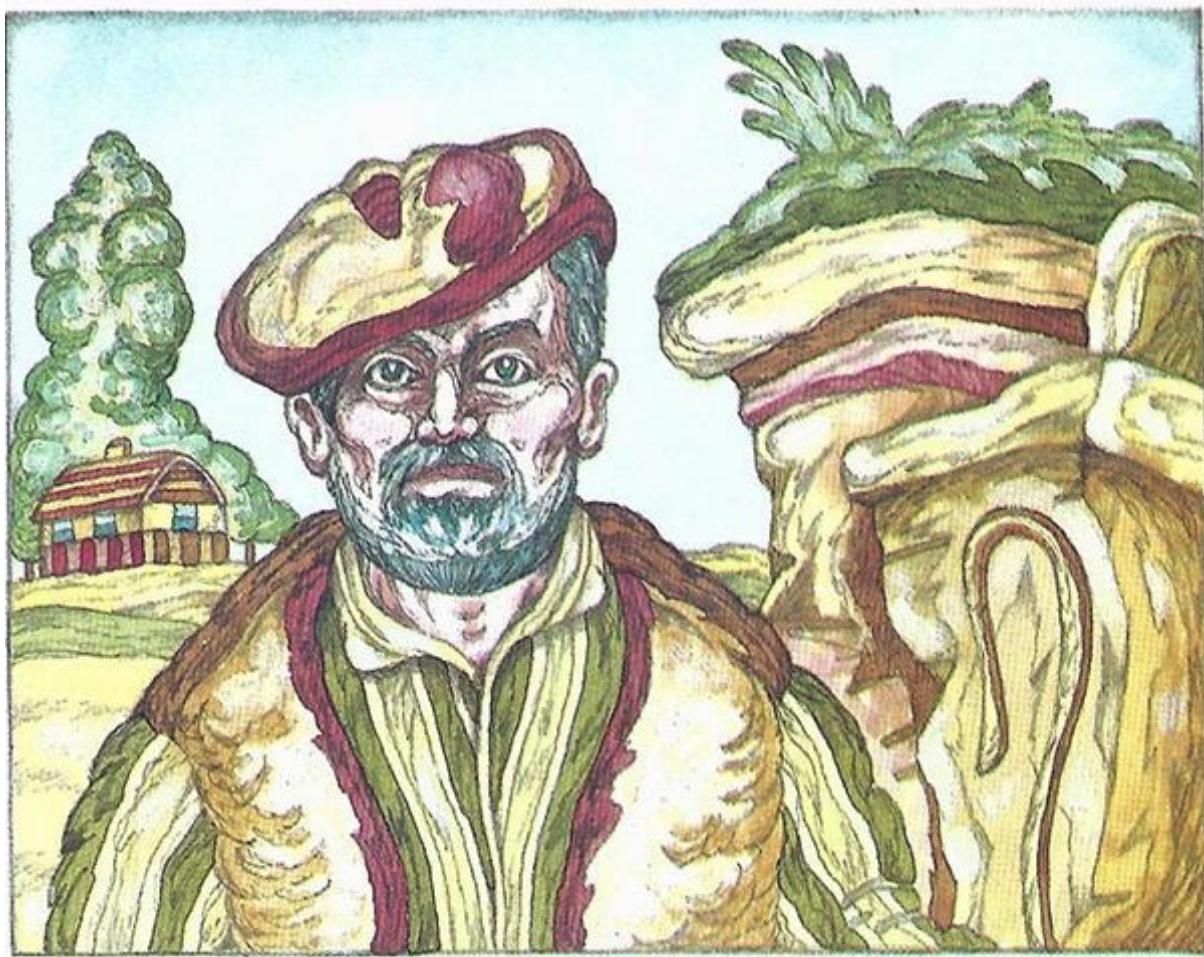
»—Te la presto. No me hace falta. Es muy pesada, déjala en tu cercado, donde nadie irá a robarla durante la noche. Todo el mundo tiene miedo al gigante.

»—¿Miedo al gigante? Eso no lo sabía. ¿Sabe la gente que por la noche se levanta y anda?

»—Eso dicen; pero no lo creo. He servido en África y he hecho la guerra, lo que quiere decir que estoy acostumbrado a no temer a los cañones; no sería lógico que tuviera miedo a las piedras.

»—¡Yo tampoco les tengo miedo, tío Bradat! Estoy seguro de que el gigante es un diablo y por eso estoy decidido a hacerle la guerra, como usted se la hizo a los beduinos.

»—Bueno —repuso el anciano pastor—, como tú quieras. Se hace tarde, vamos a dormir.



»Al día siguiente, cuando subía al cercado, oí que me llamaban:

»—¡No vayas tan deprisa! —me dijo—. Voy contigo. Yo camino despacio, pero acabo por llegar. Quiero ver al famoso gigante. No voy a menudo allí arriba y nunca he reparado en ese montón de piedras; tal vez pueda darte un buen consejo.

»Cuando lo hubo examinado todo:

»—Hay —dijo— diez veces más trabajo de lo que pensaba. Diez buenos obreros no podrían limpiar esto en dos estaciones. Hará falta también una gran cantidad de pólvora... Créeme y renuncia; gastarás todo lo que tienes, y no te habrá merecido la pena.

»—Sin embargo, ¿no ha oído decir, tío Bradat, que la hierba de estos pastos es la mejor de la montaña? Mi padre me lo repitió tantas veces que estoy convencido de ello.

»—No digo que no. La poca hierba que todavía nace es de primera calidad; pero cuando la hayas limpiado, será necesario abonarla, y para abonarla hace falta un rebaño; un gran rebaño y muy pronto, porque el

antiguo estiércol se ha perdido y el pasto nace en tierra virgen. Si eres rico, si tienes cuatro mil francos, por ejemplo...

»—No tengo ni la mitad.

»—Entonces desiste, será tu ruina. ¿Qué son esos números en la roca?

»—Los inventé yo para calcular...

»—¡Ah! Ya comprendo. ¿No sabes escribir?

»—Ni leer tampoco.

»—Es una pena. Deberías aprender, te ayudaría más que todos los mazazos que puedas dar en la piedra.

»—¡No digo que no! Si usted quisiera enseñarme...

»—Yo apenas sé; pero es mejor que nada, y cuando quieras...

»Comencé aquella misma tarde adelantando una hora mi regreso a la cabaña de Bradat. El mayor de los muchachos que servían al viejo pastor, viendo que tenía interés, me enseñó también, y debo decirle que, aunque era menos paciente que el anciano, sabía más. Así empecé a comprender lo suficiente como para proseguir yo solo. Llevaba siempre conmigo un libro y, tomándome a mediodía una hora de descanso, estudiaba con mucha aplicación y una obstinación tan firme como la que dedicaba al trabajo del cercado.

»Bradat, al ver que sus prudentes consejos en nada habían cambiado mi resolución, decidió no disuadirme de ella; sólo se reía un poco de mí cuando hablaba del gigante como de un malvado diablo, y eso me hizo más circunspecto. Ya sólo hablaba de él como de un montón de piedras, sin renunciar a mi idea y a mi odio. Los demás pastores pensaban, sin embargo, como yo, que había un hechizo en aquellas malditas rocas.

»Habían oído hablar, en otros lugares de la montaña, de algunos desprendimientos que se habían querido contener, pero el demonio deshacía de noche el trabajo de los obreros más hábiles. A veces venían a verme trabajar porque yo trabajaba con pasión, y se aventuraban por amistad hacia mí a echarme una mano; sin embargo, lo hacían no sin bastante miedo e incluso hubo uno que, como había soñado con el gigante, juró no volver a tocarlo. No insistí. Sabía perfectamente que si les hubiera invitado a tomar un vaso de vino el domingo, hubieran demostrado más valor; pero yo no quería apartarles de sus obligaciones; hubiera sido un desprecio a la hospitalidad que me dispensaba el tío Bradat.

»No me faltó, sin embargo, la compañía de unos y otros de cuando en cuando. Bradat consentía en hospedarme y alimentarme a cambio de que sus cabras pacieran la poca hierba que había en mi prado, y el muchacho que las

cuidaba se entretenía, mientras yo trabajaba en construir, para protegerme de la lluvia, una barraca bastante sólida con los restos de la antigua y con piedras y ramas que disponía con habilidad.

»De este modo tuve un refugio para pasar la noche y lo utilicé con frecuencia con el fin de adelantar mi trabajo.

## IV

»Siempre que dormía allá arriba, volvía a ver al gigante, y cada vez le encontraba más inquieto y agitado. Era evidente que se sentía importunado y que aumentaban sus ganas de irse de allí; pero creo también que se estaba volviendo cada vez más imbécil, porque, en lugar de ir a dormir a donde yo le aconsejaba, se procuraba toda clase de acomodos imposibles. Intentaba razonar con él en su interés y en el mío prometiéndole que le dejaría tranquilo cuando se instalara donde yo quería verle. No entendía nada, o me contestaba con tales groserías que no tenía más remedio que golpearle, y al sentirse golpeado se desplomaba y entonces asolaba mi prado. Viendo que no había medio de entenderse con semejante bruto, renuncié a ello. Le dejé hacer sus torpes extravagancias, que no conducían a nada, y con frecuencia me dormí oyendo el ruido sordo de sus desiguales pisadas; cada vez estaba más cojo. Comprendí que lo más acertado era seguir rompiéndole los pies, y que no se iría sino a la fuerza, en pequeños trozos.

»Habían pasado ya tres meses. Me sentía fuerte como un novillo, y aprendí deprisa a leer lo suficiente como para entender lo que leía. El tío Bradat, que no comprendía la totalidad de las palabras y las ideas de sus libros, se sorprendía al comprobar cómo se las explicaba. Y es que mi padre, aunque sin darme clase, me había enseñado muchas cosas, y pronto ocurrió que los habitantes de la cabaña me miraron como un sabio que ocultaba sus intenciones. Dejaron de disuadirme de mi proyecto y decidí apresurar su realización mediante algún desembolso.

»Descendí al valle de Lesponne y fui a las canteras de mármol de Campan para contratar obreros. No los encontré. Era verano y todos estaban ocupados con los extranjeros. Me pidieron un precio altísimo. Por lo menos conseguí un poco de pólvora, y volví consolado pensando en la fiestecita que iba a dar a monseñor Yeus.

»A la mañana siguiente corrí a prepararlo todo después de haber advertido a mis compañeros que no se asustaran si oían mucho ruido; cavé la pequeña mina con el instrumento que pude encontrar. No lo hice nada mal; había visto muchas veces realizar aquel trabajo en los caminos de montaña; el corazón me latía con cruel alegría cuando encendí la mecha; había puesto toda la

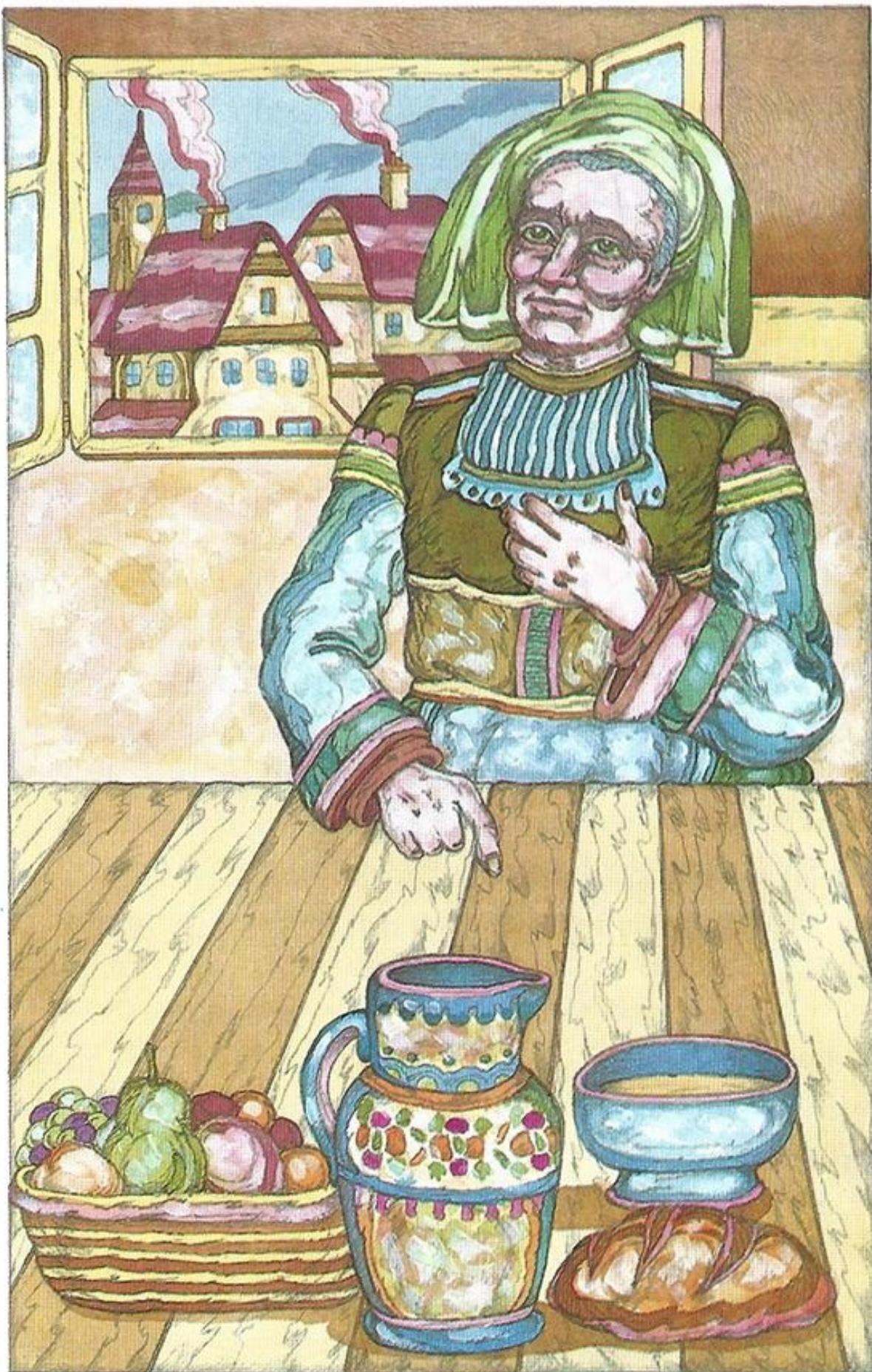
pólvora que tenía, la explosión fue magnífica y estuvo a punto de costarme cara, pues me encontraba demasiado orgulloso como para haber tomado precauciones; pero la garganta del gigante estalló hasta las orejas, porque me había concentrado en su cara, y se quedó con la boca abierta haciendo una mueca tan horrible que solté una carcajada aunque estaba herido y sangraba. Como no tenía nada grave, me levanté rápidamente.

»—¡Bebe mi sangre! —dije a mi enemigo inclinándome sobre su cabeza cortada y calcinada—. ¡Ya ves! Hay un duelo a muerte entre nosotros. Tú no puedes sangrar, pero espero que sufras como hiciste sufrir a mi padre.

»En aquel momento advertí algo que me dio lástima. La explosión había mandado al diablo a un pobre hormiguero instalado en una oreja del gigante. Su pequeño mundo enloquecido no se dedicaba a contar sus muertos y huir; subía otra vez a los escombros con valor para llevarse sus larvas y ponerlas en lugar seguro.

»—Lo siento, os pido perdón —les dije—, debí avisaros; pero os ayudaré a salvar a vuestros hijos.

»Cogí con mi pala de madera un gran montón de aquella tierra aplastada y cavada de galerías y corredores donde reposaban las larvas, y la llevé a cierta distancia. Contemplé a las hábiles hormigas que, después de haberme seguido, volvieron sin equivocarse de camino a hacer el resto del traslado. Se comunicaban entre sí, sin duda se hablaban, se ayudaban unas a otras. Nadie parecía consternado ni desanimado.



»—¡Hormiguitas —les dije—, acabáis de darme una buena lección! Aunque mi trabajo caiga sobre mí, no lo abandonaré.

»Pero estaba completamente solo, y todas mis ideas se centraban en la forma de conseguir ayuda. Todavía no había dado noticias más a mi madre, aunque me hallaba muy cerca de ella.

»Temía, con razón, que me censurara por perder el tiempo acariciando quimeras en lugar de buscar un medio de vida.

»Empecé a preocuparme por la inquietud que ella debía de tener, y fui a verla.

»Efectivamente, estaba inquieta, y me regañó cuando se enteró de que todavía no había ganado nada; pero cuando supo que casi había aprendido a leer y que apenas había gastado algo, se calmó, pues se vio obligada a reconocer que no había llevado una vida de vagabundo. Entonces la abrí mi corazón, le conté cómo había empleado mi tiempo y le confié mis esperanzas. Se quedó muy sorprendida y emocionada, pero también muy asustada. Me habló como me había hablado el tío Bradat y me suplicó que no arriesgara mi dinero en una empresa tan insensata.

»Sin embargo, algo conseguí de ella, pues me dejó ver su cariño por aquel trozo de tierra donde había sido más dichosa que nunca y al que me confesó haber vuelto muchas veces en sueños. No quise insistir demasiado, esperando que quizás con el tiempo la persuadiría. Le prometí hacer algo útil en invierno, porque tendría que abandonar las alturas muy pronto, y le di mi palabra.

»Cuando acabó mi estancia entre las piedras, regalé al tío Bradat un buen pasamontañas de lana de Barèges, y a sus muchachos, diversos objetos comprados para ellos. Nos separamos como buenos amigos, con la promesa de volver a reunirnos el año siguiente, y me fui a buscar fortuna a la zona de Lourdes, en las canteras y caminos. Seguía con mi idea, quería aprender a combatir el peñasco y convertirme en su amo lo más rápido y lo más hábilmente posible. Sólo me dieron un empleo de peón, pero mientras trabajaba observaba la labor de los ingenieros y me esforzaba por entenderlo todo. Gané muy poco aparte de mi sustento. Lo que me sobraba lo empleé en tomar lecciones de cálculo, porque, en lo que se refería a la lectura, ya me defendía solo con lentitud y paciencia; en cuanto a la escritura, la practicaba copiando. Dedicaba a aquello una o dos horas por la noche y la mayor parte de los domingos. Todos me consideraban un excelente muchacho, más

razonable de lo que correspondía a mi edad; en el fondo era un testarudo, nada más.

»En cuanto la primavera hubo derretido la nieve, lo dejé todo para correr a ver a mi madre y comprar una carretilla, un pico, pólvora, un taladro, una maza: en una palabra, cuanto necesitaba para luchar contra mi enemigo.

»Obtuve de mi madre la promesa de que me daría cien francos más cuando hubiera gastado lo que tenía reservado si mi trabajo merecía proseguir; para pronunciarse sobre esta cuestión se comprometía a ir a verlo durante el verano.

»Yo había contratado en Lourdes dos muchachos de mi edad, que me prometieron reunirse conmigo en Pierrefitte, y, efectivamente, allí estaban el día fijado. Eran buenos compañeros, les gustaba trabajar y no causaban problemas. Todo fue bien al principio. No le tenían ningún miedo al gigante Yeus y no les importaba romperle los costados y destrozarle la mandíbula. Nos construimos una cabaña más grande y sólida, pues el invierno había destruido la que había usado, y como el tío Bradat iba cada semana a buscar provisiones al valle, le encargamos que comprara y nos llevara las nuestras sobre su asno.

»Mientras se trató de hacer saltar las rocas, mis compañeros estuvieron contentos; pero cuando hubo que cargar y conducir la carretilla el tedio se apoderó de ellos. Pertenecían al llano, la montaña les ponía tristes, y yo no podía distraerles del aburrimiento de las noches y del irritante ruido de las cascadas. Lo que a mí me parecía tan bello, ellos lo encontraban cada vez más triste, y un buen día descubrí que tenían miedo. ¿Miedo de qué? No quisieron decirlo. Quizá yo había cometido la imprudencia de hablar demasiado en ciertas ocasiones de mi odio hacia aquella roca y, aunque no hubiera contado sus apariencias nocturnas, a las que con frecuencia todavía asistía en silencio mientras los otros dormían, seguramente uno de ellos lo había visto u oído. Sea como fuere, me dijeron que estaban hartos de aquella soledad, y me abandonaron amistosamente, pero tratando de desanimarme.

»No lo consiguieron. Después de haber contratado por mi cuenta a otros muchachos, que adelantaban un poco más la tarea, aunque sin conseguir resultados muy aparentes, de nuevo me quedé solo, con el pretexto de que había emprendido una locura y que abandonarme era hacerme un favor.

»Por primera vez tuve un acceso de desánimo. No pude dormir en toda la noche, y vi al gigante más entero, más sólido, más vivo que nunca, sentado en un bloque en medio de otros bloques que había conseguido aislar. Al claro de una luna un poco velada parecía un pastor guardando un rebaño de elefantes

blancos. Me dirigí a él, conseguí trepar por su rodillas y agarrándome a su barba, llegué hasta su cara, que abofeteé con mi mazo de hierro.

»—Pastorcito —me dijo con su rugiente voz—, vete a buscar otro pasto. Éste es mío para siempre —y señalando los bloques esparcidos—, tú me has dado estas ovejas, pretendo alimentarlas a tu costa hasta el fin de los siglos.

»—Eso lo veremos —repuse—. Crees que has triunfado porque me ves solo; ¡pues bien!, ¡ya verás lo que puede hacer un hombre solo!

»A partir del día siguiente acometí a los bloques con tanto empeño que quince días después el gigante, como ya no tenía una sola piedra, intentó de nuevo marcharse, y dio un paso hacia el dique donde yo le quería acorralar.

»Mi madre vino a verme un domingo con mis hermanas. Yo había limpiado totalmente el lugar donde mi padre había sido aplastado; la hierba, saneada por un arroyuelo, crecía maravillosamente y bellas ancolías azules se miraban en la superficie del agua. Había plantado una cruz de madera en el lugar mismo del accidente y había fabricado un banco de piedra. Mi madre se quedó muy impresionada al verlo, rezó y lloró en aquel sitio y, al contemplar después nuestra pequeña propiedad, de la cual la cuarta parte estaba limpia y muy verde, me confesó que no esperaba verme tan adelantado; pero cuando, después de descansar un poco, entró en la parte más devastada, cuando vio todo lo que me quedaba por hacer, se quedó horrorizada y me suplicó que me contentara con lo que estaba hecho.



»—Puedes —dijo— alquilar este trozo de pasto a tus vecinos de abajo, ahora que tiene un pequeño valor. No sacarás mucho, pero valdrá más que gastar a lo loco.

»Yo no cedía; mi madre se enfadó un poco y me amenazó con dejar de adelantarme dinero. Maguelonne, que empezaba a ser una muchacha mayor, lloró en mi lugar. Se puso de mi parte, me apoyó. Hubiera querido ser muchacho y tener fuerza para ayudarme. Nada le parecía más bello que las alturas; juró que jamás se casaría en una ciudad. No había olvidado su montaña; allí soñaba con volver a vivir cuando encontrara un medio para hacerlo. La pequeña Myrtle no decía nada, pero abría sus ojos azules y corría como una gacela por entre las rocas, presa de una alegría que sentía y demostraba sin poderla explicar.

»Yo había preparado una meriendita a base de fresas con la mejor nata del tío Bradat. Comimos juntos en las ruinas de nuestra casa. Estábamos emocionados, tristes y alegres al mismo tiempo. Mi madre se separó de mí sin prometerme nada, pero me abrazó repetidamente sin poder decidirse a

regañarme. Entonces trabajé solo hasta el final del verano. Cuanto más avanzaba en mi tarea, más me convencía de las dificultades que tendría transportando aquella montaña de piedras. Así que trabajaba mucho más. Ya no bajaba a las cabañas más que un rato los domingos. Como tenía una especie de vivienda, me quedaba allí, y aprovechaba las noches para leer, escribir y contar. Mientras rebuscaba entre los escombros, había hecho un descubrimiento precioso: encontré intacto un viejo cofre que contenía diversos objetos, algunos utensilios de casa y los libros desvencijados de mi padre. Los leí y releí con gran placer, y no me desanimé cuando me dejaban en medio de una aventura, que continuaba yo con mi fantasía. Estaban repletos de hazañas maravillosas que me hacían soñar y encendían mi ánimo. No me aburría nada solo. Aprendí a calcular por cifras la extensión y la duración de mi trabajo, vi que podría conseguirlo por mí mismo en varios años y, dijeron lo que dijeron los demás, me consagré a ello en cuerpo y alma. El gigante estaba tan desmenuzado que ya no intentaba reunir sus huesos para pasear. Me dejaba dormir tranquilo, excepto alguna vez que le oía gemir con la voz de un buey que se aburre en los pastos. Entonces le imponía silencio amenazándole con emplear la pólvora. Sabía que era lo que más detestaba. En esas ocasiones acababa por callarse y yo comprobaba que estaba vencido y que se sentía absolutamente en mi poder.

»Al llegar el invierno hice como el año precedente y gané más. Ya tenía diecisiete años; había crecido y adquirido músculos de primera magnitud. A pesar de mi juventud, me pagaron como a un hombre hecho y derecho. Uno de los señores que dirigía los trabajos se fijó en mí, dijo que yo era más inteligente y más perseverante que los demás y me tomó afecto. A partir de entonces me confió en cualquier ocasión el trabajo que mejor podía instruirme y me hizo un gran favor dándome un lugar en su casa y en su mesa; gracias a eso llegué a la primavera sin haber gastado apenas nada. Se iba a la región y deseaba llevarme como criado y compañero, prometiéndome que me abriría camino en el empleo; pero nada pudo decidirme a abandonar mi cercado. Volví a él en cuanto la nieve me permitió poner los pies en ella.

# V

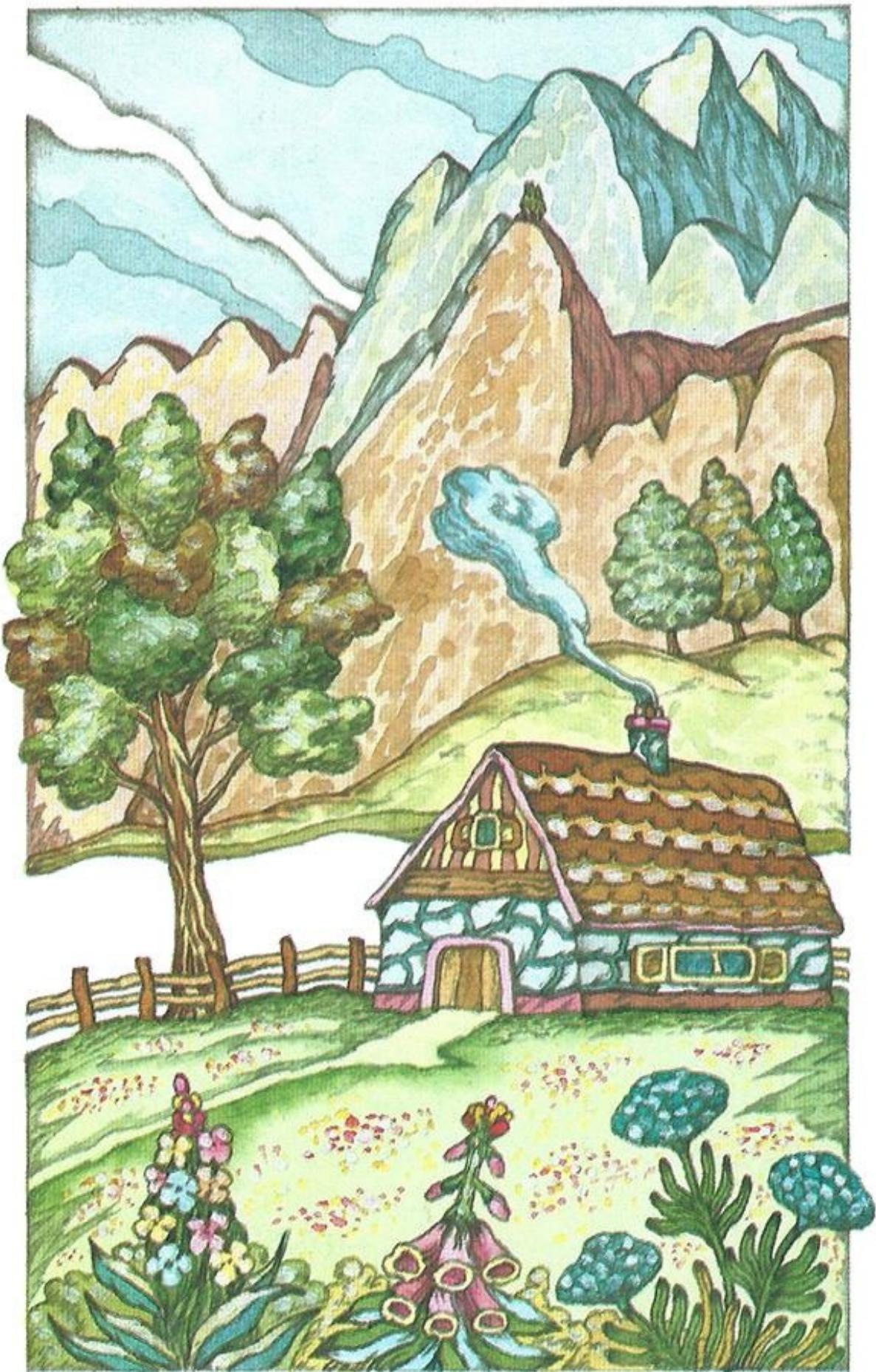
»Casi todo estaba ya roto. Sólo me faltaba el trabajo de la carretilla. No era lo más duro, pero fue lo más aburrido. Allí pasé aquella estación, y la siguiente, y también la de después. Por fin, al cabo de cinco años, vi una hermosa tarde el cuerpo entero y despedazado del gigante trasladado a la ladera cortada a pico de la montaña y formando un precioso dique capaz de contener los hielos de los inviernos más crudos con las arenas que arrastran, las cuales, al encontrar un punto de apoyo, tendían a amontonarse y a aumentar el poder del dique. Mi pradera, que yo había drenado poco a poco con regueros de piedra, vertía sus aguas en el curso del torrente y no necesitaba abono para ser magnífica. Había multitud de flores; un verdadero jardín. Las cabras ya no acudían allí, porque en el segundo año había replantado las hayas que el derrumbamiento había destruido y mis jóvenes árboles eran ya fuertes y frondosos. También, día a día, había arrancado los helechos y las demás malas hierbas que me habían invadido; las había quemado, y la ceniza había destruido el musgo.

»Ya empujaba la última carretilla, seguramente la que hacía el número cuatro mil, cuando me detuve y la solté, pues quería dar a mi hermana Maguelonne la satisfacción de levantarla y que pudiera decir que había sido ella la que había puesto punto final a mi obra.

»Entonces me puse de rodillas mirando al sol para dar gracias a Dios por el valor que me había dado y por la salud que me había permitido gozar para llevar a buen fin aquella tarea, que, según me habían dicho, podría durar la vida entera de un hombre. Y yo no contaba más que con veintiún años. ¡Acababa de entrar en la mayoría de edad y el trabajo estaba hecho! Tenía ante mí la edad adulta para gozar de mi propiedad y recoger el fruto de mi labor.

»El sol se ponía en un esplendor de rayos de oro y de nubes púrpuras; era como un gran ojo divino que me miraba y me sonreía. Las nieves del pico brillaban como diamantes, la cascada cantaba como un coro de ninfas; un ligero viento inclinaba las flores, que parecían besar mi tierra con ternura. Del monstruo que tanto me había hecho sufrir no quedaba nada; estaba reducido al silencio para siempre. Ya no tenía forma de gigante. Cubierto en parte de

verdor, de musgo y de clemátides que habían trepado por la zona por la que yo había dejado de pasar, ya no era feo; pronto no se le vería en absoluto.



»Me sentía tan dichoso que quise perdonarle y, volviéndome hacia él:

»—A partir de ahora —le dije— dormirás todos tus días y todas tus noches sin que te moleste. El mal espíritu que habitaba en ti ha sido vencido; le prohíbo que vuelva. Te he librado de él obligándote a servir para algo. ¡Que el rayo te proteja y que la nieve te resulte ligera!

»Me pareció oír pasar, a lo largo del escarpe, como un gran suspiro de resignación que se perdió en las alturas. Fue la última vez que lo oí, y no lo he vuelto a ver de otro modo de como es ahora.

»A la mañana siguiente preparé la fiesta que quería dar; fui a invitar al tío Bradat, que siempre había sido un buen vecino y un buen amigo, para que se dirigiera a mi casa hacia mediodía con sus muchachos y sus animales, a los que quería dar la hierba de mi prado como regalo; luego corrí a Pierrefitte a buscar a mi madre y mis hermanas.

»—Aquí estoy —les dije—. He terminado, y no he gastado nada del dinero que me guardabais para mi mayoría de edad. Ahora lo necesitaré para comprar un rebaño y construir una verdadera casa, pero en mi opinión debemos compartirlo todo entre los cuatro hasta el día en que mis hermanas quieran establecerse; entonces haremos partes iguales. Mientras tanto, venid conmigo, tengo ahí un carricoche y un caballo para conduciros hasta el pie de la montaña, con buenas provisiones para la comida. Quiero que pongáis un ramo de flores en el cercado de Miquelon.

»Cuando entraron en nuestro pequeño valle creyeron soñar; la cocina campestre estaba dispuesta y enviaba a los aires su largo hilillo de humo azul. El tío Bradat, ayudado por varias mujeres y muchachas de los alrededores que yo había reclutado al pasar, preparaban la comida: las perdices de montaña, que ustedes llaman lagópodos y que son completamente blancas en invierno, los urogallos y los quesos de nata. Yo llevaba el vino, el azúcar, el café y el pan tierno. El rebaño de Bradat se extendía por mi prado y comía de él con gran fruición como para demostrar que estaba bueno. Los mozos ponían la mesa y colocaban los asientos con troncos de abeto y tablas recién cortadas. Todo aquello, cubierto de follaje y de flores, tenía un aspecto festivo. Un ramo de rododendros y de clavelinas colgaba de una cuerda para que mi madre lo izara a un mástil. En cuanto a mí, tuve la sorpresa de una música con la que nunca hubiera soñado. El tío Bradat había invitado a uno de sus amigos, que tocaba el timpano, para hacernos bailar. Después de la comida tuvimos el baile, mis hermanas disfrutaron mucho y no pararon un solo instante. Mi pobre madre lloró de alegría mientras izaba el ramo y Maguelonne se cubrió de gloria mientras levantaba ágilmente la última

carretilla y la echaba al montón. Todo el mundo estaba alegre, y en consecuencia había amistad y bondad. Nadie se emborrachó, aunque no escatimé el vino en absoluto. Nuestros montañeses son sobrios y educados, usted lo sabe.

»Al llegar la noche, llevé de nuevo a mi familia a su domicilio; mi madre me bendijo y me entregó el dinero para construir la casa que usted está viendo y comprar el ganado. Consintió en vivir durante el verano conmigo en el cercado; mis hermanas estaban locas de alegría y felicidad.

»Al año siguiente, cuando estábamos a punto de instalarnos, tuvimos una gran preocupación. Mi madre se puso enferma y creímos perderla; pero cuando estuvo fuera de peligro, la trasladamos a nuestra montaña, donde el aire puro la curó en seguida. Si usted no la ve hoy con nosotros es porque la buena mujer, que no encuentra aquí demasiadas ocupaciones y que siempre quiere ganar dinero para nosotros, está en Cauterets, donde lava y plancha las faldas y los perifollos de las bellas bañistas, sin hablar de las finas camisas de los guapos señores. La reclaman en todas partes porque es buena trabajadora y muy amable. En cuanto a nosotros, ya lo ve usted, estamos bien aquí, y siempre nos apena el final del verano. Pero nos encanta instalarnos de nuevo cuando vuelve el buen tiempo. La caza abunda: nunca nos falta la carne. El señor oso, cuando se decide a venir por aquí, es bien recibido en la fresquera. Los lobos nos molestaron un poco al principio, pero tuvieron su merecido y aprendieron la lección. Nuestro cercado es ahora mejor de lo que nunca fue. He hecho buenos negocios con mis vacas gordas, que voy a vender a la llanura cada otoño para comprarlas otra vez flacas en primavera, hasta el punto de que he podido aumentar mi propiedad comprando el trozo de al lado. Como estaba abandonado, no me costó caro. Ahora vale tanto como el otro, y el año que viene aumentaré mi rebaño al doble, es decir, mi capital en circulación.

»Ésta es mi historia, mi querido huésped —dijo Miquelon terminando—. Si le ha aburrido, le pido perdón. Estaba un poco intimidado, primero por el temor a que no me tomara en serio, y después, por la seriedad con que usted me escuchaba.

—Mi querido Miquel —le respondí—, ¿sabes en qué pensaba mientras calculaba mentalmente el número de tus mazazos y de las carretillas llenas de piedras? En primer lugar, lamentaba que un hombre de tu valor no hubiera sido llamado por el destino para ejercer su perseverante voluntad en un campo más amplio de acción, y luego me he dicho que, fuera cual fuera el escenario, todos nos dedicamos a romper piedras con más o menos fuerza y paciencia.

El hombre capaz de reconquistar su territorio como tú lo has hecho no es un hombre corriente, y lo que más me impresiona de esto no es solamente esa obstinación de campesino, sin embargo muy digna de respeto, sino que fuiste impulsado por un sentimiento más elevado que el interés: el amor filial y la lucha por la fecundidad de la tierra, considerada como un deber humano.



—¡Le agradezco sus palabras! —repuso Miquelon—. Era eso, pero también había algo que usted debe censurar, la creencia en los malos espíritus en la naturaleza.

—¡Oh!, en eso ya no crees ni tú, está claro.

—¡Magnífico! Usted me comprende. Yo era un niño lleno de ensueños y presa de alucinaciones... Y además no comprendía la clave de las creencias. Empecé a leer, vi que no había más que un solo Dios, y que Zeus o Júpiter no era sino uno de sus nombres. El que ha puesto el rayo en las nubes no odia a las rocas que golpea, y las rocas que se derrumban no odian al pobre hombre al que trituran. Además..., ya verá mañana, en lo alto del dique, donde la tierra está amontonada y abonada, he plantado algo así como

un bosquecillo sagrado de flores y adelfillas silvestres en señal de respeto por las leyes de la naturaleza, cuyos símbolos eran los antiguos dioses.

Pasé una noche excelente bajo el techo de Miquelon, y no esperé a que amaneciera para ir a visitar el cercado. Miquelon se encontraba en el establo, pero, adivinando que me apetecía estar un rato solo, tuvo la discreción de dejarme vagar a mi aire. Encontré bellas muestras de plantas, anémonas, narcisos, primulas viscosas, saxífragas de distintas especies raras y maravillosas; pero examiné sobre todo al gigante, aquel monumento que hubiera sido preciso dedicar a la divinidad capaz de innumerables milagros para el hombre, como la paciencia... Allí recogí musgos diversos y preciosos; contemplé los estudiados trabajos de las hormigas y la caza hábil y perseverante de la pequeña araña. Hubiera deseado oír el estertor del gigante, por curiosidad; pero no escuché sino la voz armoniosa y fresca de una maravillosa cascada que caía cerca de allí y cuya agua, bien dirigida por los esfuerzos de Miquelon, acariciaba la pradera cantando un *allegro* muy armonioso.

Miquelon me invitó también a una estupenda comida y me puso en mi camino por agradables senderos. Sólo quiso aceptar como agradecimiento a su hospitalidad unas semillas de flores silvestres cogidas por mí en otras montañas.

Cuando le dije que uno de los placeres del botánico era sembrar en distintos lugares plantas bellas y raras para conservar su especie con vistas a las investigaciones de los demás botánicos, me pareció impresionado y conmovido ante aquella idea y prometió seguir a partir de entonces mi ejemplo en sus excursiones. Poseía, como todos los montañeses en contacto con los aficionados y los turistas, ciertas nociones de historia natural. Quiso conducirme a su casa de Pierrefitte para darme muestras de plantas y de minerales, bellas cristalizaciones sacadas del propio gigante, ranúnculos *glacialis* maravillosos cogidos cerca de los glaciales.

—¿No es verdad —me dijo— que nuestras montañas son el paraíso de los botánicos? En ellas aparecen a la vez las flores y los frutos de todas las estaciones. Al fondo de los valles está el verano y el otoño; si usted sube hasta media altura, encuentra la primavera; más arriba todavía, y aparece la floración que no encontraría en otra parte hasta primeros de marzo. De este modo usted puede coger el mismo día las orquídeas de los primeros días buenos y las de finales de otoño. Es lo mismo para todo, para el aire y la luz. Se le presenta en un día, a medida que sube, el resplandor del sol en los lagos, la bruma del otoño en los altos prados y la majestad de los inviernos en las

cimas. ¿Cómo puede hastiarse la vista ante estas cosas tan bellas aquí reunidas? Semejante riqueza bien merece ser comprada por siete meses de exilio en la llanura. Por eso amamos tanto nuestra montaña y le perdonamos que nos eche cada año. Comprendemos que pertenece a algo que está por encima de nosotros y que debemos contentarnos con las agradables sonrisas que nos dirige cuando volvemos a ella.

Miquelon todavía quiso seguir acogiéndome y sirviéndome en Pierrefitte. Yo estaba un poco avergonzado de ser tan bien tratado por un hombre por el que había hecho tan poco.

—Acuérdese —me dijo cuando nos separamos— que usted dijo antaño a mi padre delante de mí: «Este niño no debe mendigar por más tiempo; tiene algo en los ojos que promete más que eso». Seguí sus consejos, y ¿quién sabe si no le debo haber querido ser un hombre?

Nothan, marzo de 1873.

**Honoré de Balzac**

**La Hilandera**

Cuento escrito a la manera de Perrault

l reino de Mataquín es muy pobre; casi todos sus habitantes se ven obligados a arar, henificar, hacer trabajos pesados y emplearse en oficios bajos. Cada padre de familia posee un pequeño terreno y una choza; las mujeres hilan o hacen punto mientras caminan o se ocupan del cuidado de sus hogares. Hay unos cuantos viejos y algunas muchachas que no poseen más que sus cuerpos; también nobles terratenientes con buenas mansiones, pero su número es tan poco considerable que el rey de Mataquín nunca ha conseguido que los cargos de la corte fuesen ocupados totalmente por gentileshombres, y, a menudo, recurre a los pecheros, que se prestan a ello de buen grado. De ahí deducen algunos autores que es un país como cualquier otro, pero se equivocan, porque las hadas frecuentan este reino y le tienen mucho afecto, quizá porque es pobre. Las chozas, todas similares, están edificadas con barro y pedruscos, y disponen de una gran chimenea por donde llegan las hadas a alegrar y consolar a los desgraciados en sus trabajos. La pobreza del reino es debida a que se trata de un país demasiado montañoso en el que las tierras están en pendiente y llenas de rocas. Sólo existen caminos para las cabras y los hombres; los burros, diestros como son en marchar por las más difíciles veredas, andan difícilmente por allí. Este reino tiene un inconveniente: la falta de comunicaciones. Su comercio es, pues, muy poca cosa, y los inventos de los otros estados tardan mucho en llegar. Los macarrones y bizcochos sólo se hacen para la corte, en donde las almendras garapiñadas no se conocieron hasta la boda de la infanta Berlibiche, tan famosa por sus pequeñas manos y sus diminutos pies, y que se casó con un príncipe de la ilustre casa de Riquete el del Copete. Por eso muchos geógrafos han llamado a este reino el reino de las Chozas; pero lo cierto es que, desde tiempo inmemorial, en los escudos, alrededor de las figuras, se lee: *Fulano III o XXII, rey de Mataquín*, y en el cordoncillo de la moneda: *¡Dios proteja Mataquín!* El rey y los nobles más importantes de la corte son los únicos que tienen caballos de tiro y carruajes. Sus súbditos, poseedores de fortunas muy similares, son prácticamente todos iguales, y por lo tanto de ningún modo sienten envidia los unos de los otros. Hay pocos mendigos. Cuando una familia mataquinesa cae en la miseria, la corte de Mataquín tiene por principio el socorrerla. El beneficio del juego de la corte se destina a esas obras de beneficencia, así que en casa del rey siempre se divierten por caridad. Debido a que la mayoría de los súbditos se dedican a escardar sus tierras, no son propensos a sublevarse como lo hacen

algunos ciudadanos de otros países. Así que, al faltar la política, no hay periódicos. Los mataquineses pagan al rey las contribuciones en especies; con quesos, ganado, niños y otros productos del país, por lo que las rentas del reino son algo muy inseguro y obligan a los reyes a economizar para empalmar un año con otro.

Estos bondadosos monarcas deseaban mucho tener un Louvre en su capital; construirse uno en piedra del país, que es blanda, fácil de tallar y blanca como el queso de Brie, para parecerse a los demás reyes, que tienen todos al menos un palacio, pero sin eximir demasiado a sus súbditos. Este palacio, llamado la *Bombonera*, está decorado con muebles de calidad, grandes espejos de cuerpo entero, techos pintados por pintores de buena escuela y con un montón de cosas bonitas que es inútil detallar. Existe un librito que se vende en casa de la mujer donde se dejan los bastones, paraguas, sombrillas, en fin, cualquier instrumento cortante, que contiene la lista de todas las curiosidades del palacio. El librito cuesta tres reales mataquineses, que valen más que los reales de los otros países, dado que en Mataquín se puede obtener dos veces más de *pain d'épice*<sup>[1]</sup> con un real que en la ciudad de Reims, en Champaña, donde se inventó el *pain d'épice* para curar a una niña francesa que iba con dificultad al excusado. Pero el beneficio que se obtiene del librito se dedica a los huérfanos del reino, a los que se compra un uniforme completo de militar, porque todos ingresan —los varones, claro— en la guardia de los nobles del rey, que está obligado a ser su padre, puesto que ya no tienen, y que se encuentra cómodo en medio de los niños. Por eso, en este país nunca se encuentran niños incluyeros; y el rey está rodeado de una guardia muy leal, de la que hasta el último de sus miembros, en caso de motín, permitiría que lo matasen, ya que están considerados como hijos de su majestad.

Hacía unos treinta años que habían terminado el palacio de los reyes de Mataquín; acababan de colocar la rampa de la escalera principal, y de los accesos al edificio habían quitado las tablas que lo rodeaban, y en las que había este cartel: *Los mataquineses no pasan aquí, por orden de su majestad.* Las verjas doradas estaban colocadas alrededor de los jardines. En fin, todo parecía sonreírle al rey de Mataquín.

Pero apenas había acabado su palacio, dorado las cornisas de la habitación de la reina y pagado los últimos bajorrelieves en donde se ven amorcillos peleándose con rosas, cuando sintió la necesidad de tener, como los demás soberanos, diamantes de la corona. Ahora bien, como su tesoro estaba limpio, le era difícil comprar pedrería suficiente, pues habría endeudado al reino por

mucho tiempo. Quizá no habría conseguido gran cosa ni siquiera vendiéndolo, y él quería un *regente*<sup>[2]</sup> tan voluminoso como el *regente* de Francia, que es, como se sabe, uno de los diamantes blancos más hermosos del mundo.

Este pobre rey, que era nada menos que Bombonín XXIV, alias «el Masón<sup>[3]</sup>», porque acabó el Louvre, cuya construcción se había empezado hacía cuatrocientos años, este pobre Bombonín no dormía, tan grande era su disgusto. Pero se lo ocultaba a sus súbditos, a su corte, a todo el mundo, salvo a la reina, su mujer, y a su hermana, la princesa Verdugado, a quienes se confiaba en los momentos de crisis. Había comprobado de cuánta ayuda le era su esposa, mujer sagaz y activa que no dormía jamás, y que se ocupaba de los asuntos del estado exactamente como un primer ministro. Cuando la gran tosferina produjo tantos estragos en la capital de Mataquín, su alteza real la princesa Verdugado proporcionó sesenta mil reales mataquineses de pirulíes, en lugar de deliberar sobre las medidas que habría habido que tomar contra la invasión de la tosferina; y de esta forma solamente se perdieron cincuenta mil personas, mientras que sin la feliz reacción de la princesa habrían muerto quizá sesenta mil. Es cierto cuanto se ha dicho acerca de que los grandes del reino llevaron el pirulí con una rara abnegación a los puntos del reino en donde la epidemia acometía con mayor violencia.



Pero esa enfermedad no detuvo el curso de la prosperidad del país, porque, por un especial favor del cielo, al año siguiente todas las mujeres del reino se quedaron embarazadas, y varias tuvieron dos hijos. Así que ese año los pañales estuvieron carísimos. Pero la princesa, que tenía experiencia en este tipo de cosas, habiendo previsto el caso, trajo telas de Flandes, y el rey consintió que no pagaran ningún derecho a la entrada del reino, cuyo producto principal es el hilo de cáñamo, dado que todas las mujeres hilan y que en todas partes en donde la tierra es buena los habitantes siembran cáñamo. Entonces los niños tuvieron pañales para poderlos cambiar según sus necesidades.

Cuando Bombonín XXIV le confió a su hermana su deseo de tener diamantes, la reina, que no tenía más que los de su abuela, una princesa de Sajonia-Coburgo, y muy mal contados por cierto, la bondadosa reina, aunque contaba cuarenta y cuatro años, creyó morir de gozo, y la princesa, al verlo, propuso comprar en secreto estrás: unas bonitas piedras blancas frecuentes en

las orillas del Rin y que los orfebres de París saben tallar y pulir tan bien que parecen diamantes auténticos. Hay que acercarse mucho a la persona que los lleva para distinguir la diferencia que existe entre los estrás y las verdaderas gemas.

No era presumible, pues, que pudiera sospecharse que los diamantes del rey y de la reina fueran falsos, porque la etiqueta de la corte era tan severa en cuanto a las distancias, que nadie, a menos que se tratara de un soberano extranjero, llegaría lo bastante cerca de sus majestades como para darse cuenta del fraude. En cuanto a los joyeros hábiles, había pocos en el reino, y además la princesa Verdugado propuso desterrarlos por un tiempo con algún motivo de orden público. Pero al rey no le gustó la medida, que, la verdad, resultaba un poco arbitraria. Y Bombón tuvo fama en vida de ser muy sincero, elogio que hasta los historiadores más severos han confirmado. Cumplía su palabra, pero procuraba hablar poco.

La proposición fue adoptada, pero no satisfacía el deseo del rey; bien porque, al contrario de los demás reyes, no quería ser engañado, bien porque presumía que su conciencia se sentiría incómoda al presentar a sus súbditos diamantes de la corona como diamantes auténticos, sabiendo muy bien que eran falsísimos.

Habló de ello con su confesor y con el capellán de honor, pues era un príncipe muy pío, educado en los buenos sentimientos. Les preguntó si sería pecado permitir que creyera el prójimo, aunque se tratara de su pueblo, que los estrás eran diamantes. El confesor, a quien la reina de Mataquín había prometido un obispado vacante en la provincia de Vete al Garete y que estaba de parte de ella, le dijo al respecto a su majestad Bombón XXIV que desde el momento en que su intención secreta era sustituir, a medida que las finanzas del reino lo permitieran, los diamantes falsos por diamantes auténticos, no podía haber en ello pecado alguno, habiendo sido acometido el asunto por la felicidad de su pueblo y para no oprimirlo con impuestos, que Dios se lo tendría en cuenta y se lo recompensaría, y que los demás reyes permiten que sus pueblos crean, por razones políticas, mentiras aún mayores, que además, siendo dueño de su reino, bien podía dar una orden que otorgara a los estrás un valor superior al de los diamantes auténticos, prohibiéndoles y sometiéndoles a un impuesto enorme, con lo que otorgaría un valor inestimable a los diamantes de la corona. Pasándolos de contrabando, él mismo se enriquecería.

El rey, saboreando tales razonamientos, sólo estaba inquieto por una cosa: por saber a quién podría encargar que comprara los estrás para que el secreto

de estado quedara garantizado. Una vez más, su alteza real la princesa Verdugado sacó a la familia real del apuro proponiendo que se dijera que se encontraba mala del hígado, lo que debía de parecer verdad, dado que la princesa estaba amarilla, y que el primer médico del rey, un hombre muy hábil que había sostenido tesis célebres sobre los ahorcamientos públicos y privados, y que bien sabría comprobar la enfermedad de su alteza en alguna memoria galardonada por la Academia, le había recetado las aguas de Enghien. Entonces ella podría, ahorrando mucho, ir a París de incógnito bajo el nombre de duquesa de Cetrino y comprar en secreto los diamantes de la corona.

La reina, el rey, la infanta y su alteza real la princesa reunieron todo su dinero y el abate de Ignominia prestó, con ciertas precauciones, el de los conventos, obispados y seminarios menores, con el fin de poder adquirir una docena de diamantes legítimos para calmar los escrúpulos del rey, cuya conciencia no acababa de tranquilizarse.

Por fin, su alteza real la princesa Verdugado partió para el largo viaje acompañada sólo de una dama de honor y del barón de la Gran Chanza, lugarteniente general a su servicio y además su galán trinchante. En la corte de Mataquín todos los cargos están relacionados con las cosas de comer, dado que, siendo un estado despótico, las instituciones son un calco de las del imperio otomano.

Hay algunos autores que pretenden que el barón de la Gran Chanza estuvo al tanto del secreto de la princesa y que razones extraídas de la fragilidad femenina les indujeron a emitir dicha opinión, injuriosa para una persona tan discreta. Pero olvidan que la familia real de Mataquín es una de éas en donde se es de lo más severo en cuanto a las alianzas y en donde el orgullo de sangre de las princesas ha dado lugar al dicho: ¡Prudente como una Bombonín! Así que ningún hombre sensato ha creído que el barón de la Gran Chanza haya conocido nunca el objeto del viaje ni que estuviera en él por el menor motivo.

Cuando la princesa partió, la capellanía mayor ordenó oraciones públicas para su curación, y, como después de la distribución de los pañales y pirulís se había vuelto popular, el pueblo se precipitó a las iglesias y rezó por el bienestar de su alteza y el éxito de su viaje, nombrándola madre del pueblo.

Sin embargo, el rey no dejaba de hallarse inquieto por su hermana, a quien quería mucho, dado que tenía que hacer más de mil leguas hasta llegar a Francia; y, además, la infanta, ya toda una princesa llamada la Blancabella —tan blanca, bonita y graciosa era—, iba a cumplir diecisiete años. Su matrimonio era un acontecimiento muy probable que podía suceder de un

momento a otro, y el rey temía tanto no tener los diamantes en esa época como tenerlos; porque no teniéndolos, la reina podría, habida cuenta de su constitución nerviosa, morirse de dolor; y si los estrás hubieran llegado, Bombonín, que era muy prudente, tendría miedo de que su yerno, el suegro y la suegra, personas todas para quienes la etiqueta de las distancias no existiría, se dieran cuenta de su engañifa con respecto a los diamantes de la corona; y de sospecha en sospecha, concibiesen malas ideas sobre la noble y leal casa de Bombonín. Así que su majestad, al acostarse de noche, después de la orden, pensaba a menudo que los reyes no deben colocarse, más que cualquier otra persona, en situaciones equívocas, y lamentaba amargamente haber sido tan ambicioso. Pero como se acostaba con la reina de una forma muy ordinaria, ésta, acostumbrada a leer los pensamientos del augusto esposo en su real fisonomía, sabía disipar esas nubes. Solamente era incapaz de impedirle que soñara con sus estrás cuando ya estaba dormido.

A menudo, durante el día, cuando volvía de cazar o cuando salía del consejo, su majestad se quedaba de pie y se cogía la cabeza con las manos, y viéndolo la reina se decía para sí o a su confesor, el único que conocía el secreto de estado:

—¡Estoy segura de que piensa en sus estrás!...

Y la reina no se equivocaba; su majestad estaba tan intensamente absorbido por las dificultades de la empresa y por las posibles consecuencias, que un día de gran festín le dijo al oído a la reina:

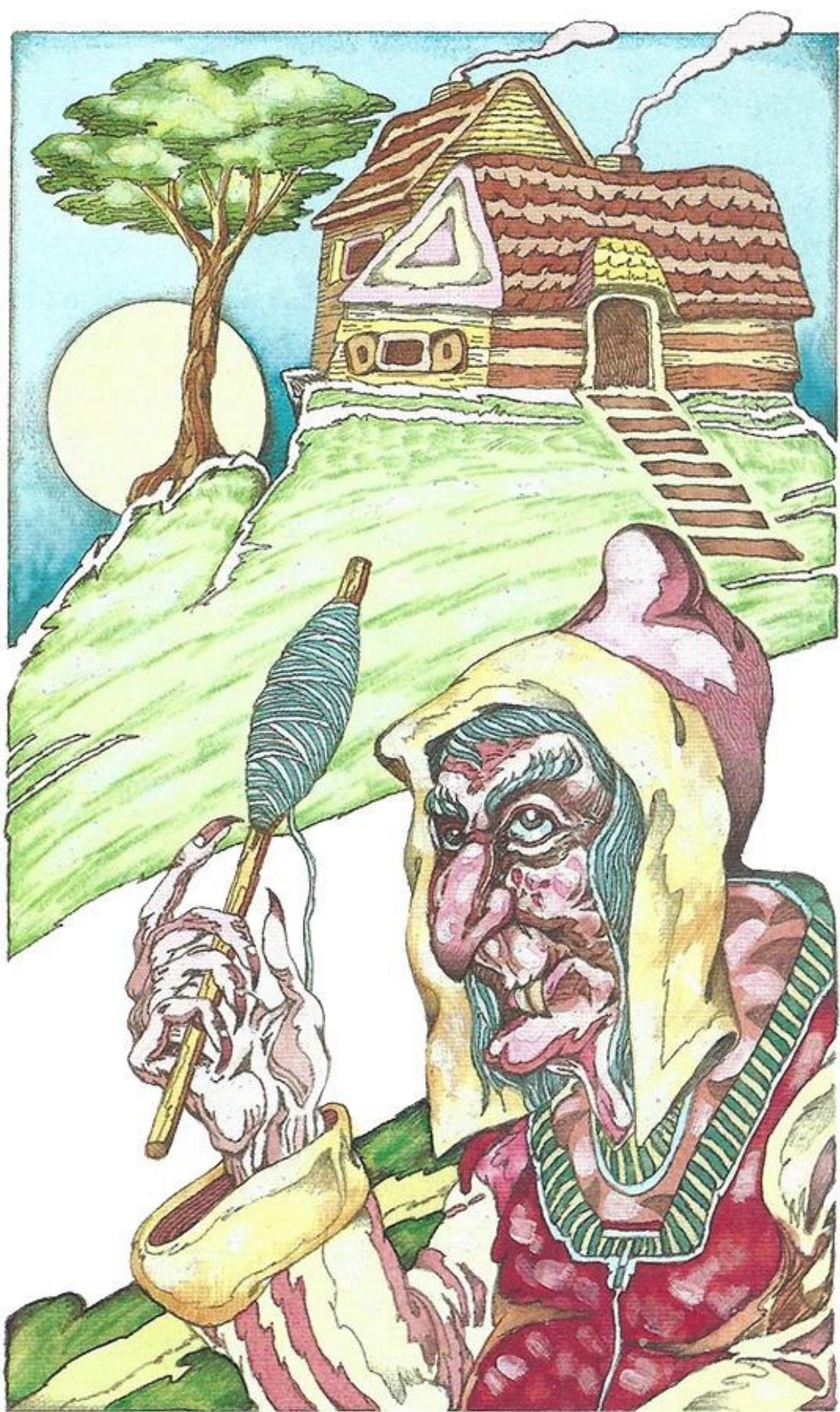
—He matado veintidós estrás... —creyendo decir conejos.

Como la reina se sonrió por la equivocación de aquel buen rey, el público de la galería y los grandes de la corte decían:

—El rey está de buen humor, le ha dicho algo muy agradable a la reina.

Y, sin embargo, era al contrario; su majestad se encontraba muy preocupado porque la corona de estrás ya le pesaba sobre la cabeza.

Así estaban las cosas en la corte del reino de Mataquín, cuando en un pueblo situado a dos leguas de la capital sucedió algo que iba a traer consigo cambios importantes en las costumbres de la familia real. Este pueblo, llamado Techumbres, se asemejaba a un tejado, tan en pendiente se escalonaba sobre una montaña altísima, y sus chozas, apretujadas unas a otras, de lejos parecían tejas.



En lo más alto de la montaña, aún más arriba que el pueblo, había una casa aislada que semejaba hallarse colgada del pico cual una jaula de una pared. En aquella casucha, medio en ruinas, totalmente agrietada, habitaba una mujer muy vieja, de pelo cano, arrugada como su cabaña, negra como ella y como ella sucia y hedionda. Ya no tenía más que dos dientes grandes, amarillos, puntiagudos y doblados como ganchos, que hubieran asustado al diablo. Sus mejillas parecían hojas de pergamo avellanadas, salpicadas de manchas más rojizas que el fondo de la tez, y siempre inquietas. Su vieja nariz era negra y ganchuda como el pico de un papagayo malvado, y su barbilla parecía estar dispuesta a morderla. Su frente se asemejaba a un trozo de roca. Sus blancas cejas se erizaban como las púas de un puerco espín y debajo había dos ojos claros y flámeos como los de un gato montes. Los viajeros que por curiosidad ascendían a lo alto de la montaña, desde donde se divisaban tres provincias del reino de Mataquín, no se atrevían a entrar en la casa al ver a aquella bruja que no dormía jamás e hilaba con una presteza diabólica. Ella hilaba, hilaba de tal forma, que parecía que el huso, el hilo, la rueca y sus dedos resecos estaban inmóviles, tan grande era su rapidez. Los más atrevidos, los que tenían el valor de pararse y mirar por una hendidura de la pared, oían en el silencio: *brr..., brr...*: el ruido de sus dedos, la rueca, el hilo y el huso.

Los habitantes de Techumbres le habían puesto a la vieja el mote de La Hilandera, porque siempre estaba hilando, y porque su hilo, por muy grueso que fuera el cáñamo, era el más fino del lugar. Algunas amas de casa decían que tenía la saliva tan acre, que con ella el cáñamo mermaba como por encanto. El hecho es que un hada no hubiera trabajado mejor. Su hilo de cáñamo se vendía como hilo de lino, y servía para hacer encaje, y costaba tan caro que una libra valía mil francos mataquineses, y ella hilaba una libra por semana. A pesar de ello siempre iba con harapos, no reparaba la choza y dejaba que su hijo fuera miserablemente vestido.

Tenía, en efecto, un hijo, quien, desde que nació, le servía de burro de carga, aunque tendría que haber sido su benjamín. Era el único hijo de su matrimonio con su marido, que en paz descanse, que en vida había sido uno de los mejores cultivadores de cáñamo y que murió de pena, tanto lo había atormentado; maltratándolo siempre, volviéndole loco con sus caprichos, queriendo que el cacharro de las cerillas estuviera a la izquierda, dejando que se quemara la sopa, tirándole de las orejas cuando dormía, escondiéndole los zapatos cuando los buscaba, dándoselos cuando no los necesitaba, pretendiendo tener razón, aconsejándole en cuanto a la siembra del cáñamo,

echándole a los pájaros la mitad de los cañamones. Total, que le hizo la vida tan dura, que él le dejó su parte y, por casualidad, un hijo. Algo bastante milagroso, porque la vieja Hilandera tenía cincuenta y ocho años cuando murió su hombre y se encontró embarazada de tres meses, salvo error. La Academia de Medicina envió a varios comisarios para verificar el hecho, y aparecieron varias memorias en las que el parto fue explicado por razones extraídas de las leyes de los cometas, lo que momentáneamente satisfizo a los doctos y aumentó la fama del primer médico del rey, que se encargaba de explicar los casos extraordinarios.

El hijo que dio a luz la Hilandera era un varón, precioso como un día de primavera. Lo parió durante la noche, en presencia de tres comisarios, a semejanza de las princesas; y cuando los médicos desaparecieron, la choza permaneció iluminada hasta que se hizo de día, y se oyeron ruidos festivos, carcajadas y cantos como si todas las hadas del lugar hubiesen estado bailando. Pero al día siguiente, los que sintieron curiosidad por merodear alrededor de la choza la encontraron sosegada y muda; no había ningún indicio del estropicio que causan los príncipes o los magos con sus carroajes, y la Hilandera estaba dando de mamar al recién nacido, que fue bautizado con el nombre de Faustino, como queriéndole llamar Afortunado.

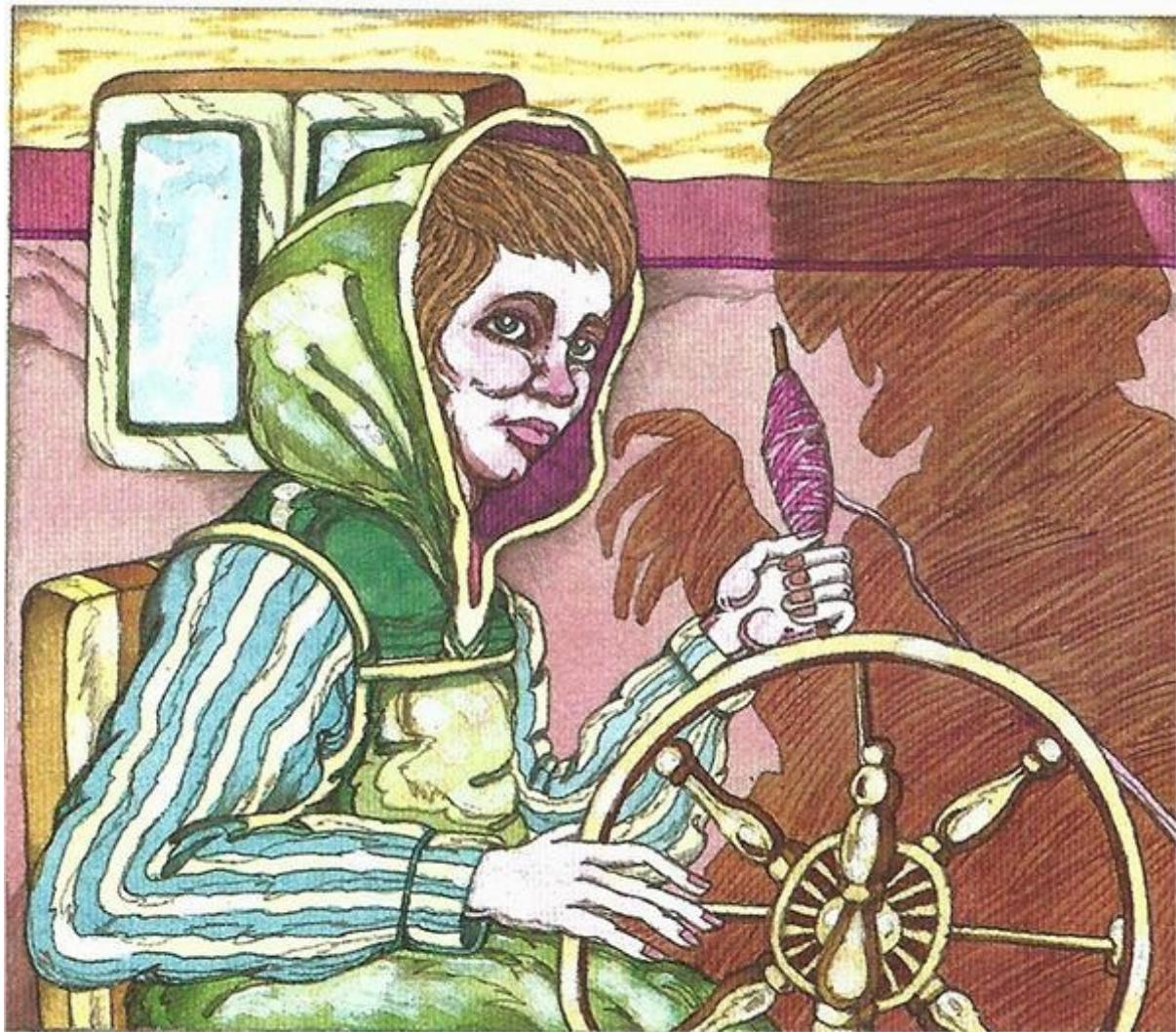
La Hilandera se encargó de desmentir la dicha que ese nombre vaticinaba, y ningún niño fue más desgraciado en el mundo entero. Desde los primeros días, su madre le daba capones para enseñarle a no llorar. El pobrechillo tuvo tal miedo que ya no lloraba ni siquiera para pedir la papilla cuando tenía hambre, y la vieja, que no gozaba de fama de saber criar a los hijos, le daba la papilla cuando le parecía. Así que un día, una buena mujer que pasaba por allí, al contemplar al precioso bebé enclenque, paliducho, debilitándose poco a poco, sin color en las mejillas, con la apariencia de ser vapuleado como la clara de un huevo, le propuso por piedad a la desdentada Hilandera criarle gratis al hijo, pero la vieja dio un gruñido tan horrible que la nodriza tuvo la leche agria durante dos días, tan grande fue el susto. Y fue diciendo por el pueblo que Faustino no tardaría en morir. Sin embargo, los transeúntes siguieron viendo al pequeño chapoteando debajo del colgadizo de la choza, jugando con piedras tiradas por ahí, en la nieve; y todos le compadecían al advertir su cuerpo tiritando a través de los agujeros de sus harapos, mientras que su madre hilaba ante un buen fuego.

Después fue mucho peor; la Hilandera le obligaba a ir completamente solo durante la noche por los precipicios de la montaña, sin inquietarse por si se rompía la crisma, y le dejaba defenderse con sus manos menudas, como

pudiera, de las águilas, allí abundantes, y de los demás animales. Un clamor general se alzó en Techumbres contra la vieja arpía; pero daba tanto miedo que nadie se atrevía a pedirle cuentas sobre el dinero que ganaba y no empleaba en su hijo. Al fin y al cabo, cada madre cría al suyo a su antojo, tratando de conseguir que la obedezca, y Dios es su único juez.

Como la Hilandera poseía el secreto de fabricar hilo de encaje con el peor cáñamo, algunas personas le enviaron a sus hijas para que las enseñara a hilar como ella, pero ninguna duraba más de una semana en el aprendizaje. La vieja les explicaba tan rudamente su oficio, les daba golpes tan fuertes en los dedos con los suyos, que estaban duros como los de un ahorcado, que todas renunciaron, temiendo que los dedos se les rompieran o torcieran, que hubiera sido una pena, porque no debían servirles para hilar solamente.

Pasaron unos quince años, durante los cuales la Hilandera siguió tratando rudamente a su hijo. Pero como, a pesar de esa triste vida, estaba de maravilla y se hacía grande y fuerte, los vecinos acabaron por acostumbrarse a verlo criar de esa forma. Cultivaba las tierras que dependían de la choza y que habían estado en barbecho, y conseguía que diesen el mejor cáñamo del mundo para complacer a su madre, a quien quería mucho a pesar de sus maldades. Pero cuando cumplió los dieciséis años y hubo adquirido fuerza, la Hilandera lo abrumó con tales trabajos que hubieran conseguido que pereciera cualquier otro hombre distinto a él, acostumbrado por su educación a trepar por los precipicios y a soportarlo todo. Por eso la gente le compadecía, pues tenía buen aspecto y era hermoso de cara, hermoso de pelo, hermoso por doquier. Cuando pasaba, cabizbajo y melancólico, las muchachas decían:



—¡Qué pena, matar a un muchacho tan guapo!

En efecto, su madre le asignaba unas tareas que iban a acabar por matarlo. Con la edad se había vuelto aún más lunática y más bruja. Primero mandaba a Faustino a la ciudad para que vendiera su hilo y le trajera el dinero; y lo habría molido a rueczazos si al pobre muchacho le hubieran sisado medio ochavo mataquinés. Así que jamás había errores en las cuentas.

Una de las singularidades del reino de Mataquín reside en la escasez de frambuesas; y no es que no se den los frambuesos, pues, todo lo contrario, en ningún país hay más; pero si las frambuesas no se recogen en un momento determinado, es suficiente un poco de sol y, adiós frambuesas, se queman sin remedio. En cambio, las frambuesas cogidas a punto, principalmente las que crecen en lo alto de las montañas, saben de maravilla, y no hay nada comparable en el mundo. Son tan deliciosas, que parece como si los mismos ángeles las hubieran cultivado y regado como pasatiempo. Ahora bien, la vieja Hilandera quería cada mañana para el almuerzo un plato de frambuesas,

durante la estación entera, y, so pena de ser vapuleado como el hierro en la forja, el muchacho debía traer un cestillo de frambuesas a la vieja de su madre, que se las tragaba pinchándolas una a una con una aguja de hacer punto, sin darle jamás una a su hijo, que comía a su lado, sin murmurar, un trozo de pan negro.

Detrás de las montañas de Mataquín hay un país muy rico con el cual había sido imposible establecer comunicación porque las cumbres eran inaccesibles por ese lado y habría habido que gastar cien veces el valor de Mataquín para abrir un camino. Ahora bien, ese país vecino, que es Gulistán, produce una madera muy rara que alcanza un precio desorbitado, dado que al quemarla exhala olor a violeta y que su calor proporciona salud. La vieja Hilandera solamente quería calentarse con esa madera, que, comparada con el sambuco de Guinea, éste no vale nada. Obtenía de ese país infinidad de cosas que no se conocen en el reino de Mataquín. Así, cuando sus provisiones iban a acabarse, era preciso que el hijo arriesgara su vida atravesando montañas, glaciares y precipicios cubiertos de nieve para ir a buscar para su madre cuanto ésta necesitaba de Gulistán; y el pobreclillo, obediente, seguía repitiendo el horroroso viaje que había hecho por primera vez a la edad de doce años. Todo el dinero que ganaba su madre se iba en satisfacer sus caprichos.

A veces quería camisas de Jangac, hechas con janguequín auténtico, la tela más suave del mundo; y la vieja tenía una piel tan delicada que sólo quería llevar ese tejido. Y luego le daba lo mismo ponerse encima harapos, porque con una camisa así se encontraba como dentro de un vestido de plumas. Otras veces, su hijo tenía que traerle huevos de roca, que es la comida más exquisita, reservada a las hadas, y que hay que ir a coger a los nidos, arriesgando la vida en lo más profundo de los glaciales de Gulistán; también hay nidos de alciones, que vienen de la China, en donde se pagan a precio de oro. En fin, le gustaban las golosinas más caras, que obligaban a Faustino a viajar continuamente por las ciudades de Gulistán.

El jergón de su cama estaba hecho con hojas de gesnel, arbusto de la Cochinchina. Sus sábanas se confeccionaban con una piel del norte muy oscura, odorífera, suave como la de los guantes de Nápoles, y en la que se conservaba hermosa de cuerpo, aunque no de cara. Sólo bebía *agua de oro*, llamada así porque es amarilla; bebida mortal cuando se toma con los labios, pero deliciosa cuando se filtra por un canuto hecho de madera de sampo, que es una madera de Cayena cuya virtud sólo la conocen los sabios y las hadas. El *agua de oro* únicamente se encuentra en los estados del Gran Mogol, en

donde guerreros armados con flechas prohíben acercarse a la fuente, única en el mundo. Algunas veces, por la noche, para la cena, la Hilandera se encaprichaba por una ensalada de orugas, y, por cansado que estuviera, Faustino iba a buscarle las orugas. Otro día quería ancas de rana, y su hijo bajaba hasta el fondo del valle de Galbanson, en donde se encontraban las mejores. En una ocasión se le antojó comer un momonte, para festejar el día de Reyes, y una torta de mandioca, y Faustino estuvo quince días en Gulistán hasta conseguir el momonte, que es un faisán del Indostán, superior en sabor al resto de los animales que se conocen en el mundo. Cuando tomaba café tenía que ser moca. En verano no quería ver ni una sola mosca en la choza; tomaba las bebidas con hielo; en fin, que si todo en su casa tenía la apariencia de la pobreza más horrible, ella llevaba en su barraca una vida de lo más voluptuoso; y la reina de Saba, que durante algún tiempo poseyó el anillo de Salomón, con el cual satisfacía cualquier deseo, no habría sido más feliz que la Hilandera.

Tenía siempre a sus órdenes un hijo que la amaba tiernamente y que estaba dispuesto a romperse los huesos sirviéndola, que se acostaba en un mal camastro de paja y que por ver en los ojos de la vieja de su madre una expresión dulce habría cogido un hierro candente si ella se lo hubiera pedido. Todo el mundo lo compadecía, y él era feliz, porque no hay nada tan bueno en el corazón como querer mucho a la madre.

Pues como desde su infancia lo había acostumbrado a obedecerla, no conocía sensación más agradable que la de ir, venir y trabajar para ella, y gozaba con cuanto le ofrecía.

Pero además Dios había querido recompensarlo por los trabajos. En efecto, en cuanto acostaba a la vieja de su madre en su cama de piel de antílope y, después de besarla en los ojos, iba a echarse rendido en el cofre lleno de paja que le servía de cama, la vieja se levantaba cuando le oía dormir e iba, sin que él lo sospechara, a besarlo en la frente llorando. Entonces, las lágrimas que caían sobre el cabello de Faustino tenían el don de proporcionarle bellos sueños; cosa que nadie, ni el mismo Faustino, sabía. De pronto al joven le parecía estar despierto. Salía de la choza vestido como un príncipe soberano; encontraba en la puerta una yegua con cabeza de mujer, herrada con alas pequeñas, grupa de color gris tordo y cuerpo ágil; se montaba encima, e iba a Gulistán por un camino precioso, lleno de árboles, perfectamente nivelado a través de las montañas; y era bien recibido en cualquier parte; lo reconocían los nobles más importantes de Gulistán y lo trataban con mucha consideración. Bailaba en la corte, en donde admiraban

sus conocimientos, amplios y variados; demostraba talento y sensibilidad, contaba anécdotas interesantes de sus viajes y llevaba una vida extremadamente feliz; aprendía las obras de los poetas de Gulistán, asistía a cacerías, decía cosas muy agradables, las damas celebraban fiestas en su honor y se sentía el joven más feliz del mundo hasta que la voz chillona de su madre le obligaba a salir del camastro diciéndole:

—¡Vamos, holgazán! ¿Quieres levantarte para ir a escardar el cáñamo?

E inmediatamente se levantaba y cogía sus harapos, olvidando que era hijo de rey, y volvía a convertirse en un simple cultivador de cáñamo.

Así alcanzó los veintidós años. Pero esa singular existencia, ininterrumpida, había hecho que él considerara como vida real la que comenzaba por la noche con el requerimiento del beso de lágrimas que le daba su madre, y la penosa vida diurna, como un sueño horroroso mediante el cual expiaba las delicias de su felicidad.

Sin embargo, acabó por darse cuenta de que se equivocaba, y he aquí cómo:

Un día, encontrándose en la capital del reino de Mataquín, adonde había bajado para vender el hilo de la Hilandera, su madre, que entonces tenía ochenta años y que, de milagro, había hilado durante aquella semana dos libras de hilo de encaje para poder comer en Navidad un momonte con puré de nido de golondrina, Faustino se atrevió, en lugar de volver en seguida, a ir al Louvre, terminado por Bombón XXIV y del que se hablaba como de una de las siete maravillas de Mataquín. Pero a la entrada de la verja se encontró con un centinela de la guardia real que le dijo que al palacio del rey no se entraba con andrajos. El pobre Faustino, mirando su ropa, reconoció que, en efecto, no era de lo más apropiado, y entonces se sentó, muy pensativo, sobre uno de los hitos del guardamuebles de la corona, edificio que estaba enfrente de una de las fachadas del Louvre. Quiso el azar que la infanta doña Blanca, cuyos aposentos estaban situados precisamente en esa parte del Louvre, fuera a pasar para ir a la clase de baile, y que al pasar mirase a la calle, en donde divisó a Faustino sobre el hito. También Faustino la vio, y se enamoró locamente de ella. Inmediatamente le preguntó a un señor que se dedicaba a leer los carteles si conocía a la mujer cuyo bonito rostro se distinguía a través de los cristales del palacio, y el señor, que era precisamente un par de Mataquín, le dijo que no era más que la infanta doña Blanca, por quien los príncipes extranjeros enviaban embajada tras embajada con el fin de conseguirla en matrimonio debido a su gran belleza, educación, gentileza y manera, de lo que se hablaba en todas las cortes. Faustino dio las gracias

cortésmente al par mataquinés, que era el canceller de las condecoraciones del reino.



—Señor —le dijo—, no tengo el honor de conocerlos, ¡pero la princesa es asunto mío!

—Claro —dijo el conde de Malandrín—, pero ni lo sueñe mientras no sea condecorado.

—Tiene razón —dijo Faustino.

Cuando doña Blanca volvió a pasar después de la clase de baile, divisó otra vez a Faustino sentado sobre el hito, y, como era una persona caritativa, le envió cien reales mataquineses y un pan de siete libras. Faustino le dio las gracias con la mirada; y ninguno de los dos se imaginaba que se casarían un mes después, en las barbas de los presuntos herederos de las coronas de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Rusia, Baviera, Sajonia-Gotha, Sajonia-Coburgo, Sajonia-Sajonia y otros que encargaban que se hicieran proposiciones, más ventajosas unas que otras, a su majestad muy revolucionaria<sup>[4]</sup> y muy audaz, Bombón XXIV, alias «el Masón».

El encuentro de Faustino y doña Blanca tuvo lugar tres meses después de la salida de su alteza real la princesa Verdugado para Francia, adonde acudía para elegir los diamantes de la corona, y en aquel momento la angustia del rey era terrible.

Al volver a casa de su vieja madre, la Hilandera, Faustino experimentaba una felicidad desconocida y sin cesar renaciente al volverse a acordar de doña Blancabella; y ese placer tan vivo, tan real, le demostró que su vida no era un sueño.

Eso hacía que se olvidara de la horrible cólera que su retraso había debido de concitar en la vivienda.

Tan pronto como su madre lo vio en el umbral de la puerta, gruñó de un modo que hubiera ahuyentado a un rinoceronte, y sus dos dientes adquirieron una expresión tal de amenaza que Faustino se heló de espanto; y bajó los ojos, porque no podía mirar a su madre cuando ella los abría tanto.

Cogió su temible rueca, que era de corazón de serbal, la levantó y le dijo a Faustino:

—¡Ponte ahí de rodillas que te pegue!

—¿Me matará? —preguntó Faustino tirándose de rodillas—, yo que nunca le he desobedecido, yo que soy su hijo, yo que he ido sin murmurar a cualquier parte adonde me haya mandado ir, que nunca le he hablado de mis sufrimientos...

—Todo eso ya lo sé —dijo ella con una voz terrible—. ¿Por qué me lo recuerdas? ¿Crees que me olvido de lo que has hecho?...

Y la rueca seguía levantada.

—Lo que no sabe —prosiguió Faustino asombrado de su osadía— es que estoy enamorado de la infanta de Mataquín...

—¡Oh! Hijo mío —dijo la vieja Hilandera dejando la rueca en su sillón y levantando a Faustino—, eso es otra cosa; tienes que casarte con ella...

—¿Y cómo? —preguntó el joven sorprendido.

La Hilandera se sentó al lado del fuego, sin pensar ya ni en el dinero ni en el huso, y se puso a observar los destellos de los tizones que estaban ardiendo.

—¡Faustino!

—¿Qué, madre?

—¿Cuánto me traes?

—Dos mil libras en escudos mataquineses.

—¿Dónde están?

—Aquí los tiene...

—Ve a buscar a los albañiles del rey y a su arquitecto...

Faustino fue a buscar al arquitecto del rey, que llegó bastante asombrado de que lo llamara una vieja cuyo hijo era un andrajoso. Pero como era curioso y los arquitectos lo único que quieren es edificar, siguió a Faustino después de decirles a sus sirvientes que enviasen un centenar de albañiles más arriba de Techumbres, a casa de la vieja Hilandera, adonde él iba.

La vieja le rogó que le construyese en el lugar de su choza, en la que se encontraba muy estrecha, un palacio del tipo de la arquitectura sarracena de la Alhambra; con balcones, galerías exteriores, columnas, y que lo quería todo de mármol, ya que era más sólido, porque no quería caer en el oropel de las construcciones modernas.

Hablabía con tal despreocupación, que el arquitecto creyó conveniente advertirle que lo que quería costaría varios centenares de millones.

—¡No importa! —dijo ella—. Pero le advierto que solamente podré pagarle en diamantes. Mi hijo ha encontrado su secreto. Haga su presupuesto y los planos. Aquí tiene, para que le sirva de estímulo, una prueba de nuestro agradecimiento, por si quiere darse prisa.

Diciendo esto, levantó con su rueca la piedra que estaba delante del hogar de la chimenea, cogió un diamante bastante grueso, y se lo dio.

Al arquitecto nada le urgió tanto como volver a la ciudad e ir a arreglarse para presentarse en la corte, donde se daba una gran recepción. Como el rey le había concedido el título de barón el día en que terminaron el Louvre, el arquitecto gozaba del privilegio de entrada en la corte, de manera que fue a la ceremonia; y cuando su majestad lo cogió por el hombro y lo llevó hacia una ventana para hablar sobre el edificio, el arquitecto le contó que había a dos

leguas de allí, en el pueblo de Techumbres, un joven que sabía hacer diamantes, y, como prueba, le contó el encargo de la Hilandera y le enseñó el diamante que le había dado. Inmediatamente su majestad ordenó que viniese el joyero de la corona y se encerró con él en cuanto llegó.



Aquella conferencia hizo pensar a todos que iba a encargar pedrerías para la boda de Blancabella, y entre los miembros del cuerpo diplomático se intercambiaron palabras muy agridulces.

El joyero le aseguró al rey que el diamante de la Hilandera era incomparable por su pureza y que se parecía en todo a los diamantes extraídos de las minas de Asia. Bombón pidió inmediatamente su equipo de montaña y se fue, con gran asombro por parte de la reina y de los cortesanos, que, contrariamente a su costumbre, no sabían nada. El rey sólo quiso que le acompañaría su arquitecto.

—Buena mujer, ¿dónde está su hijo? —dijo su majestad al entrar en la choza.

—Sir —dijo ella—, ¿quién sois vos?

—Soy el rey de Mataquín.

—Mi hijo, sir, ha ido a buscar los ingredientes de los diamantes a las montañas de Gulistán, y no volverá hasta dentro de una semana...

El rey se quedó pensativo.

—¿Entonces es cierto que sabe hacer diamantes?

—Tan cierto, sir, como que vos sois el rey de Mataquín y padre de vuestros súbditos.

El anciano rey se había vuelto avaro al envejecer, lo que es un defecto inmenso en el caso de un príncipe e inexcusable en cualquier persona. Ahora bien, la vieja Hilandera, que había mandado a Faustino a Gulistán para que consiguiera un diamante con los dos mil francos que acababa de ganar con su hilo, vio clarísimo, por el gracioso saludo que le hizo su majestad al dejarla, que debido a su avaricia podría atraparlo. El alcance de su vista ya le había permitido adivinar el secreto de estado y los miedos de Bombón, pues su ojos eran mágicos y de ahí le venía su extraordinaria claridad.

Bombón XXIV se consumía de impaciencia mientras Faustino se hallaba fuera. Ordenó que se informaran sobre su familia, y de no ser por la etiqueta sobre las distancias hubiera alojado a la horrible vieja de la Hilandera en su Louvre. Quería proponerle un cargo en la corte, pero ¿qué tipo de título le otorgaría? La madre de un hombre que fabrica diamantes, y que quizás podría conseguirlos tan voluminosos como un huevo de aveSTRUZ, no debía ocupar un puesto subalterno. Y si la nombraba dama de honor de la reina, la nobleza entera pondría el grito en el cielo... Mandó que le propusieran en secreto ser el aya de los niños de Mataquín, pero corrían tales rumores sobre la educación de Faustino, que hubiera comprometido el futuro de la familia real. Y si vacilaba entre su avaricia y el porvenir de los Bombonines, hay que reconocer que la avaricia quedó en desventaja.

Había apostado tres guardias de los cotos de caza entre Techumbres y el Louvre con el fin de que se le informara más rápidamente de la llegada de Faustino. Aquellos preparativos, el trajín y el aspecto preocupado de su majestad hicieron creer en la corte y en la ciudad que debía de haber un nuevo pretendiente a la mano de doña Blancabella. Los chismorreos se establecieron sobre este dato, y de boca en boca llegaron hasta la infanta, a quien su primera doncella le dijo al oído que no se hablaba más que de la inmediata llegada de un príncipe joven que, en lugar de pedirla en matrimonio a través de un embajador, él mismo venía de incógnito a cortejarla, y a doña Blancabella

esto le pareció infinitamente más educado, apasionante y galante que la conducta ordinaria de los reyes.

Por fin llegó Faustino a casa de la vieja de su madre con un diamante de un grosor bastante grande para las dos mil libras mataquinesas.

La Hilandera, que esperaba cautelosamente al hijo, lo escondió en la artesa del pan con el fin de que el rey no conociera la llegada de Faustino más que cuando ella quisiera. Así que le habló de este modo:

—Hijo mío, el rey se cree que posees el arte de fabricar diamantes, y sin duda te rogará que no te lleves tu industria fuera de sus dominios... Al decir esto, el guardia del coto de caza que vigilaba la choza —y al que la vieja había entretenido cuando percibió a Faustino en lo alto de la montaña diciéndole: «¿No ve a mi hijo venir por ese lado?... Vaya a ver», y le había mandado hacia el pueblo—, al oír hablar en la choza, le dijo a la vieja con su vozarrón de guardia de coto de caza:

—Me ha engañado, le está hablando a su hijo, el rey nos ha ordenado prenderlo...

—Discúlpeme, señor soldado —dijo la vieja—, le estoy hablando a mi gato...

Y se puso a acariciar a un angora gordo que antaño había mandado buscar a su hijo a un lugar de Gulistán después de dibujarle su pelo, las manchas y el maullido, pues tenía un maullido especial y una cola que le servía de escoba cuando se encontraba sin ella.

—Minino, minino —siguió diciendo ella—, al rey le gustaría mucho encargarte diamantes...

Y le hablaba al hijo mientras conversaba con el gato.

—Te encerrará... Pero si te encierra, trata al menos de estar cerca de la infanta, porque a ella le gustan los gatos bonitos y te querrá si te ve, pero hazte trajes buenos para estar cómodo y como un excelente gato con buena pinta, un angora de pura raza. Y aunque no sepas hacer diamantes, te cogerá a su servicio.

Oyendo esto, Faustino, a quien la costumbre de ir a cualquier país y de ver mundo le había aguzado el entendimiento, tosió para que su madre comprendiera que imaginaba cuánto quería decirle. Entonces el guardia del coto de caza, al darse cuenta de que aquello no era ni una tos de vieja ni la de un angora, se precipitó a la choza y agarró a Faustino, quien al instante fue conducido ante su majestad Bombón XXIV sin que su madre hubiera podido decirle más que:

—Prudencia, hijo mío.

—¿Eres el hijo de la Hilandera?... —le preguntó el monarca.

—Sí, sir...



—Me han informado sobre tu ciencia lapidaria... ¿Es cierto que sabes fabricar diamantes?

Aquí Faustino dio una respuesta modesta que no quería decir ni sí ni no. Pero el rey pensó: «Tiene toda la facha y los modales de un fabricante de diamantes, y justamente así me lo imaginaba...».

Por lo cual le dijo:

—Tienes que fabricarme diamantes auténticos...

—Sir —respondió Faustino—, para eso se necesitan tantas cosas que dudo de que ejecutéis todos mis caprichos...

—No importa, con que me hagas solamente uno del grosor de un avellana, incluso sin cáscara, te concederé cuanto me pidas...

—Así sea —respondió Faustino.

Dicho esto, su majestad, que era de una prudencia extrema, mandó llamar al conde Malandrín y a dos gentileshombres de su cámara que estaban conversando en el salón azul; y allí les ordenó que despojaran delante de él a Faustino de sus andrajos y le pusieran desnudo como una babosa amarilla, lo que los nobles hicieron inmediatamente, a pesar de las observaciones del joven, que era tímido como una muchacha y se puso muy colorado, porque los cortesanos no pudieron impedir el admirar su blancura y gran corpulencia; pero eran cortesanos viejos, y el mismo Bombonín no pudo impedir el sonreír.

No estando acostumbrado a presentarse con semejante traje, Faustino estaba muy avergonzado; pero se quedó atónito al ver que su majestad ordenaba a los gentileshombres palparle bien por todo el cuerpo para verificar que no tenía diamantes; y durante la operación, que los gentileshombres realizaron con mucha decencia, su majestad mandó al canciller de las condecoraciones quemar en el fuego de su chimenea los andrajos del hombre de los diamantes; pero el resultado de esta búsqueda fue solamente una navaja que Faustino llevaba consigo. Al adivinar las intenciones de su majestad, el hijo de la Hilandera se alegró de haberse tragado el diamante, seguro de volverlo a encontrar si lo necesitaba.

Convencido de que Faustino no tenía diamantes en los bolsillos, el rey le impuso además comprometerse bajo juramento, conduciéndole a su oratorio y obligándole a jurar sobre los evangelios que no llevaba encima ningún diamante. Juramento que Faustino no dudó en hacer, puesto que el diamante estaba dentro de su estómago.

La reina y su hija iban por casualidad a rezar sus oraciones vespertinas al oratorio cuando, al oír la voz del rey, miraron a través de una cortina y, viendo a su majestad con un guapo joven sin camisa, no se atrevieron a entrar por un sentimiento de pudor. Luego, sin decir palabra, se retiraron muy avergonzadas por el incidente, pero también muy desconcertadas por la ceremonia.

Bombonín, encantado, ordenó traer trajes principescos para Faustino, quien, una vez que se los hubo puesto, se sintió el hombre más apuesto del mundo y, como si durante toda su vida hubiera tenido trajes bordados, apareció perfecto. El rey preguntó a Faustino en qué lugar del palacio desearía proceder a la confección del diamante, y entonces, al responder el joven que quería visitarlo con el fin de conocer su orientación, el propio soberano tomó un candelabro de oro y, prohibiendo, so pena de la vida, acercarse al

desconocido a una distancia de menos de veinte pasos, el desconfiado y prudente Bombonín recorrió el palacio mostrándoselo a Faustino como un propietario que le dice a un amigo: «Mira lo que he mandado hacer este año...».

La servidumbre, los del interior del Louvre, los oficiales de guardia y los nobles encargados de ello, viendo a su majestad transgredir la etiqueta y prestar atenciones a un joven desconocido, vestido como un príncipe, creyeron que se trataba de algo nuevo. Acudieron al salón de juego de la reina y le relataron lo que el rey hacía por el príncipe tan impacientemente esperado. Entonces, la infanta, mirando a su madre, se puso colorada, y las dos pensaron que la ceremonia del oratorio sería alguna costumbre secreta de los reyes de Mataquín que se realizaba en el momento de la boda de sus hijas. Al ver a la infanta y a la reina sonrojarse y reírse, la corte entera creyó que conocían la llegada del joven soberano; con lo cual ya no se habló más que de la inmediata boda de la infanta y de la habilidad con que se había llevado el negocio, puesto que nadie conocía el nombre del novio.

—Aquí es, sir... —dijo Faustino al llegar a una habitación contigua al cuarto de aseo de la infanta—, tengo que estar aquí...

Bombonín no puso objeción alguna, y, mandando que viniesen de inmediato los albañiles, encerró a Faustino en la habitación que había elegido y condenó la puerta. Acomodaron un torno para pasarle al hijo de la Hilandera lo que pidiera. Su majestad colocó debajo de las ventanas y delante de la puerta, en el pasillo, dos centinelas que eran relevados cada hora y que debían disparar contra los indiscretos. Tras haber tomado cuantas precauciones le sugería su prudencia, el rey se puso a esperar el prometido diamante.

La infanta se enteró de las medidas extraordinarias ordenadas por su padre y de que al príncipe, que era la causa, le habían metido detrás de su cuarto de aseo; de manera que por la noche, en lugar de dormir, hizo un agujero en la pared para volver a ver al hombre misterioso que el azar le había ofrecido primero en harapos sobre el hito, en la calle, luego desnudo en medio del oratorio de su padre y por fin vestido como un príncipe, con deslumbrantes bordados; y siempre bello como la luz.

Estaba apasionadamente enamorada de él porque adivinaba que el joven la amaba con ternura.

Hizo, pues, el agujero muy limpiamente y a la luz de una lámpara divisó al joven haciendo otro a su vez, lo que le alegró mucho. Pero como ella había

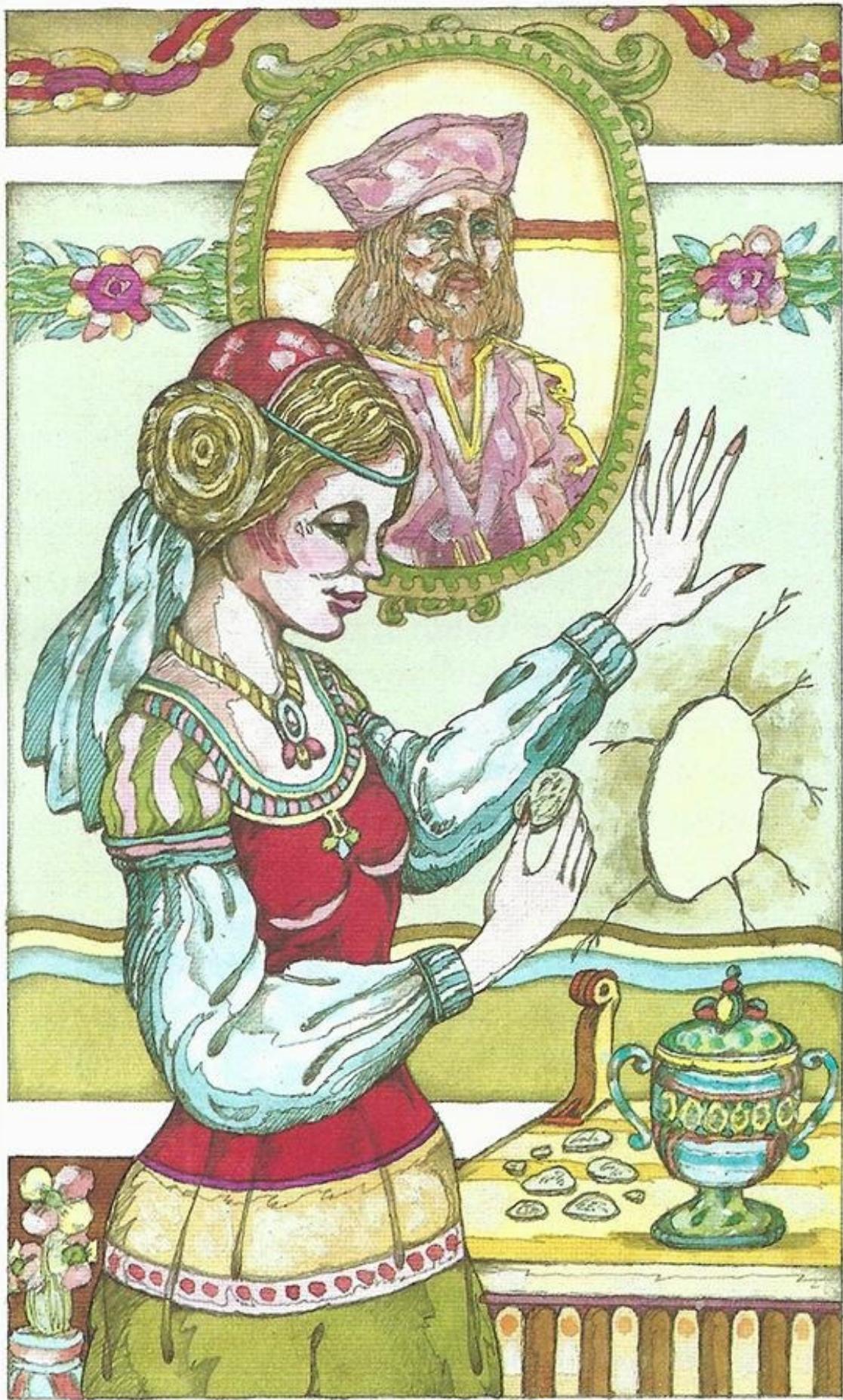
sido más rápida, pues las muchachas son más hábiles con sus manos que los hombres, le gritó muy contenta:

—¡Príncipe, el mío ya está!...

Faustino se asomó al agujero realizado por la infanta y la reconoció. Durante un ratito se quedaron como atontados mirándose y no sabiendo qué decirse, tal era el placer por volverse a encontrar. Él se atrevió a meter la mano por el agujero como para agrandarlo, pero en realidad era para coger la mano de doña Blanca, que era la más pequeñita y mona que jamás se haya visto, y la infanta se la entregó sin hacerse de rogar; y Faustino, acercándola hacia sí, la besó suavemente, como se besan las manos de las princesas. Entonces, sin dejar de contemplarla ardientemente, le contó por qué el rey lo había encerrado en aquella habitación.

—Señora —le dijo por último—, no quisiera engañaros ni a vos ni a vuestro padre. Yo no sé fabricar diamantes, pero os quiero mucho, y ha sido mi gran amor el que ha hecho que me inventara estos procedimientos para veros. Y besó de nuevo la mano que doña Blancabella le había permitido coger durante el relato.

A la infanta le pareció que la invención de tales artimañas era algo más útil que la de los diamantes, que no le preocupaba en absoluto, y pensó que los dos ojos flámeos del atractivo Faustino valían por todas las pedrerías del mundo. Así es que los dos enamorados decidieron casarse; y como necesitaban el consentimiento del rey y de la reina, a la mañana siguiente, después de informarle Faustino de dónde había metido el diamante y la promesa de su majestad al respecto, doña Blanca le dijo que haría cuanto pudiera durante el tiempo que el diamante empleara en salir. Después volvieron a tapar el agujero que utilizaban para sus amores.



Al día siguiente, Bombón, que había soñado con los diamantes, fue corriendo a la ventanilla para ver al fabricante, y Faustino le dijo que los guardias del coto de caza le habían prendido de una forma tan brutal, que habían derramado la mica en polvo de Gulistán y el carbón de raíz de urace sin los cuales no podía hacer nada. Inmediatamente su majestad, tras ordenar que le explicaran cómo era la mica en polvo de Gulistán y el carbón de raíz de urace, envió al abate Ignominia, su confesor, a buscarlos por el camino con un montón de oficiales. Él se quedó conversando en la ventanilla como una hora o más con Faustino, a quien encontró prodigiosamente culto, lo que dio lugar a que tuviesen que esperar durante mucho tiempo las audiencias. Su majestad se fue de caza inmediatamente después de haber oído misa, con el propósito de ofrecerle a su fabricante de diamantes las perdices, las gangas y todo lo que matara, pues ya sentía mucho afecto por Faustino.

Así pues, el hijo de la Hilandera compartió la comida del rey, porque el abate Ignominia no encontraba el carbón de raíz de urace. Pero como Faustino no estaba acostumbrado a comer las salsas ni los otros platos que confeccionaban para su majestad, tuvo unas flatulencias terribles en el vientre; y por la noche se lo dijo a la infanta, de lo que los dos se alegraron mucho porque el diamante tendría que salir más rápido.

Así que por la mañana, cuando su majestad, inquieto por saber cómo había pasado la noche Faustino, acudió a la ventanilla del aposento del fabricante, el hijo de la Hilandera le dijo:

—Sir, en la pared he encontrado un poco de mica en polvo y, aunque no tenía raíz de urace, no he dejado de haceros un diamantito, minúsculo, dado que no tenía suficientes ingredientes, pero no hay nada que me cueste con tal de complacerlos.

Y le entregó al rey el diamante, que había limpiado muy bien.

Bombón lo encontró de una pureza extraordinaria, y se liberó del tormento de los estrás. Sacó a Faustino de su prisión y se lo presentó a la audiencia como un gran personaje a quien la corte debía respetar como a él mismo. Faustino le pidió la mano de la infanta, y Bombón, fiel a su palabra, se la concedió sin problemas.

Pero mientras tanto doña Blanca le había confesado a la reina, su madre, que se mataría si no se casaba con Faustino, aunque fuera el hijo de una hilandera y no supiera hacer diamantes. La reina, asombrada, comprendió que el rey podía ser víctima de una trampa y que en ello iba el honor de la familia real. Llegó corriendo en el momento en que su majestad se dirigía a la capilla seguido de su yerno, cuya protección ya solicitaban los cortesanos.

—Sir —le dijo al oído—, corréis el riesgo de ser víctima de vuestros caprichos, y la familia real se está comprometiendo...

Y se lo contó todo. Su majestad disimuló su enfado porque iba contra la etiqueta de la corte que el rey mostrara sus disgustos en público, pero dio órdenes secretas para el arresto de Faustino, mandando que se reuniese una comisión de justicia para decidir sobre su suerte, y si era condenado a muerte, ejecutarlo en dos horas; esperaba que la infanta no volviera a pensar en él...

Grande fue la sorpresa de la corte cuando, en la galería principal, al regreso de la cacería, arrestaron a Faustino.

Al verlo pasar encadenado, la princesa fue corriendo desmelenada a echarse a los pies del rey, al que dijo cosas muy commovedoras amenazándolo con dejar de comer hasta morirse o con perecer de la forma en que acabara su querido Faustino.

—Pero, hija mía —dijo el rey—, no podría darte por suegra a una rústica...

—Sir —dijo ella—, apuesto a que es de sangre real; se ve en su forma de andar: se contonea como los príncipes de la rama de los primogénitos a quienes nuestro abuelo usurpó la corona...

—Una razón más para procesarlo —respondió Bombón, que era un gran político.

—Al contrario, una razón más para casarnos —respondió la infanta.

A la reina, que era buena en el fondo, le impresionó la idea de la infanta e incitó al rey a verificar el hecho. El rey, la reina y la infanta, asistidos por el juez mayor y el conde de Malandrín, antiguo embajador que había conocido cuatro reinados, sacaron a Faustino de la prisión y lo llevaron a la choza de la vieja Hilandera.

Nunca se había hallado gente tan extraordinaria ni personas tan bien vestidas en la arruinada choza donde estaba hilando la vieja, que se entretenía regañando a su gato.

—¡Ah! Aquí estás, malvado —dijo a su hijo—. Disculpad —continuó saludando al rey—; mi hijo habrá disgustado a su majestad...

—Madre, estoy condenado a muerte y vengo a despedirme, pues no es presumible que sea hijo de rey. Le ruego que me dé su bendición y perdone mis pecados.

Y se arrodilló para besar la mano reseca de la vieja arpía.

—Me han castigado por tener demasiada dicha, y la de besar la mano de la infanta bien merece la muerte.

—Hijo mío —volvió a decir la Hilandera—, no está bien que reciba a la corte en este estado.

Rogó al rey y a su séquito que se sentaran, y se metió detrás de la artesa del pan para asearse.

—¿Permitís que mi hijo me sirva una vez más, sir? —preguntó ella.

—¡Sí, sí..., buena mujer! —contestó el rey.

Era un espectáculo como para partirle el corazón al más insensible; así que la infanta lloraba sin temor a comprometerse.

—Ve a buscarme hilaza para hacerme una peluca... —dijo la Hilandera a Faustino.

Faustino puso el resto de hilaza que había en la rueca sobre la cabeza de su vieja madre besándosela. Inmediatamente la hilaza se convirtió en una melena rubia y juvenil que hubiera sido la envidia de la mujer más favorecida en cuanto a melenas.

—Ve a buscarme la rueca y atrapa al angora...

Faustino le dio la rueca, y la infanta le ayudó a coger al angora. La Hilandera, agarrando la rueca, tocó al angora, éste se convirtió en un lince alado de la especie más bonita. A continuación, los harapos de la Hilandera se metamorfosearon en un vestido del color de las montañas y apareció con su verdadera forma, que era la de la más encantadora de las hadas.

—¡Soy —dijo— el hada Estudiosa! Me habían condenado a permanecer vieja y fea durante cien años por hacer una falta de ortografía en una ley votada por el consejo de hadas, y a no recuperar mi forma hasta que un niño me quisiera a pesar de que lo maltratase. Éste, a quien he criado y educado, es el biznieto de Bombón XIX, el que abandonasteis y cuya familia se refugió en las montañas... Podéis concederle a la infanta, y, en lugar de diamantes, él os proporcionará miles de momentos felices.

Dichas estas palabras, el conde de Malandrín miró a Faustino con mayor atención y le encontró un cierto parecido con los Bombonines de la rama de los primogénitos.

Era imposible no creer al hada Estudiosa; y Faustino, reconociendo en ella a una madre buena y tierna, se precipitó a sus pies y le besó sus bellas manos.

Los dos ojos de la Hilandera habían encendido las mechas de una lámpara de oro que cogió de encima de la artesa y que sostuvo con la mano izquierda. Luego, sentándose graciosamente sobre el lince, agitó su varita y desapareció a buen trote por el tejado, que se abrió para dejarla pasar.

Inmediatamente, el rey de Mataquín le concedió la mano de la infanta al príncipe Faustino, quien fue proclamado heredero del reino.

Bombonín aún vivió unos diez años, durante los cuales, su yerno, sacando provecho de sus conocimientos y de los viajes hechos a Gulistán, construyó espléndidas carreteras en las montañas que separan los dos reinos, y de esta forma abrió una nueva fuente de prosperidad mediante el intercambio de productos entre Mataquín y Gulistán; y el tesoro del estado aumentó tanto, que en el momento del bautizo del primer hijo que tuvo con Blancabella, su virtuosa mujer que siempre le amó, todos los grandes de la corte tenían sus condecoraciones de diamantes auténticos, en algo tan común se habían convertido.

El hada Estudiosa acudía de cuando en cuando a ver a los dos esposos, y éstos la recibían con la deferencia debida a una persona hacia quien se sentían tan en deuda.

La princesa Verdugado se casó en secreto con el barón de la Gran Chanza, a quien se le concedió el tratamiento de alteza real.

Esto debe enseñar a los niños a obedecer siempre a sus madres en todo lo que les manden; y a los reyes a no permitir que sus hermanas viajen sin tomar grandes precauciones.

**Alejandro Dumas**

**Las gachas de la condesa Berta**

# Prefacio

Debo deciros de entrada, niños míos, que he recorrido el mundo un poco y que, en calidad de viajero, quizá os haga un día un Robinson que no será equiparable al de Daniel de Foe, pero sí ciertamente a todos los que se han hecho después.

Ahora bien, durante uno de esos mil viajes de que os hablaba hace un momento, estaba yo en un barco de vapor remontando el viejo Rin, como lo llaman los alemanes, sin perder de vista, con mi mapa y mi guía sobre la mesa, aquellos hermosos castillos a los que el tiempo, sirviéndome de una expresión de un poeta amigo, ha desmenuzado las almenas en el río. Llegaban ante mí contándome cada uno su pasado más o menos poético cuando, para gran asombro mío, observé, como ya había hecho más de una vez desde Colonia, a un tal señor Taschenburch, nacido en 1811, es decir, el mismo año que aquel pobre rey que jamás vio su reino. Aquél a quien yo me dirigía era un hombrecillo que se asemejaba a un cuaderno repleto de verso y de prosa que despachaba al primero que se tomara la molestia de hojearlo; así pues, le pregunté qué era aquel castillo.

Él se concentró un momento y en seguida me respondió:

—Ese castillo es el castillo de Wistgaw.

—¿Se puede saber a quién pertenecía?

—Ciertamente. Perteneció a la familia de Rosemberg y, habiendo llegado a un estado ruinoso hacia el siglo XIII, fue reconstruido por el conde Osmond y la condesa Berta, su mujer. Esta reconstrucción dio lugar a una tradición bastante singular.

—¿Cuál?

—¡Oh!, eso no le divertiría, es un cuento de niños.

—¡Diablos!, querido señor Taschenburch, se equivoca usted. ¡Ah!, usted cree que su leyenda no me divertiría porque es un cuento de niños. Pues bien, tenga.

Saqué de mi bolsillo un pequeño volumen bellamente encuadrado y se lo mostré; aquel volumen contenía *Caperucita Roja*, *Piel de asno* y *El pájaro azul*.

—¿Qué me dice de esto?

—Digo —respondió seriamente— que esos tres cuentos son simplemente tres obras maestras.

—Entonces no pondrá ninguna objeción a contarme su leyenda.

—Ninguna, pues veo que se dirigirá a una persona digna de apreciarla.

—Pero usted sabe que en los cuentos de hadas el título es muy importante.

Vea qué hermosos títulos: *Caperucita Roja*, *Piel de asno* y *El pájaro azul*.

—Pues bien, el título del mío no es menos interesante.

—¿Cuál es?

—*Las gachas de la condesa Berta*.

—Mi querido señor Taschenburch, se me hace la boca agua.

—En ese caso, escuche.

—Escucho.

Y empezó así:



# ¿Quién era la condesa Berta?

rase una vez un valeroso caballero llamado Osmond de Rosemburg, el cual eligió por esposa a una bella joven llamada Berta. Berta no hubiera podido compararse, bien lo sé, con las grandes damas de nuestros días, aunque fue ciertamente tan noble como la que más, pero no hablaba más que el alemán, no cantaba en italiano, no leía en inglés y no bailaba ni el galope, ni el vals de dos tiempos, ni la polca; sin embargo, era buena, dulce, compasiva, procuraba con esmero que ningún aliento empañara el espejo de su reputación y, cuando recorría sus pueblos, no lo hacía en una elegante calesa con un perro King Charles sobre el asiento delantero, sino a pie, con su bolsa de limosna en la mano; un «Dios se lo pague», dicho por la voz agradecida del viejo, de la viuda o del huérfano, sonaba más dulce a su oído que la más melodiosa balada del más célebre *minnesinger*<sup>[5]</sup>, balada por la que a veces pagaban una pieza de oro los mismos que negaban una pequeña moneda de cobre al pobre que estaba de pie medio desnudo y tiritando en el camino con su sombrero agujereado en la mano.

Así, las bendiciones de la comarca entera caían como un suave rocío de alegría sobre Berta y su marido. Mieses doradas cubrían sus campos, enormes racimos de uvas hacían crujir sus parras y si alguna nube negra cargada de granizo y de relámpagos se acercaba a su castillo, un soplo invisible la empujaba en seguida hacia la residencia de algún malvado castellano sobre la cual iba a estallar y a hacer estragos.

¿Quién rechazaba de esa forma a la nube negra y quién preservaba del rayo y del granizo los dominios del conde Osmond y de la condesa Berta? Voy a decírselo: eran los enanos del castillo.

Tengo que informaros, mis queridos niños, de que hubo en otros tiempos en Alemania una raza de geniecillos buenos que, por desgracia, desapareció

después, de los cuales el más grande apenas alcanzaba seis pulgadas de altura, y que se llamaban *cobolds*. Estos geniecillos bondadosos, tan viejos como el mundo, se encontraban a gusto sobre todo en los castillos cuyos propietarios fuesen buenos a los ojos de Dios. Detestaban a los malvados y les castigaban con pequeñas jugarretas, mientras protegían, por el contrario, con su poder, que alcanzaba a todos los elementos, a aquéllos cuya bondad natural igualaba a la suya; he aquí por qué aquellos enanitos que desde tiempo inmemorial habitaban el castillo de Wistgaw, después de haber conocido a sus padres, a sus antepasados y a sus ancestros, querían muy particularmente al conde de Osmond y a la condesa Berta, y empujaban con su soplido muy lejos de sus benditos dominios la nube cargada de granizo y relámpagos.

# El viejo castillo

Un día, la condesa Berta abordó a su marido y le dijo:

—Mi amado señor, nuestro castillo se hace viejo y amenaza ruina; no podemos quedarnos por más tiempo con seguridad en esta mansión tambaleante, y creo, salvo que penséis lo contrario, que deberíamos hacer construir otra morada.

—No deseo otra cosa —respondió el caballero—, pero hay algo que me inquieta.

—¿Qué?

—Que, a pesar de que nunca les hayamos visto, no he dejado de oír hablar de esos buenos *cobolds* que viven en los cimientos de nuestro castillo. Mi padre había oído decir a su abuelo, que lo supo por uno de sus ancestros, que estos geniecillos eran la bendición de la casa; probablemente se habrán acostumbrado a esta vieja mansión; si les molestáramos desplazándoles y nos abandonasen, tal vez nuestra alegría se fuese con ellos.

Berta aprobó aquellas palabras llenas de sabiduría, y su esposo y ella decidieron habitar el castillo tal y como estaba antes de contrariar en nada a los buenos geniecillos.

# La embajada

La noche siguiente, la condesa Berta y el conde Osmond estaban acostados en una gran cama con baldaquino sostenido por cuatro columnas salomónicas cuando oyeron un ruido como el que haría una multitud de pasitos que se aproximases provenientes del salón. Un instante después la puerta del dormitorio se abrió y vieron acercarse hasta ellos una embajada de esos enanitos de los que acabamos de hablar.



El embajador que iba a la cabeza estaba ricamente ataviado a la moda de la época: vestía un abrigo de piel, una casaca de terciopelo, un pantalón a

media pierna y zapatitos desmesuradamente puntiagudos. Al costado llevaba una espada del más fino acero, cuya empuñadura era un solo diamante. Sostenía educadamente en la mano su pequeño birrete cargado de plumas y, acercándose a la cama de los esposos que les contemplaban con asombro, les dirigió estas palabras:

*Ha llegado hasta nosotros el rumor de  
que, con la esperanza de prósperos destinos,  
un gran deseo os ha venido esta noche  
de reconstruir el castillo de vuestros padres.*

*¡Y bien está, pues la mansión es vieja!  
La edad mina al viejo gigante de piedra,  
y, en los días lluviosos, el agua  
se filtra a través de su abrigo de hiedra.*

*Que el antiguo burgo verde, pues, derribado:  
y que de él surja una casa más bella,  
pero, por vuestros antepasados, que la antigua virtud  
vaya a habitar a la morada nueva.*

El conde Osmond estaba demasiado asombrado por lo que sucedía como para responder a aquellas palabras de otra forma que con un gesto amistoso de la mano; pero el embajador se contentó con aquella gentileza y se retiró después de haber saludado ceremoniosamente a los dos esposos.

Al día siguiente, el conde y la condesa se despertaron muy satisfechos: la gran dificultad estaba resuelta. En consecuencia, gracias al consentimiento de sus buenos amiguitos, Osmond hizo traer a un hábil arquitecto que, el mismo día que condenó al viejo castillo a ser demolido, puso a una parte de sus hombres manos a la obra, mientras que los otros sacaban nuevas piedras de las canteras y abatían los grandes robles destinados a servir como vigas y los pinos destinados a servir como viguetas. En menos de un mes el viejo burgo fue derribado a ras de la montaña, y como el nuevo castillo no podría ser alzado, a decir del propio arquitecto, antes de tres años, el conde y la condesa

se retiraron, esperando aquel momento, a una pequeña alquería que tenían en los alrededores de su antigua casa.

# Las gachas con miel

Sin embargo, el castillo avanzaba rápidamente, pues los albañiles trabajaban allí de día y los enanitos de noche. Al principio, los obreros se habían espantado al encontrar cada mañana, al volver al trabajo, el castillo levantado en varias hileras. Hablaron de ello al arquitecto, que habló de ello al conde, el cual le confesó que, sin estar totalmente seguro, todo le inducía a creer que eran sus pequeños amigos los enanos, quienes, sabiendo lo impaciente que estaba por entrar en su nueva casa, se dedicaban a realizar aquel trabajo nocturno. En efecto, un día se encontró sobre los andamios una pequeña carretilla no mayor que una mano, pero tan admirablemente hecha en madera de ébano bordeada de plata que se hubiera dicho que era un juguete fabricado para el hijo de un rey.

El albañil que había encontrado la carretilla se la enseñó a sus compañeros y por la noche se la llevó a su casa para dársela a su hijito; pero, en el momento en que éste iba a ponerle la mano encima, la carretilla se puso a rodar sola y escapó por la puerta a una velocidad tal que, por más que el pobre albañil corrió tras ella con toda la fuerza de sus piernas, desapareció en un segundo. En el mismo momento oyó pequeñas carcajadas agudas, estridentes y prolongadas: eran los *cobolds*, que se burlaban de él.

Por lo demás, fue una gran suerte que los enanitos se hubiesen encargado de la obra, pues si no hubiesen hecho su buena parte, al cabo de seis años el castillo no hubiera estado aún terminado. Es cierto que aquello iba en beneficio del arquitecto. Estos honorables removedores de piedras tienen la costumbre —Dios os guarde, mis queridos niños, de aprenderlo a costa vuestra— de mentir normalmente en la mitad.

Así pues, hacia el final del tercer año, cuando la golondrina, después de despedirse de nuestras ventanas, se despedía de nuestros climas; en la época en que los otros pájaros que se ven obligados a quedarse en nuestras frías regiones se vuelven más tristes y más escasos, el nuevo castillo comenzaba a tener una cierta apariencia, pero se hallaba, sin embargo, muy lejos de estar terminado. Viéndolo la condesa Berta un día en que dirigía el trabajo de los obreros, les dijo con su dulce voz:

—Y bien, mis buenos trabajadores, ¿avanza la obra tanto como podéis hacerla avanzar? He aquí que el invierno llama ya a la puerta y el conde y yo estamos tal mal alojados en esa alquería, que querríamos abandonarla por el hermoso castillo que nos construís. Vamos, hijos míos, apresuraos y procurad que entremos en él dentro de un mes, y yo os prometo que el día en que pongáis el remate en la torre más alta os obsequiaré con unas gachas con miel como jamás habéis tomado otras; y, es más, os prometo que en el aniversario de ese gran día, vosotros, vuestros hijos y vuestros nietos, recibiréis y recibirán la misma atención de mi parte primero, después de mis hijos y de mis nietos.

La invitación a comer una gachas con miel no era, en la Edad Media, tan pobre como pueda parecer a simple vista, sino una manera de ofrecer una buena y copiosa cena. Así pues, se decía: «Venid a tomar mañana una gachas con miel conmigo» como hoy se dice: «Venid a tomar mi sopa»; en un caso y en otro la cena se sobreentendía, con la única diferencia de que las gachas se comían al final, en tanto que la sopa, por el contrario, se toma al principio.

Así, ante aquella promesa, se les hizo la boca agua a los trabajadores; redoblaron, pues, sus esfuerzos y avanzaron tan rápidamente que el primero de octubre el castillo de Wistgaw estuvo terminado.

Por su parte, la condesa Berta, fiel a su promesa, hizo preparar para todos aquellos que habían puesto manos a la obra una espléndida comida que fue necesario servir, a causa de la cantidad de invitados, al aire libre.

A la hora de la sopa, el tiempo no parecía poder ser más favorable y nadie había pensado en este inconveniente de cenar así, sin refugio, pero en el momento en que traían en cincuenta enormes ensaladeras las gachas con miel humeantes, cayeron copos de nieve helados y espesos en los platos.

Este incidente, que perturbó el final de la cena, contrarió tanto a la condesa Berta que decidió que en lo sucesivo se elegiría el mes de las rosas para continuar aquella fiesta, y el aniversario del banquete en que debían ser servidas las famosas gachas con miel fue fijado en el primero de mayo.

Además, Berta aseguró la fundación de aquella piadosa y solemne costumbre en un acta en la cual se obligaba y obligaba a sus descendientes y sucesores a dar en aquella misma fecha del primero de mayo unas gachas con miel a sus vasallos, declarando que no descansaría en su tumba si no se observaba puntualmente aquella religiosa institución.

Aquella acta, escrita por un notario sobre pergamino, fue firmada por Berta, sellada con el sello del conde y depositada en los archivos de la familia.

# La aparición

Durante veinte años, Berta presidió en persona, con la misma bondad y la misma magnificencia, el almuerzo que ella había instituido, pero, al fin, en el curso del año veintiuno, murió en olor de santidad y descendió al panteón de sus antepasados entre las lágrimas de su marido y los lamentos de toda la comarca. Dos años después, el propio conde Osmond, tras haber observado religiosamente la costumbre fundada por su mujer, murió a su vez, y el único sucesor de la familia fue su hijo, el conde Ulrick de Rosemberg, el cual, habiendo heredado el valor de Osmond y las virtudes de Berta, no cambió en nada la suerte de los campesinos e hizo, por el contrario, cuanto le fue posible por mejorarla.

Pero de pronto se declaró una gran guerra, y numerosos batallones enemigos remontando el Rin se apoderaron sucesivamente de los castillos construidos a las orillas del río; venían de lo más recóndito de Alemania, y era el emperador quien hacía la guerra a los burgravies.

Ulrick no fue capaz de resistir; sin embargo, como era un caballero muy valiente, se hubiera dejado sepultar de buen grado bajo las ruinas de su castillo si no hubiese considerado las desgracias que aquella resistencia desesperada iba a acarrear al país. Por el interés de sus vasallos, se retiró a Alsacia dejando al viejo Fritz, su administrador, para velar por los dominios y las tierras que iban a quedar en manos del enemigo.



El general que mandaba las tropas que marchaban sobre aquel punto se llamaba Dominik; se alojó en el castillo, que encontró muy de su conveniencia, y acantonó a sus soldados en los alrededores.

Este general era un hombre de baja extracción que había empezado por ser un simple soldado y a quien el favor del príncipe, más que su valor y su mérito, habían llevado al grado de general.

Os digo esto, mis queridos niños, para que no creáis que ataco a aquellos que suben de la nada; por el contrario, por éstos tengo el mayor respeto siempre que se hayan merecido el cambio que se ha hecho en su destino; hay dos clases de oficiales de fortuna: los que llegan y los que medran.

Ahora bien, el general no era más que un grosero y brutal advenedizo criado con el pan del vivaque y el agua de la fuente. Como para recuperar el tiempo perdido, se hacía servir con profusión los más delicados manjares y los vinos más refinados, dando los restos de sus comidas a sus perros, en lugar de hacer disfrutar de ellos a los que le rodeaban.

Así, desde el primer día de su llegada al castillo hizo venir al viejo Fritz y le entregó una lista de las contribuciones que pretendía recibir del país, lista

tan exagerada que el administrador cayó a sus pies suplicándole no abrumar de una forma tan dura a los pobres campesinos. Pero por toda respuesta el general le dijo que lo que le resultaba más desgradable en este mundo era oír a la gente quejarse y que a la primera reclamación que llegara hasta él doblaría sus demandas. El general era el más fuerte, tenía el derecho del vencedor, había que someterse.

Conocido el carácter del señor Dominik, ya se adivinará que Fritz fue bastante mal recibido cuando acudió a hablarle de la fundación de la condesa Berta: el general se echó a reír desdeñosamente y respondió que eran los vasallos los que tenían que alimentar a los señores, y no los señores quienes debían alimentar a los vasallos; que, en consecuencia, invitaba a los convidados habituales de la condesa Berta a ir a cenar el primero de mayo a donde les pareciera bien, anunciándoles de todas formas que no sería en su casa.

Aquel día solemne transcurrió pues, por vez primera desde hacía veintiocho años, sin reunirse alrededor de la mesa hospitalaria los alegres vasallos del condado de Rosemburg; pero el terror que inspiraba Dominik era tan grande que nadie se atrevió a reclamar. Por otra parte, Fritz había cumplido las órdenes recibidas y los campesinos estaban advertidos de que el nuevo amo no tenía intención de seguir las antiguas tradiciones.

En cuanto a Dominik, cenó con su habitual intemperancia y, habiéndose retirado a su habitación, después de haber apostado, como de costumbre, centinelas en los corredores y en las puertas del castillo, se acostó y se durmió.

En contra de su costumbre, el general se despertó a medianoche; tenía tanta costumbre de dormir de un tirón, que, al principio, creyó que era el día siguiente por la mañana, pero se equivocaba: no era aún de día, y a través de la ventana veía brillar las estrellas en el cielo.

Además, algo extraordinario sucedía en su ánimo: era como un vago terror, era como el presentimiento de una cosa sobrehumana que iba a suceder. Le parecía que el aire se agitaba a su alrededor como sacudido por las alas de los espíritus de la noche; su perro favorito, atado en el patio justo debajo de sus ventanas, aulló tristemente y, ante aquel grito lastimero, el nuevo propietario del castillo sintió un sudor helado perlarse en su frente. En aquel momento, la medianoche empezó a sonar lenta y sordamente en el reloj del castillo y, a cada toque, el terror de aquel hombre, que sin embargo era considerado como un valiente, crecía de tal forma que al décimo toque no supo soportar más la angustia que se había apoderado de él y, levantándose

sobre un codo, se preparó para abrir la puerta y llamar al centinela. Pero coincidiendo con el último tintineo y cuando su pie iba a tocar el suelo, oyó la puerta, que recordaba perfectamente haber cerrado él mismo desde dentro, abrirse sola y girar sobre sus goznes como si careciera de cerraduras y cerrojos; después, una pálida luz se extendió por el cuarto y un paso leve, que, sin embargo, le hizo estremecerse hasta la médula de sus huesos, pareció avanzar hacia él. Al fin, al pie de la cama apareció una mujer envuelta en un gran lienzo blanco que sostenía en una mano una de esas lámparas de cobre como las que suelen encenderse junto a las tumbas y en la otra un pergamo escrito, firmado y sellado. Ella se acercó lentamente, con la mirada fija, los rasgos inmóviles y sus largos cabellos cayendo sobre sus hombros y, cuando estuvo cerca de aquél a quien venía a buscar, acercó la lámpara al pergamo de forma que la luz cayera sobre él:

—Haz lo que está escrito ahí —dijo ella.

Y sostuvo la lámpara cerca del pergamo el tiempo necesario para que, con sus ojos despavoridos, Dominik pudiese leer el acta que constituía de una manera irrefutable la fundación a la que había rehusado someterse.

Después, cuando aquella terrible lectura hubo terminado, el fantasma taciturno, silencioso y helado se retiró como había venido: la puerta se cerró tras él, la luz desapareció y el rebelde sucesor del conde Osmond volvió a caer en la cama, donde se quedó clavado hasta la mañana siguiente con una angustia de la que se avergonzaba, pero que trataba, sin embargo, de remontar vanamente.

# El pan de la munición y el agua clara

Pero con los primeros rayos del día el encanto se desvaneció. Dominik saltó de la cama y, tanto más furioso porque no podía disimular el terror que había experimentado, ordenó que se hiciera venir a los centinelas que montaban guardia a medianoche en los corredores y en las puertas.

Los desgraciados llegaron temblorosos, pues, en el momento en que iba a sonar la medianoche, se habían sentido atacados por un sueño invencible y cuando despertaron no podían calcular cuánto tiempo habían dormido.

Pero después, habiéndose encontrado en la puerta, convinieron entre ellos mantener que habían estado alerta y, como se hallaban perfectamente despiertos cuando fueron a relevarles, confiaban en que nadie se hubiera dado cuenta de su falta a la disciplina.

Así, a las preguntas de su general respondieron que no sabían de qué mujer hablaba y que no habían visto nada; pero entonces el administrador, que asistía al interrogatorio, declaró a Dominik que aquello que había ido a visitarle no era una mujer, sino una sombra, la sombra de la condesa Berta. Dominik frunció el ceño; sin embargo, impresionado por lo que decía Fritz, se quedó a solas con él y, habiéndose enterado de que aquella costumbre se había hecho obligatoria por la condesa Berta para sí misma, sus sucesores y los propietarios del castillo, fueran quienes fuesen, por un acta notarial, y que aquel acta se encontraba en los archivos, ordenó a Fritz ir a buscarla, y al primer vistazo reconoció el pergamino que le había mostrado la sombra.

Hasta entonces Dominik no había tenido conocimiento alguno de aquel pergamino. Aunque había hecho que se le mostraran las actas que obligaban a los otros hacia él, se había preocupado muy poco de las que le obligaban a él hacia los otros.

Sin embargo, a pesar del acta, de lo atentamente que la leyó y de la insistencia de Fritz para que no despreciara la advertencia recibida, Dominik no hizo caso alguno y convocó aquel mismo día a todo su estado mayor a un gran banquete. Aquél debía ser uno de los más espléndidos de cuantos hubiese dado.



El terror que inspiraba Dominik era tan grande, que a la hora señalada, a pesar de que las órdenes habían sido cursadas apenas aquella mañana, la mesa estaba servida con una maravillosa suntuosidad. Los manjares más delicados, los mejores vinos del Rin, de Francia y de Hungría esperaban a los invitados, que se sentaron a la mesa alabando la magnificencia de su general. Pero al ocupar su lugar éste palideció de cólera y exclamó con un fuerte juramento:

—¿Quién es el burro que ha puesto cerca de mí este pan de munición?

En efecto, cerca del general había un pan parecido a ese que se reparte entre los soldados y que tanto había comido él en su juventud.

Los asistentes se miraron con asombro, no comprendieron que hubiese alguien en el mundo lo bastante osado como para gastar una broma semejante a un hombre tan soberbio, vengativo y violento como el general.

—Acércate, bribón —ordenó el general al lacayo que estaba tras él—, y llévate ese pan.

El sirviente obedeció con toda la prisa que inspira el miedo, pero el intento de llevarse el pan de la mesa fue vano.

—Monseñor —dijo tras realizar inútiles esfuerzos—, este pan debe estar clavado en su sitio, pues no puedo llevármelo.

Entonces, el general, cuya fuerza era famosa por igualar a la de cuatro hombres, cogió el pan con las dos manos e intentó a su vez levantarla, pero alzaba la mesa con el pan y al cabo de cinco minutos cayó sobre su silla extenuado de cansancio y la frente perlada de sudor.

—¡A beber, bribón! ¡A beber y de lo mejor! —exclamó con voz irritada tendiendo su vaso—. Sabré, respondo de ello, quién ha preparado este singular pasatiempo y, estad tranquilos, será recompensado por sus méritos. ¡Cenen, pues, señores! ¡Cenen, pues! Bebo por su apetito.

Y se llevó el vaso a los labios; pero al momento escupió lo que tenía en la boca gritando:

—¿Quién es el pillo que me ha servido este infame brebaje?

—Yo, monseñor —dijo el lacayo que aún sostenía en sus manos la botella temblando.

—¿Y qué hay en esa botella, miserable?

—Tokai, monseñor.

—Mientes, bribón; me has servido agua.

—El vino tiene que haberse convertido en agua al pasar de la botella al vaso de monseñor —dijo el lacayo—, pues he servido de la misma botella a los dos señores sentados junto a monseñor y ellos podrán confirmar que es verdaderamente tokai.

El general se volvió hacia sus dos vecinos de mesa, que le confirmaron cuanto acababa de decirle el criado.

Entonces, Dominik frunció el ceño. Empezaba a comprender que quizá la broma fuese aún más terrible de lo que había pensado al principio, pues había creído que la chanza venía de los vivos, mientras que ahora parecía proceder de los muertos.

Entonces, deseando asegurarse por sí mismo, tomó la botella de las manos del lacayo y sirvió un vaso de tokai a su vecino. El vino presentaba un color normal y parecía topacio líquido; a continuación se sirvió en su vaso de la misma botella; pero a medida que caía en su vaso, el vino tomaba el color, la transparencia y el gusto del agua.

Dominik sonrió amargamente ante aquella alusión doble que acababa de hacerse a la bajeza de su extracción y, no queriendo permanecer junto a aquel pan negro que parecía clavado allí para humillarle, hizo una seña a su

ayudante de campo, un joven de la más alta nobleza alemana, para que cambiara el sitio con él. El joven obedeció, y el general se sentó al otro extremo de la mesa.

Pero en el nuevo puesto no fue más afortunado que en el antiguo; mientras que bajo la mano del ayudante de campo el pan se despegaba sin dificultad de la mesa y se convertía en pan normal, cuantos trozos tomaba Dominik se transformaban al instante en pan de munición; entretanto, a la inversa del milagro operado en las bodas de Caná, el vino continuaba convirtiéndose en agua.

Entonces, impaciente, Dominik quiso comer alguna cosa al menos, y extendió el brazo hacia un gran espetón de alondras asadas, pero en el momento en que lo tocaba las alondras recobraron sus alas, volaron y fueron a caer en la boca de los campesinos que contemplaban de lejos el magnífico banquete —juzgad si sería grande su asombro al ver la ganga que les venía encima—. Semejante milagro impresionó tanto a la gente, que aun hoy se dice de un hombre que tiene locas esperanzas: «Cree que las alondras van a caerle asadas en la boca».

En cuanto a Dominik, sobre quien recaía el honor de haber hecho nacer el proverbio, estaba furioso; pero como comprendió que sería inútil intentar nada contra un poder sobrenatural, declaró que no tenía hambre ni sed y que se limitaría a hacer los honores al banquete, que a pesar de su esplendor fue muy desagradable, pues los invitados no sabían muy bien qué cara poner.

Aquella misma tarde, Dominik anunció que acababa de recibir una carta del emperador, que le ordenaba trasladar su cuartel general a otro lugar. Así pues, partió al instante.

No necesito deciros, mis queridos niños, que la carta del emperador era un pretexto y que lo que hacía que el ilustre vencedor levantara el campo con tanta prisa no era su respeto a las órdenes de su majestad, sino el miedo a recibir durante la noche siguiente otra visita de la condesa Berta, y encima, mientras se quedase en aquel castillo maldito, estaría condenado a agua clara y pan de munición.

Apenas se fue, el administrador encontró en un armario —donde la víspera no había nada— un saco de plata muy pesado sobre el que estaba pegado un papel en el que aparecían escritas estas palabras:

«Para las gachas con miel».

El viejo se asustó mucho; pero, reconociendo la letra de la condesa Berta, se apresuró a emplear aquel dinero bendito en la cena anual que, por haber sido retrasada algunos días aquel año, fue aún más sumptuosa.

Y lo mismo se repitió cada primero de mayo. El dinero era suministrado siempre por la condesa Berta; hasta que, habiéndose retirado los soldados del Imperio, Waldemar de Rosemberg, hijo de Ulrick, volvió a habitar el castillo veinticinco años después de que su padre lo hubiese abandonado.

# Waldemar de Rosemberg

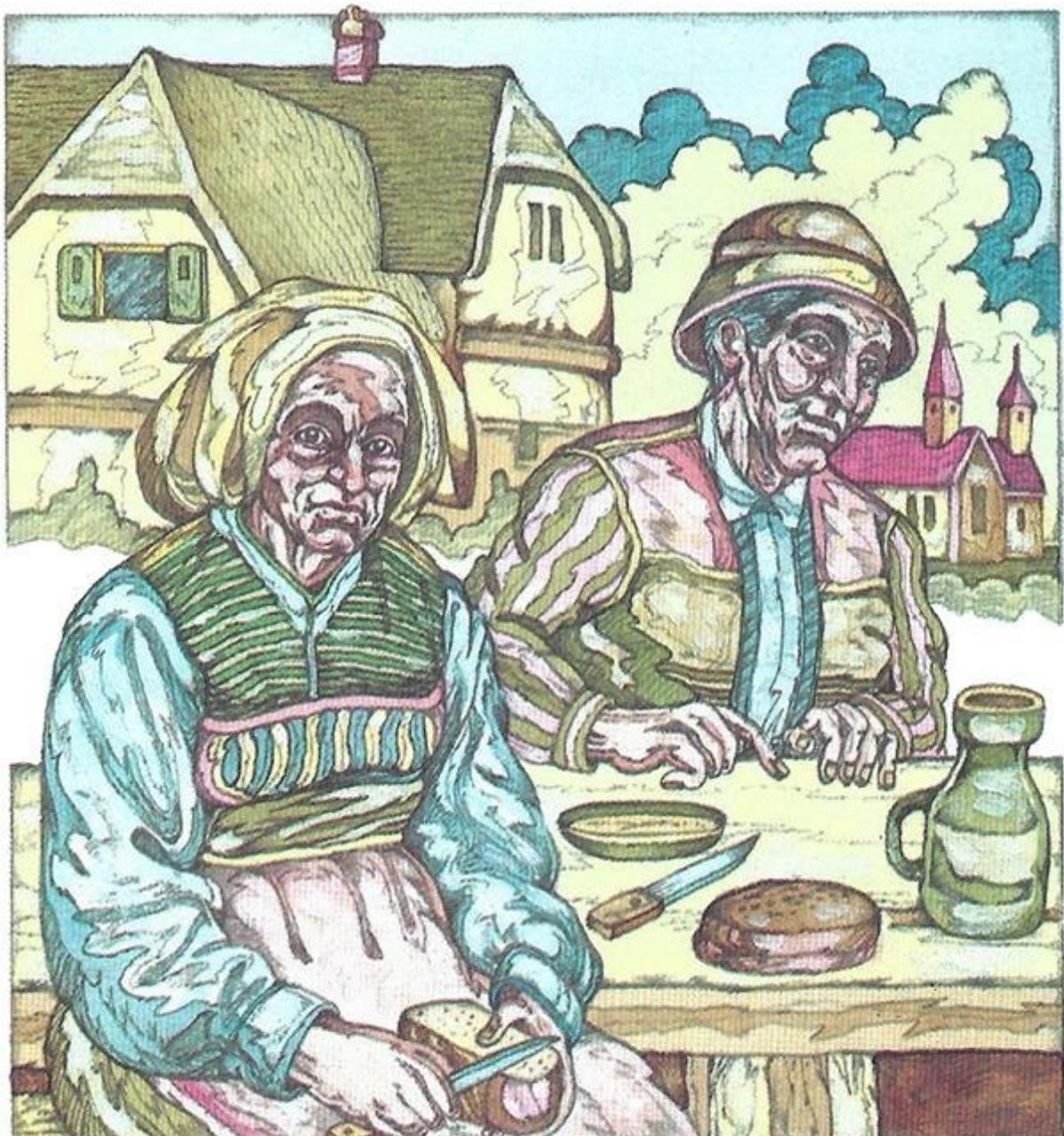
El conde Waldemar no había heredado el espíritu benévolos de sus antepasados, o tal vez el largo exilio en suelo extranjero había agriado su carácter; por fortuna tenía una mujer que corregía con su dulzura y su bondad lo que el espíritu de su marido tenía de áspero y acerbo. Así que los pobres campesinos, desolados tras veinticinco años de guerra, consideraron como una bendición el regreso del nieto del conde Osmond.

Como a pesar del exilio la tradición del voto de la condesa Berta se había perpetuado en la familia, cuando llegó el primero de mayo, la época en que los campesinos, tras cada cambio, esperaban con impaciencia para juzgar a sus nuevos amos, la condesa Wilhelmine obtuvo de su marido permiso para organizar la fiesta. Y como era una persona encantadora todo se hizo lo mejor posible y los campesinos creyeron volver a los tiempos dorados del conde Osmond y de la condesa Berta, de los que tan a menudo hablaban sus padres.

Al año siguiente la fiesta tuvo lugar como de costumbre, pero esta vez el conde Waldemar no asistió declarando que era indigno que un gentilhombre se sentara a la misma mesa que sus vasallos.

Fue, pues, Wilhelmine sola quien hizo los honores a las gachas con miel, y debemos decir que no por estar privado de la presencia del ilustre propietario del castillo fue más triste el banquete; los campesinos habían podido apreciar ya que debían la alegría que disfrutaban al buen corazón de la condesa y a la influencia que ejercía sobre su esposo.

Dos o tres años transcurrieron así, durante los cuales los campesinos se dieron cuenta cada vez más de que era necesaria toda la piadosa bondad de Wilhelmine para suavizar los frecuentes estallidos de cólera de su esposo. Su energética dulzura se extendía continuamente como un escudo entre él y sus vasallos; pero, por desgracia para éstos, el cielo se llevó pronto a su protectora: murió dando a luz a un encantador niño a quien se llamó Hermann.



Hubiera sido preciso poseer un corazón de piedra para no sentir la pérdida de aquel ángel del cielo que los habitantes de la tierra habían bautizado con el nombre de Wilhelmine; también el conde Waldemar lloró sinceramente algunos días a la digna compañera que había perdido. Pero el corazón del conde no estaba acostumbrado a los sentimientos internos y, a pesar de que los experimentaba ocasionalmente, no sabía mantenerlos mucho tiempo. El olvido crece sobre las tumbas aún con mayor rapidez que la hierba: al cabo de seis meses el conde Waldemar había olvidado a Wilhelmine y tomado una segunda esposa.

¿Quién fue la víctima de este segundo matrimonio? ¡Ah!, el pobre pequeño Hermann. Había entrado a la vida por una puerta tapizada de duelo y antes de saber lo que es una madre pudo sentir que era huérfano. Su madrastra, lejos de proporcionarle los cuidados que hubiese sido necesario dar a un niño que no era el suyo y que en calidad de primogénito heredaría los bienes de la familia, le puso en manos de una nodriza negligente, que dejaba al pequeño Hermann horas enteras llorando en su cuna mientras ella acudía a fiestas, bailes y veladas.

# La nana

Una noche en que, creyendo sin duda menos avanzada la hora, la nodriza se había quedado en el jardín paseando del brazo del jardinero, oyó sonar la medianoche de repente y acordándose de que tenía abandonado al pequeño Hermann desde las siete de la tarde volvió precipitadamente y deslizándose con ayuda de la oscuridad atravesó el patio sin ser vista, llegó a la escalera, subió mirando a su alrededor con inquietud, amortiguando el sonido de sus pasos y conteniendo el aliento, pues, a falta de los reproches que le escatimaban la despreocupación del conde y el odio de la condesa, su conciencia le decía que lo que hacía era horroroso. Sin embargo, se tranquilizó cuando, al acercarse a la puerta de su habitación, no oyó los gritos del niño.

Sin duda, a fuerza de llorar, el pobre niño se había dormido; así pues, sacó con un poco más de tranquilidad la llave de su bolsillo, la introdujo con cuidado en la cerradura y haciéndola girar lo más suavemente posible empujó la puerta lentamente.

Pero, a medida que se abría la puerta y que su mirada dominaba la habitación, divisó algo incomprensible. Por más que tuviera, como hemos dicho, la llave de su habitación en su bolsillo y que estuviera bien segura de que no existía ninguna otra, una mujer había entrado en la habitación en su ausencia, y aquella mujer pálida, triste y sombría estaba de pie junto al pequeño Hermann meciendo suavemente su cuna, mientras sus labios, blancos como el mármol, dejaban escapar un canto que no parecía compuesto de palabras humanas.

Sin embargo, por mucho que fuese el terror de la nodriza, como creía tener que vérselas con una criatura perteneciente, como ella, a la especie de los vivos, dio algunos pasos hacia la extraña acuñadora, que parecía no verla y que, siempre inmóvil, continuaba su monótona y terrible modulación.

—¿Quién es usted? —preguntó la nodriza—. ¿De dónde viene? Cómo ha podido entrar en esta habitación cuya llave tenía yo en mi bolsillo.

Entonces la desconocida extendió solemnemente el brazo y respondió:

*Soy de aquéllos para quienes ninguna puerta está cerrada.*

*En la tumba donde desde hace cincuenta años reposo  
los gritos de este niño han venido a asaltarme,  
he sentido súbitamente en mi lecho de piedra  
ese cadáver apagado y, convirtiéndose en polvo,  
mi corazón revivir y vibrar.*

*Pobre niño que en este mundo tiene una fatal suerte,  
cuyo padre es malvado y cuya madre está muerta,  
quien se pone en manos que hieren al tocar,  
que no puedes oponer al mal más que tu debilidad  
y que te has dormido esta noche en la tristeza.*

*Como el pájaro en su canto.*

*Aquí abajo, esta noche, aún dormirás;  
pero a la hora en que mañana se levante la aurora  
arrancándote para siempre a esta dura ley,  
al oír mi voz que desciende de la esfera eterna,  
un ángel radiante te tomará en sus alas  
y te llevará junto a mí.*

Tras aquellas palabras, el fantasma de la abuela, porque era él, se inclinó sobre la cuna y besó a su nieto con una ternura sublime.

El niño se había dormido con la sonrisa en los labios y las mejillas sonrosadas; pero al primer rayo de la mañana, deslizándose a través de los cristales de la ventana, le encontraron pálido y frío como un cadáver.

Al día siguiente fue bajado al panteón de la familia y enterrado junto a la abuela.

Pero, mis queridos niños, el pobre Hermann no estaba muerto: la noche siguiente la abuela se levantó de nuevo y, cogiéndole en sus brazos, fue a llevarle al rey de los *cobolds*, un geniecillo muy valeroso e instruido que vivía en una enorme caverna que se extendía hasta debajo del Rin; por recomendación de la condesa Berta, él se encargó de su educación.

# Wilbold de Eisenfeld

La alegría de la madrastra fue grande al ver morir al único heredero de la familia Rosemberg, pero Dios frustró sus esperanzas: no tuvo hijos ni hijas y murió al cabo de tres años. Waldemar la sobrevivió aún tres o cuatro años y le mataron durante una cacería; unos dicen que fue un jabalí al que había herido; otros que un campesino a quien había hecho azotar.

El castillo de Wistgaw y las propiedades circundantes cayeron en manos de un pariente lejano llamado Wilbold de Eisenfeld. Éste no era en absoluto un mal hombre, era algo peor que eso: uno de esos hombres despreocupados de su alma que no son ni buenos ni malos, que hacen el bien y el mal sin amor y sin odio escuchando sólo lo que se les dice y para quienes el último que les habla tiene siempre razón. Por lo demás era valiente y apreciaba la valentía, pero se dejaba llevar fácilmente por las apariencias de valor, del espíritu y de la virtud.

El barón Wilbold fue, pues, a habitar el castillo del conde Osmond y de la condesa Berta, y llevó consigo una encantadora niña en la cuna, llamada Hilda. El primer cuidado del regidor fue poner al corriente de las rentas y de los cargos ligados a la propiedad a su nuevo señor. Entre los cargos se encontraban las gachas con miel, pues la costumbre había subsistido hasta entonces. Ahora bien, cuando el administrador informó al barón de que sus predecesores daban gran importancia a aquella institución y que él mismo creía firmemente que la bendición del Señor estaba ligada a aquella costumbre, Wilbold no solamente no hizo ninguna observación en contra, sino que ordenó realizar la ceremonia con toda su antigua solemnidad cada primero de mayo.

Pasaron varios años y el barón daba en cada uno de ellos unas gachas con miel tan buenas, que los campesinos, en gracia a aquella obediencia a los mandatos de la condesa Berta, le pasaban por alto sus otros defectos, y los otros defectos eran numerosos. Es más, algunos otros señores, fuese por bondad, fuese por cálculo, adoptaron la costumbre del castillo de Wistgaw y fundaron también, para el aniversario de su santo o para su cumpleaños, gachas más o menos azucaradas. Pero entre estos señores había uno a quien no sólo no le cundió el buen ejemplo, sino que impedía a los otros darlo o

seguirlo. Aquel hombre, uno de los amigos más íntimos del barón, uno de sus más asiduos invitados, uno de sus consejeros más influyentes, era el caballero Hans de Warburg.

# El caballero Hans de Warburg

El caballero Hans de Warburg era en lo físico una especie de gigante de seis pies y dos pulgadas, de una fuerza colosal, siempre armado al costado con una gran espada que a cada gesto de amenaza que hacía chocaba contra su muslo, y de un puñal que sacaba continuamente como acompañamiento de sus palabras.

En lo moral era el hombre más cobarde que se haya visto sobre la tierra. Cuando las ocas de su dominio corrían silbando tras él, salía corriendo como alma que lleva el diablo.

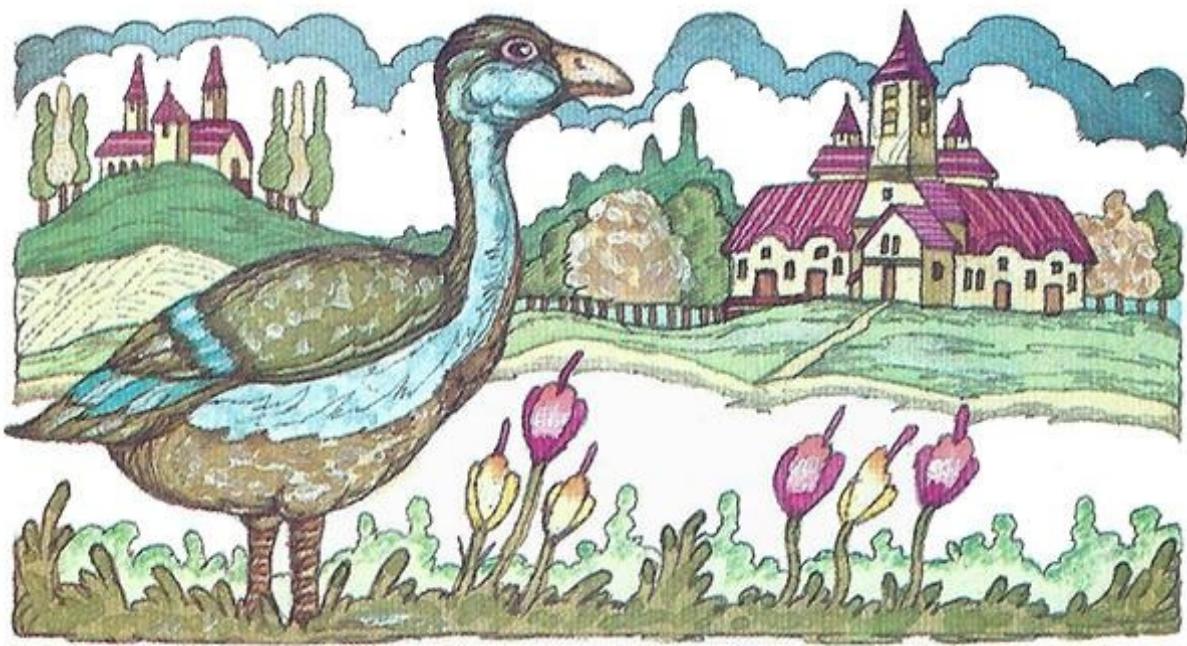
Ahora bien —ya lo hemos dicho—, el caballero Hans no sólo no había adoptado la costumbre de las gachas, sino que, además, había impedido que se extendiese entre varios de sus vecinos sobre los cuales tenía cierta influencia. Pero eso no fue todo: encantado con estos éxitos, se propuso hacer renunciar a Wilbold a la antigua y respetable costumbre.

—¡Pues claro! —le decía—, mi querido Wilbold, hay que reconocer que eres muy bueno gastando tu dinero en alimentar a un montón de holgazanes que se burlan de ti incluso antes de haber digerido la comida que les das.

—Mi querido Hans —respondía Wilbold—, he pensado, créome, más de una vez en lo que me dices, pues, a pesar de que ese banquete no se celebra más que una vez al año, no deja de costar por sí solo tanto como cincuenta banquetes normales. Pero ¿qué quieres?, es una fundación a la cual, se dice, está vinculada la felicidad de la casa.

—¿Y quién te cuenta esas pamplinas, mi querido Wilbold? Tu viejo administrador, ¿verdad? Comprendo, como sisa por lo menos diez escudos de oro de tu banquete tiene interés en que el festín se perpetúe.

—Y, además —dijo el barón—, hay otra cosa.



—¿Qué hay?

—Las amenazas de la condesa.

—¿De qué condesa?

—De la condesa Berta.

—¿Pero tú crees en esos cuentos de viejas?

—A fe mía, están probados y en los archivos hay varios pergaminos.

—Entonces, ¿tienes miedo de una vieja?

—Mi querido caballero —dijo el barón—, no tengo miedo de ninguna criatura viviente, ni de ti ni de ningún otro, pero reconozco que me horrorizan esos seres que no son de carne y hueso y que se toman la molestia de dejar el otro mundo expresamente para visitarnos.

Hans soltó una carcajada.

—Entonces, en mi lugar —dijo el barón—, ¿tú no temerías nada?

—Yo no temo ni a Dios ni al diablo —contestó Hans irguiéndose en toda su estatura.

—Pues bien, sea —dijo el barón—, en el próximo aniversario, y no tardará mucho, pues el primero de mayo es dentro de quince días, haré la prueba.

Pero como desde entonces hasta el primero de mayo el barón viera a su administrador, se volvió atrás de su primera resolución, que era no dar en absoluto las gachas, y ordenó que en lugar de un banquete se ofreciera un almuerzo bastante corriente.

Los campesinos, ante aquella frugalidad a la que no estaban acostumbrados, se sorprendieron, pero no se quejaron, pensaron que su señor,

ordinariamente tan generoso, tendría motivos para ser ahorrativo aquel año.

Pero no sucedió lo mismo con los seres que lo saben todo y que dirigían los destinos de los propietarios del castillo de Wistgaw. Durante la noche que siguió a aquel frugal almuerzo organizaron tal barullo que nadie pudo dormir en el castillo, y sus habitantes pasaron la noche abriendo las puertas y las ventanas para saber quién golpeaba las unas y llamaba a las otras; pero nadie vio nada, ni siquiera el barón. Ciento es que éste se cubrió la cabeza con la colcha, como hacéis vosotros cuanto tenéis miedo, mis queridos niños, y se quedó en su cama tapado y sin rechistar.

# Hilda

Wilbold, como todos los caracteres débiles, era dado a obstinarse en algunas cosas. Además, hay que decirlo, se había envalentonado por la impunidad, pues no constituía un gran castigo no dormir durante una noche.

Así pues, alentado por las exhortaciones de Hans y no queriendo dar la impresión de destruir una costumbre tan religiosa de golpe, el primero de mayo siguiente convocó a los campesinos como de costumbre, pero aquella vez, ateniéndose a los términos del contrato, que mencionaba unas gachas y no decía ni una palabra de la comida que las precedía, hizo que se sirvieran unas puras y simples gachas sin acompañamiento alguno de carne, ni de vino, e incluso aquellos que tenían el paladar delicado creyeron notar que estaban menos dulces que el año anterior. En esta ocasión, el barón Wilbold no sólo había suprimido los accesorios del banquete, sino que había escatimado la miel.

Así que esta vez los visitantes nocturnos se enfadaron de verdad: aquella noche se oyó un jaleo espantoso en toda la casa, pero al día siguiente se encontraron además los cristales, las arañas y la porcelana rotos. El administrador hizo la relación de los daños causados por aquellos sucesos y encontró que ascendía justo a la suma que, en tiempos normales, los castellanos de Wistgaw gastaban en el banquete del primero de mayo.

El administrador comprendió la alusión y no dejó de poner ante los ojos de Wilbold esos datos.

Pero esta vez también Wilbold se había enfadado. Por otra parte, y a pesar de que no pudo dejar de escuchar la espantosa escandalera que durante la noche había puesto el castillo patas arriba, aún no había visto a nadie.

Esperaba, pues, que la condesa, que no había vuelto a aparecer desde la noche en que regresó a mecer al pequeño Hermann, llevara demasiado tiempo muerta como para salir de su tumba y, puesto que a fin de cuentas era necesario que gastase cada año una suma fija, prefería emplearla en renovar su mobiliario antes que en dar de comer a sus campesinos. Al año siguiente resolvió no ofrecer nada en absoluto, ni siquiera las gachas, sólo que, como comprendía que aquella infracción total a las antiguas costumbres

encolerizaría a la condesa en proporción a la ofensa, decidió marcharse del castillo el 28 de abril y no regresar hasta el 5 de mayo.

Pero frente a aquella funesta idea encontró una suave oposición. Habían transcurrido quince años desde que el barón Wilbold de Eisenfeld tomara posesión del castillo y durante aquellos quince años la hermosa niña que vimos entrar en la cuna había crecido y había embellecido; ahora era una encantadora jovencita, dulce, piadosa y compasiva que, encerrada siempre en su habitación, había adquirido con sus costumbres solitarias una dulce y continua melancolía que le iba admirablemente a la expresión de su rostro y que armonizaba de maravilla con su dulce nombre de Hilda. Así que sólo con verla pasear de día en su jardín escuchando el canto de los pájaros, que parecía comprender, o sentada de noche en la ventana siguiendo la luna en las nubes que de cuando en cuando oscurecían, aquella luna con la que parecía hablar, los corazones más rebeldes sentían que podían amarla algún día, mientras que los corazones sensibles sentían que la amaban ya.

Ahora bien, cuando Hilda se enteró de que su padre estaba decidido a suprimir aquel año las gachas con miel, le hizo —siempre conteniéndose, sin embargo, dentro de los límites del respeto filial— todas las advertencias posibles; pero ni su afable voz ni sus dulces miradas ablandaron el corazón del barón, endurecido con los malos consejos de su amigo Hans.

El día fijado se marchó del castillo, tras declarar a su administrador que aquella tonta costumbre de las gachas con miel había durado ya bastante tiempo y que, a partir de aquel primero de mayo, había decidido abolirla, pues no sólo era onerosa para él, sino un mal ejemplo para los otros.

Entonces Hilda, al comprobar que no podía hacer volver a su padre a los buenos sentimientos, reunió sus pequeños ahorros y, como ascendían justo a la suma que hubiera debido gastar el barón, recorrió a pie los pueblos que dependían de la baronía informando a sus moradores que su padre, obligado a ausentarse, no había podido ofrecer aquel año las gachas con miel, pero que le había encargado distribuir la suma que le costaban anualmente los banquetes entre los pobres, los enfermos y los ancianos.

Los campesinos la creyeron, o aparentaron creerla, y como el último banquete no les había dejado un recuerdo agradable, estuvieron encantados de que les cambiara un frugal almuerzo por una espléndida limosna y bendijeron la mano a través de la cual el barón quería extender sus favores sobre ellos.

A los únicos a quienes no se podía engañar era a los espíritus del castillo, que de ninguna manera se habían creído la mentira piadosa de la bella Hilda.

# La mano de fuego

El 4 de mayo Wilbold regresó al castillo. Lo primero que hizo fue preguntar si había ocurrido algo en su ausencia, pero como le informaron de que todo había estado tranquilo, que sus vasallos no se habían quejado y que los espíritus no habían hecho alboroto alguno, quedó convencido de que su persistencia les había cansado y que se había desembarazado de ellos para siempre. En consecuencia, tras besar a su hija y dar las órdenes pertinentes para el día siguiente, fue a acostarse tranquilamente.

Pero apenas estuvo en su cama se organizó en el castillo y sus alrededores un escándalo como jamás habían escuchado oídos humanos. En torno al castillo los perros aullaban, las lechuzas chillaban, los búhos ululaban, los gatos maullaban, rugía la tormenta; en el interior del castillo se arrastraban cadenas, se movían muebles, rodaban piedras; era un ruido, una confusión, un barullo como para creer que todas las brujas de la comarca, convocadas por el gran demonio del infierno, habían cambiado el lugar habitual de sus aquelarres y, en vez de reunirse como de costumbre en Broken, ocupaban la mansión de Wistgaw.

A medianoche cesaron los ruidos y reinó el silencio más profundo, de modo que nadie dejó de oír sonar las doce campanadas una tras otra. A la última, Wilbold, algo tranquilizado, sacó la cabeza de debajo de la manta y se aventuró a mirar a su alrededor.

De pronto se le erizaron los cabellos y un sudor helado corrió por su rostro: una mano de fuego salía de la pared frente a su cama, y con el extremo del dedo índice, como una pluma, trazaba sobre las sombrías paredes de la habitación las siguientes palabras:

*Para obedecer la voluntad de la condesa Berta,  
Dios, barón de Wilbold, te concederá siete días,  
o, si no, verás, autor de tu desgracia,  
la mansión de Wistgaw irse de tus manos para siempre.*

Después la mano desapareció; luego, una tras otra, en el orden en que habían sido trazadas, las letras se borraron. Al fin, cuando se apagó la última, la habitación, iluminada un instante por aquel cuarteto de llamas, volvió a sumirse en la más profunda oscuridad.

Al día siguiente, los sirvientes del barón, desde el primero hasta el último, se despidieron porque no querían quedarse más en el castillo.

El conde, que en el fondo de su alma tenía las mismas ganas que ellos de marcharse, les dijo que no queriendo separarse de tan buenos sirvientes había decidido irse a vivir a otro dominio y dejar la mansión de Wistgaw a los espíritus, que parecían querer reclamarla para ellos.



Aquel mismo día, y a pesar de los llantos de Hilda, abandonaron la vieja mansión y se dirigieron al castillo de Eisenfeld, que el barón había heredado por vía paterna y que se encontraba a una media jornada del de Wistgaw.

# El caballero Torald

Por aquel entonces, dos noticias habían tenido gran repercusión en el dominio de Rosemberg; la primera era la partida del barón Wilbold hacia Eisenfeld; la segunda, la llegada del caballero Torald.

El caballero Torald era un hermoso joven de unos veintiuno o veintidós años que, a pesar de su juventud, ya había recorrido las principales cortes europeas, donde había adquirido gran fama de valeroso y cortés.

En efecto, era un cumplido caballero y se contaban cosas maravillosas de su educación: se decía que, siendo niño, había sido confiado al rey de los enanos, quien, siendo un príncipe muy sabio en todo, había jurado hacer de él un auténtico señor. Le había enseñado a leer los manuscritos más antiguos, a hablar todas las lenguas vivas e incluso las muertas, a pintar, a tocar el laúd, a cantar, a montar a caballo, a manejar las armas y a luchar. Después, cuando llegó a los dieciocho años y el rey, su tutor, consideró que había alcanzado el grado de perfección que para él deseaba, le había entregado el famoso caballo Bucéfalo, que jamás se cansaba; la famosa lanza del caballero Astolphe, que derribaba de sus monturas a cuantos tocaba con su punta de diamante, y la famosa espada Durandal, que quebraba como si fuesen de cristal las armaduras más fuertes y mejor forjadas. Luego, a aquellos preciosos regalos había añadido un don aún máspreciado: una bolsa en la que siempre había veinticinco escudos de oro.

Se entiende la resonancia que tuvo la llegada de un caballero de tales prendas en la comarca; pero apenas atravesó el pueblo de Rosemberg montado en su buen caballo, armado con su buena lanza y ceñido por su buena espada, había desaparecido y nadie había vuelto a oír hablar de él.

No hará falta decir que aquel misterio había aumentado la curiosidad que despertaba el caballero.

Se decía que se le había visto por la tarde balancearse ante el castillo de Wistgaw en una barca que, a pesar del curso rápido del Rin, se mantenía inmóvil como si hubiese estado anclada. Se decía que se le había visto con un laúd en las manos en la cima de una alta peña que se alzaba frente a las ventanas de Hilda y sobre la cual sólo habían puesto sus garras halcones, gerifaltes y águilas. Pero aquellos relatos no eran más que vagos rumores, y

nadie podía afirmar a ciencia cierta que se hubiese encontrado con el caballero Torald desde el día en que, armado de pies a cabeza y montado en su caballo, había atravesado el pueblo de Rosemberg.

# Los conjuradores del espíritu

Como sabéis, mis queridos amigos, la mano de fuego había dado al barón de Wilbold siete días para arrepentirse; pero él, impulsado siempre por los malos consejos del caballero Hans de Warburg, estaba resuelto a no volverse atrás, y para reafirmarse en ello había decidido que pasaría los últimos tres días en fiestas y diversiones.

Para esta conducta le servía de pretexto la celebración del cumpleaños de su hija, que era precisamente el 8 de mayo: Hilda había nacido en el mes de las rosas.

Por lo demás, el caballero Hans tenía un motivo para ir más a menudo que nunca a casa de su amigo el barón de Wilbold; se había enamorado de la bella Hilda y, aunque tuviese no menos de cuarenta y cinco años, es decir, tres veces la edad de la joven, no dejó de confiar a su amigo sus proyectos de enlace.

Éste no había comprendido nunca las delicadezas del corazón sobre las que las jóvenes establecen sus sueños de tristeza o alegría, de dolor o felicidad; se había casado sin amar a su mujer, lo que no le había impedido encontrarse perfectamente feliz en su matrimonio, pues la condesa era una santa. No pensaba, pues, que Hilda tuviese necesidad de adorar a su marido para ser dichosa con él. A aquellas reflexiones venían a añadirse la enorme admiración que sentía por Hans, la fortuna de éste, que era por lo menos igual a la suya, y, en fin, la costumbre que había adquirido de tener como invitado al alegre y charlatán caballero que tanto le divertía con sus eternos relatos de combates, torneos y duelos, en los que, por supuesto, siempre había vencido.

No había, pues, aceptado ni rechazado la oferta del caballero; sin embargo, le había dado a entender que le complacería que intentase agradar a Hilda, algo nada difícil para un caballero tan valiente, galante y espiritual como él.

A partir de aquel momento, el caballero Hans había redoblado sus atenciones con la graciosa dama de sus pensamientos, quien había recibido las demostraciones de amor con su discreción y modestia habituales y como si ignorase completamente con qué fin le estaban destinadas las galanterías de Hans.

El cumpleaños de Hilda era el quinto día tras la aparición de la mano de fuego, y según sus proyectos de fiestas, para los últimos días de plazo, el barón Wilbold había invitado a sus amigos a una gran cena y, como bien pensáis, no se había olvidado de invitar a su inseparable compañero, el caballero Hans de Warburg.

Los invitados acababan de pasar al comedor y se disponían a ocupar cada uno su puesto en la mesa cuando se oyó el sonido de la trompa y el mayordomo anunció que un caballero acababa de presentarse a la puerta del castillo de Eisenfeld solicitando hospitalidad.

—¡Pues claro! —dijo el barón—. He ahí un mozo que tiene buen olfato. Ve a decirle que es bienvenido y que le esperamos para sentarnos a la mesa.

Cinco minutos más tarde entró el caballero. Era un hermoso joven de unos veinte a veintidós años, con cabello negro, ojos azules y una soltura que indicaba que en sus viajes estaba acostumbrado a recibir hospitalidad de los más grandes señores. Su buen aspecto impresionó al instante a los invitados, y el barón Wilbold quiso, como anfitrión, ofrecerle su sitio, pero el desconocido rehusó tal honor y, tras haber respondido a la invitación del barón con una galante cortesía, ocupó uno de los lugares secundarios en la mesa.

Nadie conocía al caballero, y todos le observaban con curiosidad. Sólo Hilda mantenía la mirada baja, pero si alguien la hubiese observado en el momento en que el caballero apareció en el umbral de la puerta, habría advertido que se sonrojaba.

El banquete era alegre y sumptuoso; sobre todo no se escatimaban los vinos. El barón Wilbold y Hans destacaban por la cortesía con la que se hacían y recibían brindis. Pero no era posible que la cena transcurriese sin que surgieran comentarios sobre las apariciones del castillo de Wistgaw.

El caballero Hans empezó a burlarse del barón por el terror que le inspiraban las apariciones, terror que él reconocía con la franqueza de un hombre valiente.

—¡Naturalmente, mi querido caballero! —dijo el barón—. Me hubiera gustado veros en mi lugar cuando aquella terrible mano de fuego escribía sobre la pared el famoso cuarteto del que no he olvidado ni una sílaba.

—¡Ilusiones! —contestó Hans—. Sueños de una mente alterada. Yo no creo en los fantasmas.

—No creéis en ellos porque no les habéis visto nunca, pero si vierais alguno, ¿qué diríais?

—Le conjuraría —respondió Hans golpeando su espada ruidosamente—, de manera que no volviese a aparecer en mi presencia, doy fe de ello.

—Pues bien —dijo el barón Wilbold—, ¿una apuesta, Hans?

—¿Cuál?

—Conjurad el espíritu de la condesa Berta de manera que no vuelva más al castillo de Wistgaw y pedidme lo que queráis.

—¿Lo que quiera?

—Sí —repuso el barón.

—¡Ten cuidado! —dijo el caballero riendo.

—Conjurad el espíritu de la condesa Berta y pedid con atrevimiento.

—¿Y me concederéis cualquier cosa que os pida?

—Palabra de caballero.

—¿Incluso la mano de la bella Hilda?

—Incluso la mano de mi hija.

—¡Padre! —exclamó la joven castellana con tono de ligero reproche.

—¡A fe mía!, mi querida Hilda —repuso el barón, a quien unos vasos de tokai y de branberger habían calentado—, ¡a fe mía!, lo dicho, dicho está. Caballero Hans, sólo tengo una palabra: conjurad el espíritu de la condesa Berta y mi hija será vuestra.

—¿Y concederíais tal recompensa, señor barón —preguntó el joven extranjero—, a quien realizase esa empresa cuando el caballero Hans haya fracasado?

—¡Cuándo haya fracasado! —gritó Hans—. ¡Ah!, suponéis, pues, que fracasaré.

—No lo supongo, caballero —respondió el desconocido, con un tono de voz tan sumamente dulce, que se hubiera dicho que las palabras salían de la boca de una mujer.

—¡Estáis seguro de ello, queréis decir entonces! ¡Pardiez, señor desconocido! —exclamó Hans levantando la voz—, ¿sabéis que es una impertinencia lo que decís?

—En todo caso, la pregunta que dirijo a monseñor Wilbold de Eisenfeld no puede perjudicar en absoluto vuestros proyectos de matrimonio, caballero, puesto que no se presentará otro hasta después de que hayáis fracasado.

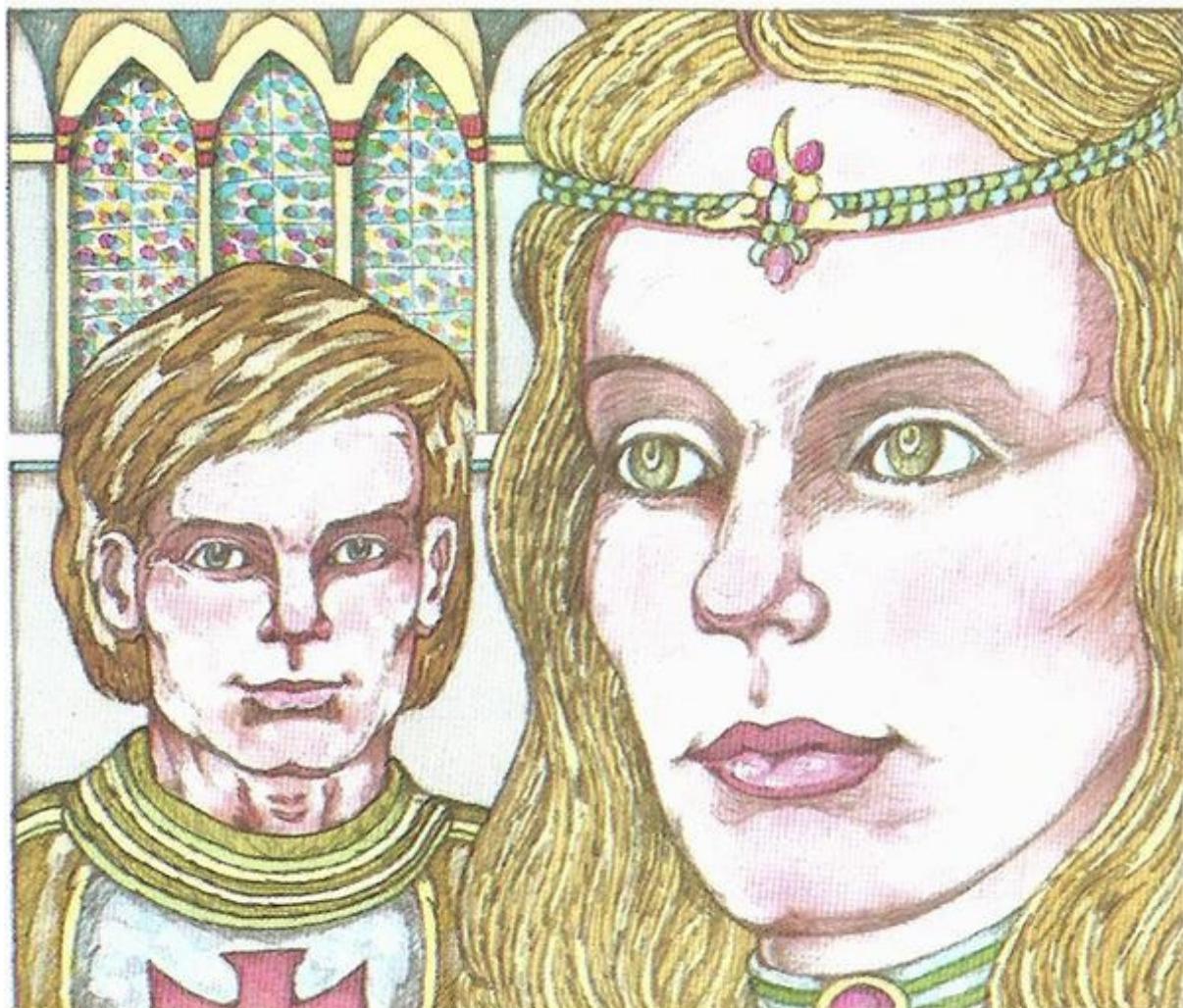
—¿Y quién es ese otro que se presentará a llevar a cabo una tarea en la que el caballero Hans haya fracasado?

—¡Yo! —respondió el desconocido.

—Pero —dijo el barón— para que yo aceptase vuestra oferta, a pesar de lo cortés que es mi querido huésped, sería necesario que antes supiese quién sois.

—Soy el caballero Torald —dijo el joven.

Aquel nombre se había extendido en la comarca acompañado de tal fama, que, al oírlo, los invitados se levantaron para saludar a aquél que acababa de darse a conocer. Hasta Wilbold consideró oportuno hacer un cumplido cortés al joven.



—Caballero —dijo—, a pesar de vuestra juventud, vuestro nombre es ya conocido tan favorablemente, que una alianza con vos sería un honor para las casas más orgullosas. Pero conozco al caballero Hans desde hace veinte años, mientras que a vos tengo el honor de veros por primera vez. Así pues, no podría aceptar la oferta que me hacéis más que sometiendo vuestra propuesta a la aprobación de mi hija.

Hilda enrojeció hasta el blanco de los ojos.

—He jurado —afirmó Torald— no tomar por esposa más que a una mujer de la que estuviera seguro que me amaba.

Desde el momento en que el caballero se identificó, Hans guardaba el más profundo silencio.

—Y bien, caballero —dijo el barón—, puesto que sometéis el asunto a la aprobación de mi hija y puesto que otorgáis la prioridad en la prueba a mi amigo Hans, no veo por qué, salvo circunstancia derivada de un más profundo examen de vuestra familia, no he de daros la misma palabra que a él.

—Mi familia es comparable a las principales familias de Alemania, señor barón. Es más —añadió el caballero Torald sonriendo—, voy a daros una noticia que no sospecháis, y es que, entre nosotros, hay un cierto grado de parentesco. Es decir, que somos parientes.

—¡Nosotros parientes! —exclamó Wilbold con asombro.

—Sí, señor —repuso Torald—. Aclararemos eso más tarde. De momento, la única cuestión es conjurar el espíritu de la condesa Berta.

—Sí —contestó Wilbold—; reconozco que es el asunto que más me urge ver terminado.

—Bien —dijo Torald—, que el caballero Hans haga la prueba esta noche y yo la haré la próxima.

—¡Vaya! —exclamó Wilbold—, esto es lo que se dice hablar y me gusta que se lleven los asuntos con esa franqueza. Caballero Torald, sois un joven valiente: ¡venga esa mano!

Y Wilbold tendió al caballero la suya, que éste estrechó inclinándose.

Hans seguía guardando el más lúgubre silencio.

Wilbold se volvió hacia él y observó con asombro que estaba muy pálido.

—Bien, camarada Hans —le dijo—, he aquí una propuesta hecha para complacerle; y puesto que hace un momento teníais tanta prisa por encontraros cara a cara con los espíritus, debéis estar agradecido al caballero Torald, que os ofrece la oportunidad de verlos esta misma noche.

—Sí, ciertamente —contestó el caballero—, ciertamente; pero será inútil y habré perdido el tiempo: los espíritus no acudirán.

—Os equivocáis, caballero Hans —repuso Torald con el tono de un hombre seguro de lo que dice: acudirán —Hans se quedó lívido—. No obstante —añadió Torald—, si queréis cederme vuestro turno, caballero Hans, aceptaría con reconocimiento y yo sufriría el primer fuego de los fantasmas; tal vez serán menos terribles en una segunda prueba que en la primera.

—A fe mía, caballero —dijo Hans—, me es exactamente igual ser el primero o el segundo, y si queréis ser el primero...

—No, no —intervino Wilbold—, mantengo las cosas como han sido convenidas. Conservad vuestros turnos. Hans, esta noche; el caballero Torald,

mañana. Así pues —llenó su vaso y lo alzó—, ¡a la salud de los conjuradores del espíritu! —exclamó.

Todos brindaron con el barón. Pero éste advirtió asombrado que la mano del caballero Hans temblaba al llevarse el vaso a los labios.

—Bien —dijo Wilbold—, partiremos después de la cena.

El pobre caballero Hans estaba atrapado como un ratón en la ratonera.

Al principio había creído que, al comprometerse a emprender la tarea, saldría bien parado con una de sus fanfarronadas habituales. Contaba con simular que entraría en el castillo y pasaría allí la noche; después, al día siguiente, contaría el terrible combate que había librado con los espíritus. Pero, debido al desafío del caballero Torald, el asunto había tomado un carácter de gravedad tal que indicaba a Hans que, ya fuese por su amigo o por su rival, no sería perdido de vista. En efecto, al terminar la cena, el barón Wilbold se levantó y anunció que él mismo acompañaría al caballero Hans y que, para que no hubiese lugar a reclamación alguna por parte de cualquiera de los dos caballeros, le encerraría con llave en la habitación y pondría su sello en la puerta.

Ya no era posible volverse atrás. Hans pidió permiso para ir a ponerse su armadura y su casco, para estar en condiciones de resistir al enemigo si éste se presentaba: le fue concedido el permiso.

Hans marchó a su casa y se armó de los pies a la cabeza, y a continuación se encaminó al castillo abandonado de Wistgaw en compañía del barón Wilbold de Eisenfeld, el caballero Torald y tres o cuatro invitados más que, regocijándose con aquel acontecimiento cualquiera que fuese el resultado, debían esperar en una alquería perteneciente al barón de Wilbold, situada a media legua del castillo.

Llegaron a Wistgaw alrededor de las nueve de la noche; era el momento oportuno para emprender la tarea.

Hans, para sus adentros, estaba muy inquieto, pero hacía de tripas corazón y mantenía un aspecto bastante firme. En el castillo todo se hallaba sumido en la más profunda oscuridad y, como ni el más mínimo ruido turbaba el silencio, el propio castillo parecía un fantasma.

Entraron en el vestíbulo desierto, atravesaron los grandes salones cubiertos con oscuros tapices y recorrieron los largos corredores; por fin, se abrió la puerta de la habitación fatal, que estaba tan fría, tranquila y silenciosa como el resto del castillo.

Encendieron un alegre fuego en la chimenea, la araña y los candelabros, después desearon buenas noches al caballero Hans y, una vez que el barón

Wilbold hubo cerrado la puerta con llave, la precintó con una tira de papel y dos sellos con sus armas. A continuación gritaron por última vez las buenas noches al prisionero y marcharon a acostarse a la alquería.

Una vez solo, Hans pensó al principio en escapar por la ventana, pero no había forma, pues daba a un precipicio que la oscuridad de la noche hacía pensar aún más profundo. Tanteó las paredes: le devolvieron por doquier un sonido mate y sordo que indicaba que no había puerta alguna oculta en sus muros.

Por las buenas o por las malas, tenía que quedarse. El caballero Hans se aseguró del sólido enlace de las piezas de su armadura, de que su espada estuviera a su costado y de que salía bien de su vaina, y del perfecto estado de la visera de su casco. Después de comprobar que, por esa parte todo estaba en orden, se sentó en un gran sillón frente a la chimenea.

Entretanto, las horas transcurrían sin que nadie apareciese, y el caballero Hans empezaba a tranquilizarse. Reflexionando había concluido que, puesto que los muros no tenían ninguna puerta secreta y dado que la puerta principal estaba cerrada, a los espectros les costaría tanto entrar como a él salir. Cierto es que había oído decir que a los espectros les preocupaba poco esa clase de obstáculos y pasaban sin el menor aviso a través de los muros y de los agujeros de las cerraduras; pero, en fin, siempre era una seguridad para él.

Debemos decir en honor del caballero Hans que incluso empezaba a dormirse cuando creyó oír un fuerte ruido en el tiro de la chimenea. Inmediatamente echó un tronco sobre el fuego, que empezaba a apagarse confiando asar las piernas de los espectros si se decidían a bajar por aquel camino. El fuego, efectivamente, llameó de nuevo y ascendió cantando y chisporroteando cuando, de repente, el caballero Hans vio salir de la chimenea el extremo de una tabla de un pie de largo aproximadamente, que se movía y oscilaba sin que se pudiese ver quién o quiénes la hacían moverse. La tabla seguía bajando despacio y al bies y, al tocar el suelo, se encontró colocada como una especie de puente por encima de las llamas. En aquel instante, por el puente empezaron a bajar como por una montaña rusa un montón de enanitos encabezados por su rey, que, armado de los pies a la cabeza como el caballero Hans, parecía conducirles a la batalla.

A medida que bajaban, Hans se echaba hacia atrás con su sillón de ruedecitas, de forma que, cuando el rey y su ejército estuvieron colocados en posición de batalla ante la chimenea, Hans había llegado al otro extremo de la habitación: sólo la pared le impedía ir más lejos, y había entre ellos un gran espacio vacío.

Entonces, el rey de los enanos, tras conferenciar en voz baja con sus oficiales, avanzó.



—Caballero Hans —dijo con un tono de voz irónico—, más de una vez he oído alabar vuestro gran valor; cierto es que por vos mismo, pero, como un auténtico caballero no puede mentir, he debido convencerme de que decíais la verdad. En consecuencia, se me ha ocurrido desafiaros en singular combate, y habiéndome enterado de que habíais ofrecido valientemente al barón Wilbold conjurar el espíritu que se aparece en su castillo, he conseguido de ese espíritu que es uno de mis íntimos amigos, que me deje ocupar su puesto esta noche. Si vencéis, el espíritu, a través de mí, se compromete a abandonar el castillo y a no volver a aparecer; si sois vencido, reconoceréis francamente vuestra derrota y cederéis el puesto al caballero Torald, a quien sin duda no me costará mucho vencer, pues jamás le he oído vanagloriarse de haber atravesado a nadie de un estocada. En consecuencia, y como no dudo que aceptaréis el desafío, he aquí mi guante.

Y con esas palabras el rey de los enanos lanzó su guante fieramente a los pies del caballero.

Mientras el rey de los enanos hablaba con su vocecilla, el caballero Hans le observaba atentamente y, seguro de que apenas medía más de seis pulgadas y media de alto, empezó a tranquilizarse, pues un adversario tal no le parecía muy temible; recogió, por tanto, el guante con cierta confianza y lo puso en la punta de su dedo para examinarlo.

Era un guante estilo Crispín, cortado en piel de rata almizclera y sobre el que se habían cosido con gran habilidad pequeñas escamas de acero.

El rey de los enanos dejó a Hans examinar el guante a su antojo; después, tras un silencio:

—Bien, caballero —dijo—, espero la respuesta: ¿aceptáis o rechazáis el reto?

El caballero Hans miró de nuevo al campeón que se presentaba al combate, que no le llegaba ni a la mitad de la pierna, y confiado en su pequeña talla.

—¿Y a qué nos batiremos, mi buen hombrecillo? —dijo el caballero.

—Nos batiremos cada uno con nuestras armas: vos con vuestra espada y yo con mi látigo.

—¿Cómo? ¿Con vuestro látigo?

—Sí, es mi arma habitual; como soy pequeño, tengo que atacar de lejos...

Hans soltó una carcajada.

—¿Y os batiréis contra mí con vuestro látigo?

—Sin duda. ¿No habéis oído que he dicho que es mi arma?

—Y ¿no cogeréis ninguna otra?

—No.

—¿Os comprometéis a ello?

—Por mi fe de caballero y de rey

—Entonces —dijo Hans—, acepto el combate.

Y lanzó a su vez su guante a los pies del rey.

—Bien —dijo el rey, que dio un paso atrás para no ser aplastado—.

¡Tocad, trompetas!

Al momento, doce trompetas colocadas en un pequeño escabel tocaron una fanfarria belicosa mientras llevaban al rey de los enanos el arma con la que debía combatir.

Era un pequeño látigo cuya empuñadura estaba hecha de una sola esmeralda. En el extremo de aquella empuñadura habían atado cinco cadenas de acero de tres pies de largo en cuyos extremos brillaban diamantes del grosor de un guisante. Salvo por el valor material, el arma del rey de los enanos se parecía bastante a uno de esos sacudidores con los que se golpea la ropa.

El caballero Hans, por su parte, confiado en su fuerza, sacó la espada.

—Cuando queráis —dijo el rey al caballero.

—A vuestras órdenes, sire —dijo Hans.

Al punto, las trompetas hicieron sonar un aire aún más guerrero que el primero y empezó el combate.

Pero al recibir los primeros golpes, el caballero comprendió que se había equivocado al menospreciar el arma de su adversario. Cubierto totalmente con una armadura, como estaba, sentía los latigazos como si se encontrara

desnudo, pues allí donde golpeaban, los cinco diamantes se hundían en el hierro como lo hubiesen hecho en pasta blanda. En lugar de defenderse, Hans se puso a gritar, a aullar, a correr alrededor de la habitación, a saltar por los muebles, a subirse a la cama, seguido siempre por el látigo implacable del rey de los enanos, mientras que el aire guerrero que tocaban las trompetas, adecuándose a la circunstancia, había cambiado de medida y de carácter para convertirse en un galope.

Éste es el mismo galope, mis queridos niños, que vuestro gran músico Aubert encontró y situó, sin decir nada, en el quinto acto de Gustave.

Al cabo de cinco minutos de aquel ejercicio, el caballero Hans cayó de rodillas y pidió gracia.

Entonces, el rey de los enanos puso el látigo en manos de su escudero y, cogiendo su cetro:

—Caballero Hans —le dijo—, no sois más que una auténtica mujer; así que no es una espada y un puñal lo que os conviene, sino una rueca y un huso.

Y con estas palabras le tocó con su cetro. Hans sintió que un gran cambio se producía en su persona; los enanos rieron a carcajadas y todo desapareció como una visión.

# El caballero de la rueca

Hans miró a su alrededor. Estaba solo.

Entonces se observó, y su asombro fue grande.

Estaba vestido de vieja: su armadura se había convertido en un refajo de muletón a rayas; su casco, en una toca; su espada, en una rueca, y su puñal, en un huso.

Comprenderéis, mis queridos niños, que como bajo aquella nueva indumentaria el caballero Hans conservaba su barba y sus bigotes, estaba muy grotesco y muy feo.

Cuando se vio vestido así, hizo una mueca que le volvió aún más grotesco y más feo, pero se le ocurrió desvestirse y meterse en la cama; de aquella forma no quedaría huella alguna de lo que había pasado. Posó, pues, la rueca en el sillón y quiso empezar a desatar su toca; pero, al momento, la rueca se escapó del sillón donde estaba colocada y le propinó tales golpes en los dedos, que se vio obligado a hacer frente a aquel nuevo adversario.

Hans quiso defenderse al principio, pero la rueca se batía tan bien que no pudo hacer otra cosa, al cabo de un momento, que meterse las manos en los bolsillos.

Entonces la rueca volvió tranquilamente a su costado, y el caballero Hans tuvo un momento de respiro.

Lo aprovechó para examinar a su enemigo.

Era una honesta rueca, semejante a cualquier otra del mundo si no fuera porque era más elegante que las demás. Estaba rematada en su extremo superior por una cabecita gesticulante y burlona que parecía sacar la lengua al caballero. Éste simuló sonreír a la rueca acercándose a la chimenea y, sin precipitarse, la agarró por el medio y la tiró al fuego.

Pero tan pronto como estuvo en el fuego, la rueca se levantó llameando y echó a correr tras el caballero, que esta vez no sólo fue batido, sino que además iba a ser quemado cuando pidió gracia.

Al momento, la llama se apagó y la rueca se volvió a poner modestamente en su cintura.

La situación era grave, empezaba a amanecer y el barón Wilbold, el caballero Torald y los otros no podían tardar en llegar. Hans rumiaba para sí

cómo podría desembarazarse de la maldita rueca, cuando se le ocurrió la idea de tirarla por la ventana.

Se acercó, pues, a la ventana canturreando para que la rueca no sospechase nada y, habiéndola abierto como para mirar el paisaje y respirar el aire fresco de la mañana, agarró de repente a su extraño adversario, lo lanzó al precipicio y volvió a cerrar la ventana; de repente oyó ruido de cristales rotos y se volvió hacia la segunda ventana; la rueca tirada por una ventana, había regresado por la otra.

Pero esta vez la rueca, que había sido cogida a traición dos veces, estaba furiosa; cayó sobre Hans y a cabezazos le golpeó todo el cuerpo. Hans lanzaba auténticos alaridos.

Al fin, estando Hans aniquilado en el sillón, la rueca se apiadó de él y volvió a colocarse en su cintura.

Entonces Hans pensó que tal vez apaciguaría la cólera de su enemigo haciendo algo por él, y se puso a hilar.

Al momento, la rueca pareció bastante satisfecha; su pequeña cabeza se animó, cerró los ojos de placer y se puso a tararear una canción.

En aquel momento Hans oyó ruidos en el pasillo y quiso dejar de hilar; pero no estaba de acuerdo con eso la rueca, que le dio tales golpes en los dedos que le hicieron seguir a la fuerza con su tarea.

Mientras tanto, los pasos se acercaban y se detenían ante la puerta. Hans se sentía furioso por ser sorprendido con un atavío así y en semejante tarea, pero no había forma de evitarlo.

Al cabo de un instante, en efecto, la puerta se abrió, y el barón Wilbold, el caballero Torald y las tres o cuatro personas que les acompañaban se quedaron estupefactos del singular espectáculo que tenían ante los ojos.

Hans, a quien habían dejado cubierto con una armadura de caballero, se hallaba vestido de vieja con una rueca y un huso.

Los recién llegados se echaron a reír. Hans no sabía dónde meterse.

—¡Cielos! —dijo el barón de Wilbold—. Parece que los espíritus que se te han aparecido eran joviales, camarada Hans. Cuéntanos lo que te ha sucedido.

—He aquí lo que ha pasado —repuso Hans, que esperaba zafarse con una fanfarronada—: se trata de una apuesta.

Pero en ese momento la rueca le propinó un golpe tan fuerte en las uñas que lanzó un grito.

—¡Maldita rueca! —gruñó después siguió—: Es una apuesta que he hecho pensando que, como el fantasma era mujer, sería inútil esperarla con

otras armas que una rueca y un huso.

Pero en ese momento, a pesar de la mirada suplicante que Hans lanzaba a la rueca, ésta se rebeló y volvió a empezar a golpearle las uñas de forma tal que Wilbold le dijo:

—Vaya, camarada Hans, veo que mientes y por eso la rueca te golpea. Dinos la verdad y la rueca te dejará tranquilo.

Y como si hubiese comprendido lo que acababa de decir el barón, la rueca le hizo una gran reverencia, acompañada por un gesto de cabeza que quería decir que estaba en lo cierto.

A la fuerza tuvo Hans, pues, que contar con todo detalle lo que había sucedido. Quería aún, de cuando en cuando, apartarse de la verdad y adornar cierto episodio con alguna fanfarronada; pero entonces la rueca, que se quedaba tranquila cuando no mentía, se le echaba encima, y de esa forma se veía obligado a regresar al instante al sendero de la verdad, del que se había apartado momentáneamente.

Acabado el relato hasta el fin, la rueca hizo una reverencia burlona a Hans y un saludo perfectamente cortés al resto de los presentes y se fue por la puerta, dando saltitos sobre su cola y llevándose su huso, que le seguía como un niño a su madre.

En cuanto al caballero Hans, cuando estuvo seguro de que la rueca se había alejado, huyó por la misma puerta y fue a esconderse a su castillo en medio de los abucheos de los chiquillos, que le tomaban por una máscara.

# El tesoro

A la noche siguiente le tocaba velar al caballero Torald; pero éste se preparó para aquella tarea con tanta humildad y recogimiento como Hans con fanfarronadas y ligerezas.

Al igual que al caballero Hans, se le encerró en la habitación, que quedó sellada, pero no había querido coger arma alguna, aduciendo que contra los espíritus cualquier resistencia humana era inútil: los espíritus venían de Dios.

Así pues, en cuanto estuvo solo rezó devotamente su plegaria y esperó sentado en el sillón a que el espíritu quisiera aparecersele.

Esperó así durante algunas horas con los ojos fijos en la puerta y sin que viese nada extraordinario, cuando de repente oyó tras él un ruido ligero y sintió que le tocaban el hombro con suavidad.

Se volvió: era la sombra de la condesa Berta.

Pero el joven, lejos de parecer asustado, le sonrió como a una vieja amiga.

—Torald —dijo ella—, te has convertido en lo que yo esperaba, es decir, un joven bueno, valiente y piadoso: serás, pues, recompensado como mereces.

Y con aquellas palabras, haciéndole señas de que la siguiera, avanzó hacia la pared, que, al tocarla con un dedo, se abrió y descubrió un enorme tesoro que en otro tiempo el conde Osmond había escondido allí, cuando se vio obligado por la guerra a abandonar el castillo.

—Este tesoro es tuyo, hijo mío —dijo la condesa—, y para que no se te discuta, nadie más que tú podrá abrir la pared, y la palabra con la que lo lograrás es el nombre de tu querida Hilda.

Tras aquellas palabras, la pared volvió a cerrarse tan herméticamente que era imposible ver las junturas.

Luego, la sombra, después de dedicar una última sonrisa al caballero y un gracioso gesto con la cabeza, desapareció como un vapor que se hubiese desvanecido.

Al día siguiente, Wilbold y sus compañeros entraron en la habitación y encontraron al caballero Torald dormido apaciblemente en el sillón.

El barón despertó al joven, que abrió los ojos sonriendo.

—Amigo Torald —dijo Wilbold—, he tenido un sueño esta noche.

—¿Cuál? —preguntó Torald.

—He soñado que no os llamabais Torald, sino Hermann; que erais el nieto del conde Osmond, que se os creyó muerto aunque no lo estabais y que vuestra abuela Berta se os había aparecido esta noche para descubriros un tesoro.

Torald comprendió que aquel sueño era una revelación del cielo para que el barón Wilbold no tuviese ninguna duda de ello.

Se levantó sin contestar nada y, haciendo señas al barón de que le siguiera, se detuvo frente a la pared.

—El sueño no os ha engañado en absoluto, monseñor Wilbold: yo soy aquel Hermann a quien se creyó muerto. Mi abuela Berta se me ha aparecido esta noche y me ha descubierto el tesoro; y he aquí la prueba.

Con estas palabras, Hermann —pues era efectivamente el pobre niño al que la condesa Berta había cogido de su tumba y confiado al rey de los enanos— pronunció el nombre de Hilda y, como le había prometido el fantasma, la pared se abrió. Wilbold se quedó atónito al contemplar aquel tesoro, que no sólo se componía de oro en monedas, sino de rubíes, esmeraldas y diamantes.

—Vamos —dijo—, primo Hermann, veo que has dicho la verdad. El castillo de Wistgaw y mi hija Hilda son tuyos; pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Hermann con ansiedad.

—Que cada primero de mayo te encargarás de dar a los campesinos de Rosemberg y sus alrededores las gachas de la condesa Berta.

Como ya imaginaréis, Hermann aceptó la condición con agradecimiento.

# Conclusión

Ocho días después, Hermann de Rosemburg se casó con Hilda de Eisenfeld, y mientras el castillo estuvo en pie, sus descendientes dieron generosamente y sin interrupción el primero de mayo de cada año a los habitantes de Rosemburg y sus alrededores las gachas de la condesa Berta.



# **Notas**

[1] Especie de dulce hecho con harina de centeno, miel, azúcar y especias (anís). (*N. del T.*). <<

[2] Nombre de un diamante comparado por el regente de Francia (1842). (*N. del T.*). <<

[3] *Maçon* en francés significa «albañil». (*N. del T.*). <<

[4] En el original *montagnarde*, que es el término que se utilizaba para designar a los diputados de izquierda que se sentaban en la *Montagne*, es decir, en los bancos más altos de la Asamblea, cuyos líderes eran Danton y Robespierre. La traducción literal castellana *montañero* carecía de sentido. (*N. del T.*). <<

[5] Trovador germánico de los siglos XII a XIV, generalmente de linaje noble.  
*(N. del T.). <<*